

ESTA ES MI MALOCA - EEJA MÚÚHAJA

Tradiciones orales del pueblo bora

Andrés Napuri, Editor



Encuentros y Saberes



ESTA ES MI MALOCA - EEJA MÚÚHAJA

TRADICIONES ORALES DEL PUEBLO BORA

Andrés Napuri, Editor

Encuentros y Saberes



Créditos

ESTA ES MI MALOCA - EEJA MÚÚHAJA

Tradiciones orales del pueblo bora

@INSTITUTO DEL BIEN COMÚN, 2021

Jr. Mayta Cápac N° 1329 – Jesús María, Lima 15072 – Perú

Edición general

Andrés Napurí

Gestión del proyecto editorial y cuidado de edición

María Rosa Montes

Relatos

Olegario Velásquez Flores, José Panduro Díaz, Julia Ruiz Mibeco, Manuel Ruiz Mibeco, Florentina de Mibeco, Federico Mimico Gómez y Francisco Mibeco Birí.

Investigación

Andrés Napurí, Walter Panduro.

La investigación recibió apoyo financiero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Traducción al castellano

Walter Panduro

Ilustraciones

Jhony Soria Arirama y Percy Díaz

Diseño gráfico

Jorge Polar

Primera edición, agosto de 2021

Impresión

Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156 – Breña

Agosto 2021

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-48648-0-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2021-08182

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de Metabolic Studio – Annenberg Foundation y el Ministerio de Cultura del Perú.

Proyecto ganador de Estímulos Económicos para la Cultura 2020

Proyecto ganador de Estímulos
Económicos para la Cultura 2020



PERÚ

Ministerio de Cultura

PRESENTACIÓN

En las dos décadas que lleva trabajando en el noreste de la región Loreto por el establecimiento del Gran Paisaje Putumayo Amazonas, un modelo de ordenamiento territorial y gobernanza de los recursos naturales en Amazonía, el Instituto del Bien Común - IBC ha desarrollado una sólida relación de colaboración con nueve pueblos indígenas cuyos territorios se encuentran en el interflujo de dos grandes ríos amazónicos, el Putumayo y el Amazonas.

En este marco, el IBC ha investigado los conocimientos ancestrales y prácticas tradicionales de manejo de recursos, tales como técnicas tradicionales de pesca, derecho consuetudinario de gobernanza pesquera y técnicas de manejo del bosque. Este rico cuerpo de conocimiento y prácticas ha sido motivo de varios estudios publicados en esta serie editorial, e incorporado en la gestión y gobernanza de las áreas protegidas creadas como parte de la construcción del Gran Paisaje. Y más importante aún, las poblaciones locales están involucradas en la gestión de dichas áreas, en concordancia con la visión del IBC que enfatiza la importancia de la participación activa de los actores locales para el éxito y sostenibilidad de cualquier proyecto.

Asimismo, el IBC viene contribuyendo a recuperar la historia oral de los pueblos indígenas que pueblan el interflujo del Putumayo y el Amazonas, la cual ha sido marcada por episodios de esclavitud, muerte y masivas migraciones forzadas durante la era del caucho, que vivió esta parte de la Amazonía entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX; patrón que se repitió en la explotación de otros recursos naturales en la zona.

Mediante la publicación bilingüe de estos relatos que conducen al intrépido cazador Pucunero a través de una serie de peripecias pobladas de personajes de la mitología del pueblo bora, el Instituto del Bien Común pone su granito de arena para contribuir a la recuperación y difusión de episodios de la historia oral de este pueblo amazónico y preservar su lengua. Las narraciones fueron recogidas y traducidas al español por los investigadores Andrés Napurí y Walter Panduro, quienes contaron con apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Expresamos nuestra gratitud con todos los sabios, hombres y mujeres, del pueblo bora que tan generosamente han compartido sus narraciones. Asimismo, agradecemos a Jhony Soria Arirama por sus ilustraciones de la historia del pucunero, y a Percy Díaz por las ilustraciones sobre técnicas de pesca de los pueblos bora y huitoto, que retomamos de un título anterior de esta serie.

Esta obra no hubiera sido posible sin el apoyo del Ministerio de Cultura del Perú, a través de su programa de Estímulos Económicos para la Cultura, y el patrocinio de Metabolic Studio - Annenberg Foundation.



INTRODUCCIÓN

En los últimos años ha surgido un fuerte interés político y académico por recoger —o bien recuperar— información valiosa sobre las sociedades indígenas de la Amazonía peruana. Está vigente un discurso extendido entre la sociedad civil y varios grupos académicos que sostiene que las lenguas indígenas están desapareciendo —un hecho innegable. Para el caso de los bora, sociedad amazónica que forma parte del conjunto de la gente de centro (Chirif, 2017), es cierto y coincide con la historia reciente a partir de la época del caucho: la migración forzosa y la ruptura de su sociedad han afectado al uso de su lengua (ISO 639-3: boa, lengua bora, familia lingüística bora) y la estructura de sus celebraciones. Así pues, entre las sociedades amazónicas se corre el peligro de perder información vital sobre las representaciones, festividades y conocimientos de muchos grupos humanos. Esto es resultado del crecimiento violento de discursos hegemónicos y racistas, así como la misma decisión de cambio intergeneracional que ocurre en toda sociedad. Ante esta tendencia, el proyecto que nos ocupa comenzó con el interés de aliviar un poco aquel pendiente histórico. Claramente, la recolección de tradiciones orales es solo parcial y, posiblemente, presente algunas falencias.

De alguna forma, el interés por recoger tradiciones orales entre los miembros del pueblo bora se incrementó durante los talleres que organizó el Ministerio de Educación durante el proceso para consensuar el alfabeto de la lengua bora en el año 2014. En dicho proceso, participé como lingüista consultor y tuve la oportunidad de visitar las comunidades de los ríos Ampiyacu y Yaguasyacu, en la provincia Mariscal Castilla del departamento de Loreto. Este viaje no hubiera sido posible de no haber contado con la orientación y apoyo del Instituto del Bien Común (IBC). Su respaldo logístico me permitió extender mi experiencia de campo y, afortunadamente, conocer un poco más a las familias bora que residen en las comunidades de Ancón Colonia, Nuevo Perú, Brillo Nuevo, Estirón del Cusco, Pucaurquillo, Betania y Pebas.



La discusión sobre cómo escribir su lengua suscitó mucho interés político. Si bien existía un alfabeto creado por el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) y otro creado por el Programa de Formación de Maestros Bilingües de la Amazonía Peruana (FORMABIAP), el objetivo central de estos talleres consistía en tener un alfabeto oficial —como el español o el quechua— y, en consecuencia, se puso en agenda la necesidad de contar con otros materiales impresos en su lengua (Napurí, 2016). Durante la experiencia de estos talleres, conocí a Walter Panduro, con quien estudio la gramática y la historia del pueblo bora. Tras el consenso y la publicación del alfabeto bora, trabajando en coordinación con varios integrantes de dicho pueblo, con Walter Panduro asumimos el compromiso de recolectar las tradiciones orales. Igualmente, durante el año 2017, gracias al apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú, fue posible realizar varias salidas de campo con dicho propósito. Esta subvención permitió entrevistar a Olegario Velásquez Flores, Warói, del clan guacamayo rojo; José Panduro Díaz, Díitsáhe, del clan sol; Julia Ruiz Mibeco y Manuel Ruiz Mibeco, Márímulle y Lliíhyo, ambos del clan aguaje; Florentina de Mibeco, Nuupáji, del clan pijuayo; Federico Mimico Gómez, Mééníhyeba, del pueblo yucuna; y a Francisco Mibeco Birí, Míiyéji Níiwaco, del clan aguaje. Sus relatos permitieron revisar varios episodios del pucunero.

Posteriormente, Walter Panduro tradujo estos relatos al español y con él consensuamos una línea narrativa. En este punto es importante destacar el innegable sincretismo entre los relatos bora y otras tradiciones con las que dialogan las sociedades del río Ampiyacu y Yaguasyacu, como el cristianismo. Es significativo tomar nota de este contacto, pues en el caso de los bora se da desde hace más de sesenta años i.e. desde 1960 con las misiones del ILV a cargo de Wesley y Eva Thiesen. La recolección de relatos orales Esta es nuestra maloca. Eje múuhaja: sostiene, también, el encuentro entre la construcción de una figura mesiánica y la propuesta de un posible origen mítico para el pueblo bora.

La tensión hacia el origen es de suma importancia y vigente en la memoria bora. Sin duda, porque la presencia de esta sociedad en la Amazonía peruana es reciente —tan solo desde los años veinte del siglo pasado. Los bora, como parte de la región amazónica donde se constituye la gente de centro, habitaron entre las riberas del río Caquetá, el río Putumayo y su tributario el río Igará-Paraná. En este territorio se conformó una red que se mantiene hasta la fecha con otras sociedades amazónicas: los bora, miraña y muinane, de la familia lingüística bora; los murui-muinani, ocaina, nonuya, witoto (bue, minika, nipode), de la familia lingüística witoto; y los resígaro y tariana, de la familia lingüística arawak. La constancia de estos contactos y las relaciones de parentesco que se han establecido entre estas sociedades hasta la fecha permiten que se mantenga una clara conciencia sobre este territorio como su lugar de origen. Estos relatos dan testimonio de ello.

Con la firma del tratado Salomón-Lozano en 1922, se trazó la frontera entre Colombia y Perú: la ribera izquierda del río Putumayo se volvió suelo colombiano. Por consiguiente, los caucheros peruanos que esclavizaron a la gente de centro debieron trasladarse a territorio peruano. Para mantener su comercio, forzaron la migración de varios grupos hacia el sur del Putumayo, en dirección a las riberas del río Ampiyacu. El episodio del caucho —impulsado por un comercio salvaje e intensificado por enfermedades letales para sus sistemas inmunológicos— diezmó la población de estas sociedades: se estima que antes del caucho los bora tenían entre 20 000 y 30 000 miembros. Tras la explotación del caucho, su número cayó a 5000; hoy en día, según el último censo nacional, se estiman 1151 personas (INEI, 2017).

Su reducido número debe ser también una lección para todos nosotros. En estos años en los que vemos cómo un virus con alcance global nos obliga a repensar nuestras formas de socialización, es imperativo que aprendamos de las sociedades amazónicas. De alguna manera, estamos experimentando un violento proceso que cambiará nuestra forma de relacionarnos. Somos testigos de cómo nuestros cuerpos no estaban listos para una nueva enfermedad. Hemos presenciado un cambio abrupto que generó drásticas medidas en todo el planeta en muy pocos meses. Las sociedades amazónicas experimentaron un proceso similar cuando entraron en contacto con caucheros o gente foránea a lo largo de la historia. Muerte y enfermedades han sido el resultado de la Colonia, las misiones católicas, la extracción del caucho y, hoy en día, del contacto con la población indígena en situación de aislamiento y contacto inicial (PIACI). En muy pocos meses, el mundo como lo conocían terminó. En ese sentido, estas narraciones son también testimonios del fin de un mundo. Hay claves en ellos para entender su entorno y las relaciones entre los bora, y de estos con las demás sociedades de la gente de centro. Tales relaciones son un mundo en sí mismo.

La realización final de Esta es nuestra maloca. Eeja müúhaja fue posible gracias al apoyo de los Estímulos Económicos para la Cultura. Estos fondos permitieron terminar la edición, así como ilustrar los relatos con los dibujos de Jhony Soria Arirama, artista bora. Así mismo, permitieron revisar la traducción final. Finalmente, el apoyo del Instituto del Bien Común fue clave con el auspicio de este proyecto gracias a una donación de Metabolic Studio - Annenberg Foundation. Reconforta reconocer el compromiso de una institución en distintos momentos de este recorrido: cuando realicé la consultoría con el Ministerio de Educación antes de siquiera empezar este proyecto; y ahora, con este trabajo editorial que consiste en una primera devolución a los bora.

Andrés Napurí, Lima, julio de 2021

Referencias

Chirif, Alberto (2017). *Después del caucho*. Lima: Lluvia Editores, CAAAP, IWGIA, IBC.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (2017). *Censos nacionales 2017: XII de Población, VII de Vivienda y III de Comunidades nativas y comunidades campesinas*. Lima: INEI

Napurí, Andrés (2016). Revitalization of the Bora Language. *Handbook of Research and Practice in Heritage Language Education*. Nueva York: Springer.

Napurí, Andrés y Walter Panduro (2018). Sobre parte del cuerpo bora: polisemia y derivación nominal con cambio tonal. *LIAMES: Línguas Indígenas Americanas*, 18, 2, pp. 302-315.

Panduro, Walter (2016). *Relatos orales bora: relatos de origen y otros relatos bora*. Lima: Ministerio de Educación.

I Walter Panduro es coautor de artículos académicos (Napurí y Panduro, 2018) y de libros de relatos de narraciones bora (Panduro, 2016).

II Esta institución me brindó apoyo financiero para realizar nuevas salidas de campo y documentar tradiciones orales bora. La subvención obtenida fue DGI 2017-1-0085.

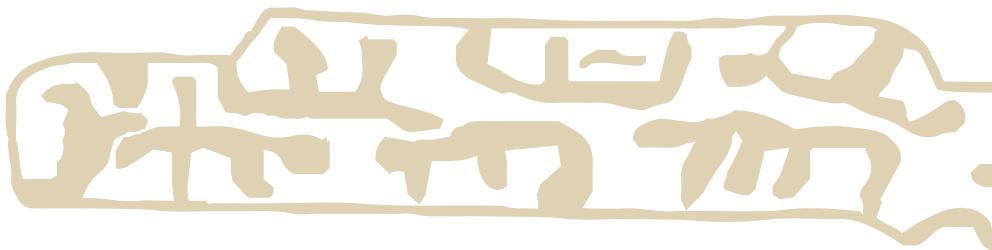
III La edición final del manuscrito fue posible gracias al apoyo económico brindado por el Ministerio de Cultura y el auspicio económico y editorial del Instituto del Bien Común.

EL PUCUNERO

LLÍJCHURI

EPISODIOS

Desaparición del padre de pucunero	
<i>Llijchuiíhyójcaani dsíjivéne</i>	16
Pucunero investiga la muerte de su padre	
<i>Cáaníuvú dsíjivé Llijchuiíhyó wáájacúne</i>	24
Pucunero y los varones de su madre	
<i>Llijchuiíhyó tsííju ájkímuke dóóneé</i>	32
Sacrificio de la madre de pucunero	
<i>Llijchuiíhyodívú tsííju dóótsomeíñe</i>	38
Pucunero y el fantasma de su madre	
<i>Llijchurídívú tsííjuuvú naavéné böhówaavéne</i>	44
Pucunero y las setas	
<i>Llijchuríké goróómú wájyámunúne</i>	52
Pucunero y el escorpión	
<i>Llijchuríké óóvího wájyámunúne</i>	54
Pucunero y el oso perezoso	
<i>Llijchuri daallíkyé iibówawu dóótsone</i>	60
Pucunero y las hijas de la anaconda de los peces	
<i>Llijchuri dóóráme bóóá ajuwamúpíke táábaváne</i>	62
La venganza de los peces	
<i>Amómé Llijchuríké múnáajtsóne</i>	70
Pucunero consigue el pijuayo de la anaconda de los peces	
<i>Dóóráme bóóá meeméhé Llijchuri újcune</i>	74



Venganza de pucunero contra los peces

Llíjchuri dóórámeke múnáajtsón

80

Creación de ríos y mares a partir de un gigante maligno

Chíhtyawáyudítýú Llíjchuri móáñe ípívyejtsóne

86

Pucunero y las malocas desamparadas

Llíjchuríké jááhañé mávárijchóne

94

Pucunero y la esposa del Sol de los Alimentos de la Tierra

Llíjchuri núhbá táábake pááránuróne

98

Pucunero y la nodriza de las jóvenes tamizadoras

Llíjchuri míhéérájímééwamúpí iityáálleke dóóneé

102

Pucunero atraviesa el piñal hechizado

Llíjchuri cúdsíibaji pájtyene

108

Pucunero y la mujer del oso hormiguero

Llíjchuri ííjú táábake pááranúne

116

Pucunero transforma la sachapapa

Llíjchuri cúniiu tútávajtsóne

120

La inundación de la tierra

Llíjchuri cáájáneba dóhejúróne

124

Creación de las colpas a partir de la gigante cazadora

Taavámééwake Llíjchuri adówavu píívyetétsóne

128

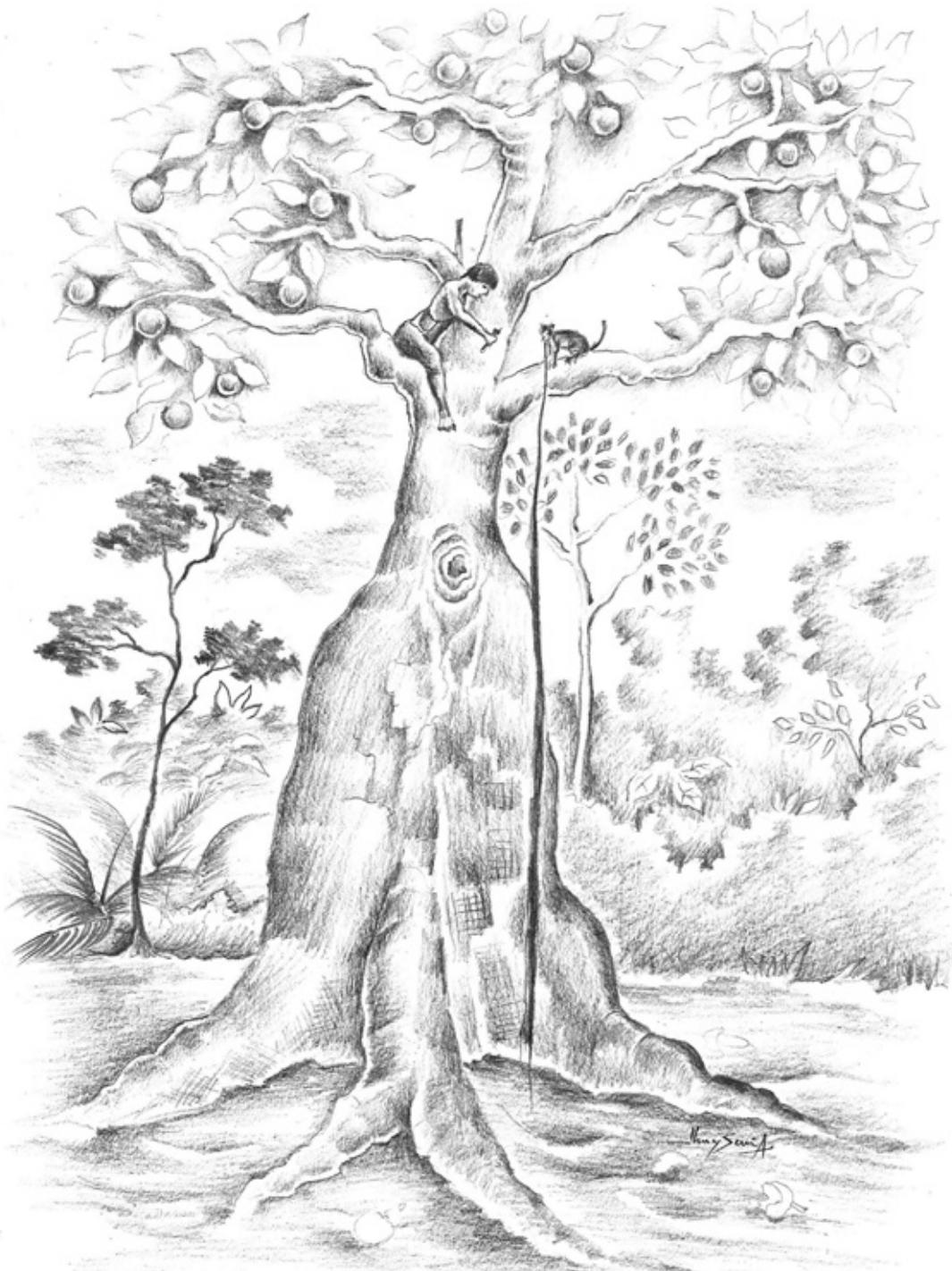
Conversión y fin de pucunero

Llíjchuri nééwabyávú píívyeténe

134

• EPISODIO I •

DESAPARICIÓN DEL PADRE DE PUCUNERO



• EPISODIO I •

LLÍJCHUÍÍHYÓJCAANI DSÍJÍVÉNE

Señalan las leyendas del pueblo bora que Sol del Medio Mundo es el antepasado de los bora, cuyo padre fue Dios de los Niños Mimados. Y Sol del Medio Mundo se casó con la hija de Sol de los Animales, antepasado de los monos.

Esta nueva pareja vivía sosegadamente en una casa erigida entre las de sus suegros, en media selva. Y él, que era muy cazador muy diestro, mataba con su pucuna muchos maquisapas, cotos, huapos, entre otros; sin siquiera imaginar que esos monos eran los hijos de Sol de los Animales.

No obstante, Sol de los Animales veía que sus súbditos, los monos, estaban desapareciendo paulatinamente, pero resolvió quedarse quieto y callado, aunque sabía que Sol del Medio Mundo estaba acabando con ellos.

Un día Sol del Medio Mundo dijo a su esposa: “Mujer, alguien se come nuestra piña y no la deja madurar. Las que observo en la ida, cuando voy de cacería, no las encuentro a mi retorno. Y para saber quién es el atrevido que se come, esta vez retornaré un poco tarde y me esconderé en las inmediaciones de nuestro piñal”.

A la tarde siguiente, como convino con su esposa, se escondió sigiloso en las inmediaciones de su enorme chacra para indagar quién se comía las piñas.

Mientras se ponía el sol, a la hora en que se la llama ‘claridad de nuestra piel’, vagamente vio cruzar varias siluetas antropomorfas. En seguida, aprestó su pucuna hacia las siluetas y les asestó unos mortales dardos.

Hasta ese instante Sol del Medio Mundo no podía imaginar que aquellos sustractores de piñas eran sus propios cuñados, los tayras.

En seguida, los juntó y llevó a casa, y avisó a su mujer: “Mujer, estos son los atrevidos se comen nuestra piña. Chamúscalos y cocínalos para comérnoslos”. En seguida, la mujer los chamuscó y cocinó a todos; luego, se los comieron.

Este imperdonable hecho no pasó desapercibido para Sol de los Animales, quien corroboró que sus hijos, los tayras, no retornaban de sus andanzas cotidianas. “¡Vaya! – se contristó el viejo curaca – Estoy seguro que este infeliz está acabando con mi prole”. En seguida, se puso a planificar la manera de matar a Sol del Medio Mundo y vengar la desaparición de sus hijos.

Úúbálleháñé nehíjkyá diibyéváa Pííne Núhbá úmíjíté déjúcóejpi íjkyane, áábéjcaaníváa Lloorámú Niimúhe. Aabéváa táábabá láme Núhbá, wacháhbómú ihdééjpí ájyúwake.

Aabéváa Pííne Núhbá méwama iánúmeíjyá Iliiñé íkyahíjkyá íbúwajííva íbáábémú pañe. Aabéváa Iliiñájaapíwu néébe llíchújehíjkyá cuumú iáabeke, óóbawá iáabeke, dityétsí idyohíjkyaki; aaméváhacáa úmomu láme Núhbá cuwáme.

Aanéváa tsáijyu láme Núhbá iití dííbyé cuwáábé úmomu, ihyájkímú íjkyame, oúhóú péjucóóne; aanéváa tsúúca ihdyu waajácúroobe Pííne Núhbá dííbye ájkímuke dóorone, árónáacáváa tsá iiná dibye néétunéíkye.

Tsájcoojíváa Pííne Núhbá Iliiñájaatu óomiibye méwake neeváhi: "Muúlle, múhjáubá me cúdsí náámeróné lléénehíjkyáhi. O péébe o iiteíñúné o óomiibye tsáhájuco o átyúmhíjkyatúne. Íkyooca cùvé o tsáabe tépallí úniúvú ó tsóhnááveé múha íjkyane o túvááoki"

Aanéváa tsíjkyoojí cuuvé pañe Iliiñájaatu óomiibye, ípyéijyu iñéhdu, iñjihá úniúvú tsóhnaavé, 'Óvíi múha tsááhií', néébere.

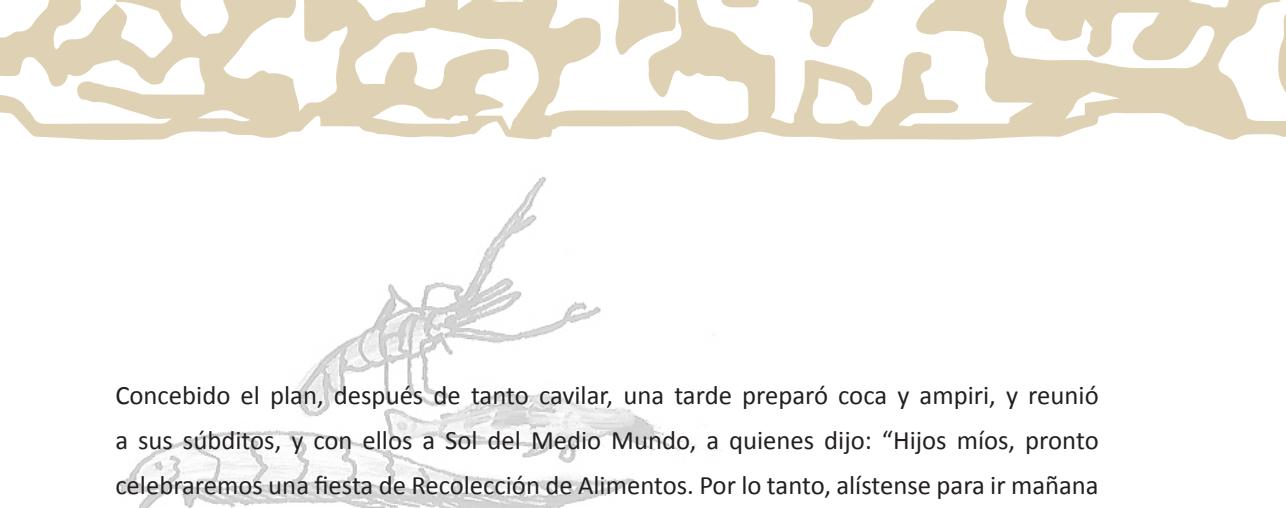
Áánáacáváa cùvéhréjuco, 'méjpijtsítsí', me nétsihvu tene néénáa iitécunúúbé tsaate najvenave pájtyeíñúne; ááneréjucováa dibye llíchhune diityéke. Ihdyúváhacáa ítyónujte náámóhomu diityétsi cúdsí nánihíjkyáhi.

Áámekéváa ááhívu itsájtyéne neetéébé méwake: "Muulle, íjtyéhaca eene me cúdsí lléénehíjkyáhi. Tsóóne iicuí dityu me dóókií". Ahdújucováa mewa itsóóne ityúúmeke doomútsi.

Ááné boonéváa láme Núhbá iiterá tsáhájuco iitsíime náámóhomu íjkyatúne; tsáhájucováa ditye óomíjyúcootú iúlleháñetu. Áánéllihiyéváa: "ííkyaj! Áánúubá, tsáma, íveekí áátsímeke pírujtsójucóóhií," iñééne illuréjuco dibye íjtsámeíñé muhdú Pííne Núhbake téhdure úmeco imyéénuíñé íkyuwáábé allútu.

Ááneríváa mítyane iíjtsámeíñé íjkyáabe tsájcuuve ipájáábímyeíñé néé ihyájkímuke, Pííne Núhbamájuco: "Ámuúha, íkyooca tsáné óovetájú mé lléévatsoóhi. Ahdíkyane péjcore me úménutémé bájú pañévú mé cùwáteéhi. Mé íjkyátsíívyeco".

Ehdúváa ihyájkímuke ipityájcóne úmé maaníuba bañéjúúvaabe íajya Pííne Núhbadívu, teenéváhacáa ihñé píívyetéjtsó bañéhéré íjkyánetu máániu ityájuunévu; anéváa iipíjháne néjcatsímyé tsitsíveu ipyééiñé úmevu.



Concebido el plan, después de tanto cavilar, una tarde preparó coca y ampiri, y reunió a sus súbditos, y con ellos a Sol del Medio Mundo, a quienes dijo: "Hijos míos, pronto celebraremos una fiesta de Recolección de Alimentos. Por lo tanto, alístense para ir mañana a coger sal silvestre".

Establecido el plan, Sol de los Animales convidó el solemne ampiri de extracción de sal silvestre a Sol del Medio Mundo, como cabecilla del trabajo; ampiri que estaba preparado en base al tabaco de la mutación de los animales. Y convidada la pócima, planificaron ir a coger la sal silvestre ni bien despuntara el día.

A la mañana siguiente tomaron el desayuno muy temprano y se llevaron consigo a Sol del Medio Mundo adentro de la montaña, a quien previamente los monos habían aletargado con la pócima del ampiri.

Eufóricos bajo los efectos del ampiri caminaron en círculos dentro de la maloca, como si estuvieran cubriendo largo trecho. Al cabo de varias vueltas en el salón de la maloca Sol de los Animales, dijo: "Hijos míos, tomemos un breve descanso en este lugar. No es posible que sigamos caminando con los estómagos vacíos".

Mientras tomaban un breve descanso comieron el ají picante que habían llevado, cuyo ardor crispó el paladar de Sol de los Animales, quien se inclinó hacia una charca de agua para beber un poco de ella. Y en el espejo del agua divisó un musmuqui que aguaitaba al grupo desde el agujero de una huacrapona, que no era sino la abertura del dintel de uno de los horcones de la maloca. Entonces, Sol de los Animales, exclamó: "¡Muchachos! ¿Qué hacemos comiendo este ají picante, que me hizo crispár el paladar mientras tenemos ahí la presa? ¡Mátenlo para comer!"

"Ahí tienes a nuestro yerno" – Protestando unánimes, dijeron a Sol del Medio Mundo: "¡Hey, cuñado! Sube y mata ese animal. No es posible que suframos los ardores de este ají mientras tenemos la presa a nuestro alcance".

Muy obediente, Sol del Medio Mundo subió en la huacrapona para matar al musmuqui, pero el mono se escondió en el hueco del palo, sin dejarse atrapar. Entonces, el impetuoso cazador se incorporó más adentro del orificio e intentó atrapar al escurridizo mono, pero fue empujado por otro que subió tras él, cayendo en lo profundo del horcón, donde fue

Úúbálleháñé nehíjkyá diibyéváa Pííne Núhbá úmíjité déjúcóejpi íjkyane, áábéjcaaníváa Llooramú Niimúhe. Aabéváa táabavá láme Núhbá, wacháhbomú ihdééjpí ájyúwake.

Aabéváa Pííne Núhbá mewama iánúmeíjyá lliiñé íkyahíjkyá íbwajííva íbáábémú pañe.

Aabéváa lliiñájaapíwu néébe llíchújehíjkyá cuumú iáabeke, óóbawá iáabeke, dityétsí

Aaméváa tsíjkyoojí cùuvénetúré iájkyénéhjí, imájchónéhjí, 'Ayúwa metsúiíkye', iidsítsójcatsíne tsajtyé Pííne Núhbake bájú pañévu, ihdyúvahacáa tsúúca ipívyetétsóobeke.

Aaméváa mánáñitu tsíhdyúreevémé éhne múúne tsíhyulle múu péhdu pehíjkyá ihjyácobá pañéré patsípátsí. Aanéváa pívá pajtsívá ipyéhíjkyáróné níjcáuvu láme Núhbá ihjyájkímuке nééhií: "Ámuúha, metsúi íchihvúré me wáyééveki. Muhdú iáanejíí pávyeenúméré ájyábaúvuma mé úllehíjkyáhi".

Aaméváa tsátsihvu wáyéevémé díhba májchone diityéké béebévétsómedityú láme Núhbá iitsíívéne pájpayútú nújpakyo ádoobe iitécunú tehmu áalláhé ájcutu tékéhiúcunu íjkyane; ihdyúvahacáa ihjyá apíhájcú waanúwatúré pápaají néénetu tsaapi diityédítýú tékéhiúcunu. Áánéllihiyéváa láme Núhbá wáníjkyámeíhi: "¡Ámuúha! Ɂtináami díhba o dóóbe ó beebevé eene taava álláhéhájcú níjkáuri íjkyánááca? ¡Mé ujcu me dóókií!"

Áánéllihiyéváa néémeé: "Diibyéheene mé ájyaá". Áánemáváa Pííne Núhbake néémeé: "Pííne, Pííne Núhba, cá nérívyéne eene taava mééma duucu me dóókií; muhdú ímíááné doo étsii íjkyánáá díhbari mé beebevéhi".

Ahdújucováa Pííne Núhbá áalláhébari iñérívyéne téhmuke ékéevérónáa múru peebe tépaají pañévu. Áánéllihiyéváa éhníñevu ityámúrúúvéne dibye téhmuke iékééve dóllóvérónáa tsíjpi díibye déjutu iñérívyéne díibyeke cátújcaáyó tépaají pañévújuco, áabekéváa kíhdyahíromé íhñíwau íumécó kiimywari. Áabekéváa iidsíjivétsóobeke dóóme tétsihvúre. Áabeúvú níwaúváa iijínúmé ícujuwáíhkyú allútu.

Úúbálleháñé néé teeúvá múúne téhmumu pejco: 'Guru, guru, guru, tsej; guru, guru, guru, tsej; juúú, juúú, juúú...', llíchuhíjkyáne. Teenévá múúne, 'tsej', iihjyúváneri íkiimywá mítyajtsómé, Pííne Núhbaúvukéváa ikíhdyahírowa.

Átsihdyúváa oomímyé ááhívu, ume újcutúmré; ihdyúváa Pííne Núhbaúvuke idyóókiye éhduhjí idyáríívemeétsihdyu. Ehdúváa láme Núhbá dóó ihjyájkímuca Pííne Núhbake iitsííme úmómú allútu. Aaméváa téhullétu tsáameúvúdú íjkyámeke ídsi iitécunúpejtsóhi,



decapitado con la navaja de la beligerancia de los animales. Consumada la venganza, los animales devoraron allí mismo sus carnes y colocaron su cráneo sobre su tullpa, como trofeo de guerra.

Cuentan que desde este aciago hecho los musmuquis soplan esta calavera, mientras enaltecen sus navajas con un sonido peculiar en la oscuridad de las noches tenebrosas en la selva.

Después de devorar a Sol del Medio Mundo en plena selva, Sol de los Animales retornó a su maloca junto a sus hijos sin haber cogido la sal silvestre. En tanto fingían su retorno del monte, la esposa del desaparecido, hija del curaca mono, notó que su marido no había retornaido con ellos. Entonces preguntó a su padre: "Papá, ¿dónde está mi marido que ayer se fue con ustedes?"

Entonces, el patriarca, contestó: "Nos desquitamos de él con mis súbditos, como señal de venganza por exterminar a mis hijos. No reclames nada. Si demandas algo, nos vengaremos contigo, también".

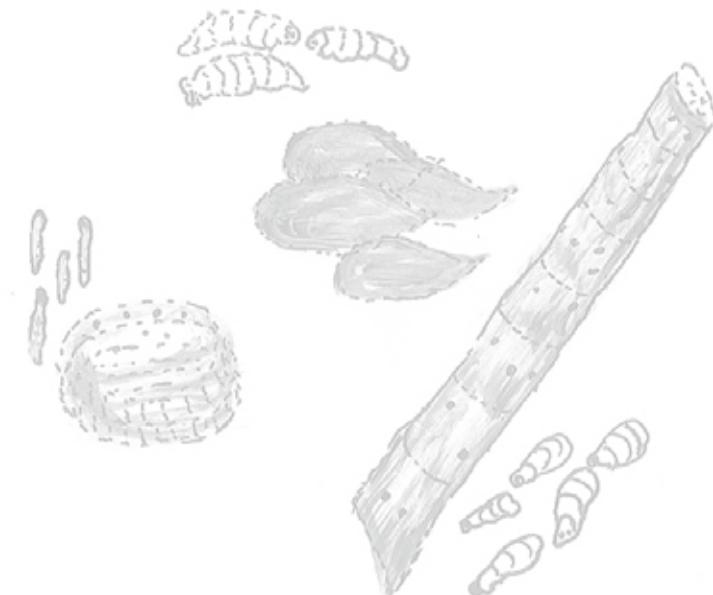
Muy apesadumbrada con la aciaga noticia atinó a no reclamar nada. Y para salvaguardar el finísimo arsenal de su finado marido escondió su pucuna en la cumbre de su maloca, cuyo veneno se introdujo en los senos, y sus dardos se los hincó en el pubis. De esta manera la viuda escondió toda la armadura de su difunto marido para que nadie los hallara. En esos precisos días el feto de un ser humano iba desarrollándose dentro del útero de la mujer, que perdió a su marido en manos de los varones de su padre.



aalléváá iíté tsáhájuco ájyu diityémá óómíjyúcootúne. Árónemáváá díllolle: "Llíhi, llihíyo, ¿kiárá átyájíí?"

Aállekéváa áñújcuúbe: "Tákyuwáábekéneecu dibye pírúpírú tsájtyénéllií téhdure tákyuwáábema dííbyeke úmeco muha mé meenúhi. ḥiná nehdíñie. Tsíeméné u néhajchíí téhdure uke úmeco ó méénuúhi".

Aáneríváa itsájúréévéróne tsá iiná dille néétune. Átsihdyúváa, 'Gocóhaaca idyé ijkyácoobejívari', iñémeíñe dííbyeuvú lliiñájá tollíiyú páátanulle ihjyá nihbáhó pañevú, áanetuváa dííbyeuvú namíjtyaco cahpíómeíllé ímujpáñé pañevú, áánáacáváa dííbyeuvú biirúmuco wádujhácomeíllé íováawatu; tsúúca ehdu páátanulle dííbyeuvú lliiñájá múbárá teene idyómájcótuki. Áijyúvahacáa tsúúca tsíimene dííllé iibuwá pañevú cávíiyivéjucóohí.



• EPISODIO II •

PUCUNERO INVESTIGA LA MUERTE DE SU PADRE

Después de estar sola por algún tiempo, gestando el embarazo a duras penas, la viuda de Sol del Medio Mundo dio a luz un robusto hijo, quien crecía paulatinamente, tal como crecen los niños de su edad. Como iba desarrollándose, también iba jugando con una pequeña cerbatana hecha de carrizo, matando pequeños insectos en la chacra, al lado de su madre. Cierta noche, mientras jugaba a cazar pequeñas sabandijas dentro la casa, vio unos mosquitos pegados en los testículos de su abuelo que descansaba en su hamaca. Entonces, intentó matarlos con su pequeña pucuna, pero el proyectil pegó fuerte en los genitales del abuelo, quien le increpó, diciendo: “¡Ay! ¡Me hiciste doler! Cómo cambiar tus costumbres cuando traes los mismos hábitos que tu finado padre”.

Consternado con la confesión que le hizo su abuelo, fue a preguntar a su madre: “Mamá, ¿tuve padre, acaso?”

“No, hijito –contestó su madre–. Tú naciste como producto de mis jugos gástricos”.

Convencido con la explicación el niño acompañaba a su madre a la chacra, jugando a cazar pequeños saltamontes con su pucuna. Sin embargo, la confesión que le hiciera su abuelo seguía torturando sus frágiles pensamientos, por lo que, por segunda vez, fue a preguntar a su madre: “Mamá, aclárame de dónde pude haber aparecido, entonces”.

“Claro que sí, hijito –le replicó su madre –. Tú naciste como producto de la digestión de mis alimentos. Así naciste, hijito”.

Fastidiada con las incessantes interrogantes que le hacía su pequeño hijo, no tardó en sincerarse parcialmente con él, y dijo: “Claro que tuviste padre, hijo mío. Pero murió, antes que nacieras, mordido por una serpiente muy venenosa”.

En seguida, el ahora adolescente, fue en busca de la letal serpiente a quien halló durmiendo en la palizada de la chacra de su extinto padre. Acercándose a él comenzó a hollarla, reclamando: “Serpiente, muérdeme ahora mismo para morirme, así como mordiste y mataste a mi padre”.

Impresionada con tamaña acusación, la soñolienta serpiente contestó: “¡Claro que no, hijo mío! Pero, ¿por qué me acusas de haber mordido y matado a tu padre? Pues, solo me paso durmiendo aquí entre la maleza de su chacra después de comerme al ratón que come la yuca de sus chacras”.

● EPISODIO II ●

CÁANÍÚVÚ DSŁJÍVÉ LLÍJCHUÍÍHYÓ WÁÁJACÚNE

Aanéhjí boonéváa Pííne Núhbaúvú taaba ííhañéhjiréjuco íkyahíjkyalle tsúúcajátu tsíímovájucóó ájyúúvú eevácó wájpíwúuke, áábewuúváa ikyóhbodu keemévehíjkyá, muhdú múúne tsíímene kékémevédu. Aabéváa tsíménéhréi néébe chiiyórójúwuúné ikíjtyúneri llíjchuubéré pehíjkyá tsííjú úníuri úmihéné pañe.

Tsáiyúváa ihjyá pañe tsíeméjtéwuújike llíjchuubéré péébe ájtyúmíté íityáhdi íwabyáúúhori óhbákyunúhíjkyáábé dómíúúhori eete tsohótsóhó néemeke, áámekéváa llíjchúcuube ítyollíjyuri. Aanéváa ávyé íityáhdikye ídyómiúúhó néénellií úhbaábe: “¡Agáo! ¡Avyéwu, muube, oke ú llíjchúcúhi! Néhnihívánéjtsííméné, dííkyáániúvú llíjchúpíyéhjáa u tsívaábe”. Ehdúváa íityáhdi dííbyeke úhbane illéebóneri mítyane íítsámeííbye, áánemáváa tsííjuke díllotéébe: “Wáha, ¿acápe, ihdyu, ó caanívaráhi?

“Tsáha, llíhi –áñújculléváa tsííju–. Támajchíjpákyórené tááfbuwá pañevú cávýívyenéhjí uke ó tsíímováhi, Llíhi”.

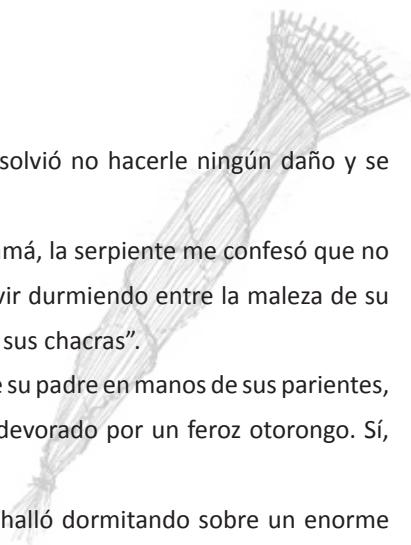
“Juúju, wáha. Tehdújuco” –iñéénemáváa pehíjkyároobe tsííjuma úmihéneri, llohcóbáwuúmuke llíjchuubéré. Árónáacáváa éhnííñevúré íityáhdi dííbyeke néeneri íítsámeíñe tsííñe díllotéébé tsííjuke: “Wáha, ¿acápe ímíááné kiátúrá íñe o tsááhií?”.

“Tsáha, Llíhi –tsííñeváa áñújculle tóónullré–. Ihdyúpe tamájchoháñéré táhbáú pañevú áraavéné uke ó tsíímováhi.

Áábewuúváa ehdu mítyanéréjuco tsííjuke díllohíjkyáné níjcaúvú tájpávyatétsolle botsíí neéhií: “Ihdyúhdépe, lli, ímíááné ú caanívaráhi, ároobépe u tsíímávámeítyúné íhde ííñimye íhdóneri dsííváhi”.

Ehdúváa tsííju dííbyeke úúbállénéllií ííñimyéké néhcotéébe, áábekéváa ájtyúmítéébé cáaníúvú úmihé kijyéné pañe cúwahíjkyáábeke. Áabe élleúváa ipyééne tátsítsíhkyuubéré nééhií: “Uuváa llihíyoúvuke u íhdóneri dsííváveébe. Áyu, cána ookéréjuco díhdo téhdure o dsííváveki”.

Áábekéváa ííñimye áñujcúhi: “¡Í!, táiááchi! ¿Muhdíkyáábeké táíáchikye o íhdóneri dibye dsííváne oke u nééhií? Ihdyu, dííbyé úmihé bájtsotá baajúriu máchohíjkyáábeke llíhpyeke o dóóne tájpí dííbyé úmihé kijyéné pañe o cúwahíjkyáabe muhdú ííváábeke táíáchikye ó íhdóneri dsííváveíyoóbe”.



Hecha la confesión del inofensivo ofidio, Pucunero resolvió no hacerle ningún daño y se regresó a casa, meditando en aquella aclaración.

Llegando a casa contó a su madre sobre el suceso: "Mamá, la serpiente me confesó que no lastimó a mi padre, a quien solo agradece por sobrevivir durmiendo entre la maleza de su chacra después de comer al ratón que come la yuca de sus chacras".

Por segunda vez, la madre trató de encubrir la muerte de su padre en manos de sus parientes, diciendo: "Ya me acordé, hijito, ya me acordé: murió devorado por un feroz otorongo. Sí, así fue, hijito".

En seguida, Pucunero fue en busca del otorongo y lo halló dormitando sobre un enorme tronco de árbol, en las inmediaciones de la chacra de su desaparecido padre. Acerándose, lo agarró a puntapiés, reclamando: "¡Otorongo, otorongo! ¡Devórame ahora mismo, tal como te devoraste a mi padre!"

"¡Imposible, hijo mío! –Contestó el meditabundo felino–. ¿Cómo es posible que me haya devorado a mi nieto si vivo durmiendo en esta palizada después de comerme al añaúje que cazó en la maleza de su chacra?"

Disculpándose por tamaña calumnia ante el guardián de los cultivos de su padre, Pucunero retornó a casa, cavilando en la desaparición de su progenitor.

Llegando a casa contó a su madre lo ocurrido con el rey de la selva, diciendo: "Mamá, cuando encaré al otorongo por lo que se devoró a mi padre, me contestó: 'Cómo pudiera devorarme a mi nieto si vivo durmiendo en la palizada de su chacra después de comerme al añaúje que halló en la maleza de su chacra'".

Pero su madre, otra vez lo embaucó, diciendo: "No, hijo mío. Él no murió devorado por el otorongo. Ahora sí lo recuerdo muy bien. Es que él gustaba criar loros. Y cuando subía en un árbol hacia un nido, cayó y murió al instante. Así murió tu padre, hijo mío".

Inmediatamente, Pucunero corrió en busca de nidos de aquellas aves trepadoras. Al instante, halló un nido en lo alto de una imponente charapilla, hacia donde subió muy raudo. Cuando llegó al refugio, muy a propósito, se soltó desde allí y cayó erguido al suelo y no murió.

Después de la experiencia del nido de loros, mientras regresaba meditando en la suerte de su padre, oyó bromear a un paujil, quien cantaba: "Nido, nidito, tun..."

Ehdúváa Llíjchuííhyoke ííñimye áñújcúnéllií tsáhájuco iiná dííbyeke dibye méénújúcootúne.

Áánemáváa oomíjyúcoobe ihjyávú ííñimyéváa ehdu cááníúvudítyú nééneri íjtsámeííbyére.

Aabéváa ihjyávú iwájsíne tsííjuke úubálletéhi: "Wáha, muurá ííñimyéké o néhcójeebe illure oke llihíyoúvudítyú néé: 'Dííbyé úmihé bájtsotá baajúriu máchohíjkyáne llíhpyeke o dóóne tájpí dííbyé úmihé kijyéné pañe o cúwahíjkyaab muhdú ííváábeke táíáachikye o fhdóneri dsíívénéyoóbe'.

Áánéllihiyéváa díílle ájkímúré cááníúvuke dóóne tsiiñe tóonulle nééhií: "Tsáha, Llíhi. Muurájáa, ihdyu, oohííbyéré dííbyeúvuke dóóhií.

Ááneréjucováa Llíjchuííhyó ellévújuco oohííbye néhcovu pééneé. Aabéváa dííbyeke ájtyúmité cááníúv illóhé kííjyé pañe cúwahíjkyáábeke, áabekéváa tacayújcuubéré uhbáhi: "¡Óhi, oohííbye! ¡Uuváa llihíyoúvuke u dóóhií, ahdu téhdure íkyooca oke didyo!"

Áabekéváa oohííbyé áñuvcuhí: "Tsáha, Llíhi. ¿Muhdú ííváábeke táíáachikye o dóóne oke ú waabyúhi? Illure dííbyé úmihé ihyóveri biirúmuji íjkyáábeke o dóóne tájpí dííbyé illóhé kííjyé pañe o cúwahíjkyaab muhdú ííváábeke táíáachikye ó doóhi".

"Juju –neebéváa Llíjchuííhyo–. Ehdúhaca íívane iiná idyé uke ó méénúiya" –ñéénemáváa oomíjyúcoobe ihjyávú, cááníuvúváa kiávú pééneri íjtsámeííbyére.

Aabéváa idyé tsiiñe tsííjuke neetéhi: "Wáha, muurá oohííbyeke llihíyoúvukéváa dibye dóóne o nééténéllií illure: 'Muhdú ííváábeke táíáachikye ó doóhi; dííbyé úmihé ihyóveri biirúmuji íjkyáábeke o dóóne tájpí dííbyé illóhé kííjyé pañe o cúwahíjkyaab, muhdú ííváábeke táíáachikye ó doóhi', oke neébe".

Áánéllihiyéváa tsiiñe tsííju dííbyeke iálliñéré nééhií: "Tsáha, Llíhi. Tsáhápe oohííbyé dííbyeke dóótune. Botsíyéi ímíñeúvú ó ítsaavéhi: muuráhjáa, ihdyu, imílléwu lloorámuke iéenune ímíllehíjkyaab lloorámudítyúré dócájyááveebe dsíívénéhi. Ehdúu dííkyáániúvú, lli, dsíívénéhi". Ahdújucováa Llíjchuííhyó ellévújuco lloorámu páají néhcoténe. Aabéváa llétsújí wájcatu íjkyámeke iájtyúmíne nérívyéjucóohíi, áámedíuváa iúújeténe tétsihdyu dócárááveíñuube áákityé ijyócuhnécu; tsáhaváa iiná dííbyeke pájtyetúne.

Aabéváa lloorámudítyú óómiibye, muhdúhjápe cááníuvu dsíívénéhi íjtsámeííbyéré péhíjkyánáa, niimúcó dííbyedi: "Íhkyo, íhkyocóo, tó...", goocóhi.

Enfadado sobremanera por aquella mofa, Pucunero lo amenazó, diciendo: “¡Qué te pasa, oye, pájaro infeliz! ¿Crees que bromeo? Ahora mismo te mataré y te comeré por burlarte del hombre que va investigando la desaparición de su finado padre.

Entonces, el paujil, suplicando piedad, dijo: “¡No lo hagas, Pucunero! ¡No me mates, por favor! Solo trato de ayudarte, Pucunero. Solo quiero que sepas una cosa, Pucunerito”.

“¡Pájaro infeliz! ¿Qué noticia importante tienes para contarme?” –contestó el ofuscado Pucunero.

Entonces, el paujil le confesó, diciendo: “Pucunero, tú debes saber que no fueron los animales que buscas quienes mataron a tu padre, sino los varones de tu madre, los musmuquis de los horcones del cielo. Ellos son quienes se devoraron a tu padre, querido Pucunero”.

“Más te vale que sea cierto lo que me acabas de confesar” –se inquietó Pucunero.

En agradecimiento de esta confesión Pucunero creó el pico del paujil usando el ají de su madre. Desde aquel entonces el paujil tiene el pico de color rojo intenso.

Cuando Pucunero reanudaba su camino, meditando en la inesperada confesión del paujil, oyó a unos murciélagos mofarse de él.

¡Caramba! –se irritó Pucunero– ¿Es justo ironizar el trabajo que hago para descubrir a dónde fue mi padre, acaso? Les advierto que hoy no estoy de humor; ahora mismo los mataré con mi pucuna”.

Muy asustados, los murciélagos rogaron por sus vidas y le confesaron, diciendo: “¡No lo hagas, Pucunero! No nos mates, por favor. Solo queremos ayudarte en algo, Pucunero; solo queremos confesarte lo siguiente: Tu madre miente al decir que tu padre murió al caer del nido de unos loros, el otorongo se lo devoró, o murió mordido por la serpiente. Eso no es verdad, Pucunero. Él no fue devorado por esos animales; él fue devorado por varones de tu madre, los musmuquis de los horcones del cielo. Y esos varones viven en los dinteles de los horcones de la maloca de tu difunto padre, Pucunero. Cuando sales de cacería ella los llama a comer, diciendo: ‘¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!’. Y cuando descienden ella los alimenta muy atenta. Ahora mismo están durmiendo en aquellos horcones, Pucunero.

Aanéváa tsaríwu dííbyeke pájtyénellií niimúcoke úhbaábe: “jítnáami muubá néhnihívaabe óhdi ú goocó! Kiavúhjané llihíyoúvú péébeke o néhcohíjkyáábedi iiná óhdi ú goocó, níhñécunu uke o llíjchúne o dóoíbye”.

Ááneríváa niimúcó iíllityéne áñujcúhi: “Oke, ihdu, Llijchu, llíjchudíñe, tó. Apááñéré ó imillé uke o píaabóne, Llijchu. Ukévá o úubálleki, Llijchu”.

“jítnáami néhnihívaabe oke ú úubálleéhi!” –áñújcuubéváa Llijchuíhyo.

Áánellihiyéváa niimúcó dííbyeke úuballéhi: “Tsáhápe eene u néhcóné iámé dííkyáániúvuke dóótune, Llijchu. Ihdyúpe, díítsííju ájkímúré, níjkyéjí ajcúné tehmúmúré, dííkyáániúvuke dóohí, Llijchu”.

“¿Aca, íhya, ímiááne? –tsájúrééveebévápeécu –. Juu, ehdúha teéne”.

Ehdúváa niimúcó cááníúvudítyú úubálléne áhdó tsííjú dííhóutu dííbyeke ihwájíínuíñuúbe. Téénellihiyévá niimúcó ihwájí tújpájíúvú dííhóudu.

Aabéváa niimúcó dííbyeke úubálléneri fítsámeíbyéré péhíjkyánáa idyé kíkiyéjuco dííbyedi: ‘dsorí, dsorí, dsorí, dsorí...’, góócone.

“¡Ééj! –neebévápe–. ¡Néhnihívame iiná ámuha óhdi mé goocóhi! Imiyí o íjkyáábejíí, níhñécunu ámúhakye o llíjchuímye. Kiavúhjané llihíyoúvú péébeke o néhcohíjkyáábedi iiná ámuha óhdi mé góócohíjkyáhi”.

Áánellihiyéváa mítyane iíllityéne, ídsííjvéné iímíllétúne, néémeé: “¡Tsáha, Dsíjtsu! Múúhakye ihsu, Dsíjtsu, dsíjtsudsíñne. Ukévá, Dsíjtsu, muha me úbádséwááheki; ukévá, Dsíjtsu, muha me úbádséwááheki: ídsudse dsíítsííju uke ádsihíjkyá ‘dsoodsámudsítsúu áákitséébe, oohíbyépe dsóóhií, ííñimyépe íhdsóhií’, iñéenedsi, Dsíjtsu. Ihdsúpe dsíícaáñiúvuke dsíítsííjú wajpíimú, níjkyéjí ajcúné tsehmúmúdsé dsóóhi, Dsíjtsu. Aame dsíícaáñiúvú apíhajcúné wanúwáánedsi, Dsíjtsu. Áámeke udsévú u pééné boone kéévahíjcadse: ¡Tsáwajpíimúú, níjkyéjí ajcúné tsehmúmúú, mé majtsóvajúú! Aame níítsémeke mátsótsohíjkyadse, Dsíjtsu. Aame tséhajcújí pañe íkyooca ijkyáhi, Dsíjtsu. Áámeke úmeco u méenune u ímídséhajtsíí dsíícaáñiúvú tsodsííjú níhbáhotu ú újcuúhi, áánetsu dsííbeúvú namíjtsaco dsíítsííjú mujpáné pane, áánáa dsííbeúvú biídsúmuco díídsé ováwatsu, Dsíjtsu; aane u dsójtsucúné u ímídséhajtsíí ú neéhi: ‘Wáha, ¿acápe muhdsú ádsáábewu o íjkyácooca ó nóhnohíjkyáhi?’.



Si deseas tomar venganza debes recuperar la pucuna de tu finado padre que está escondida en la cumbre de tu casa, su veneno está dentro los senos de tu madre, cuyos dardos están clavados en su pubis. Para recuperarlos, dirás a tu madre: 'Mamá, ¿cómo lactaba cuando niño?' Y mientras simulas lactar succionarás aquel veneno escondido en las mamas de tu madre, al tiempo de quitarle los dardos ubicados en su pubis. Haz conforme a nuestras instrucciones, Pucunero".

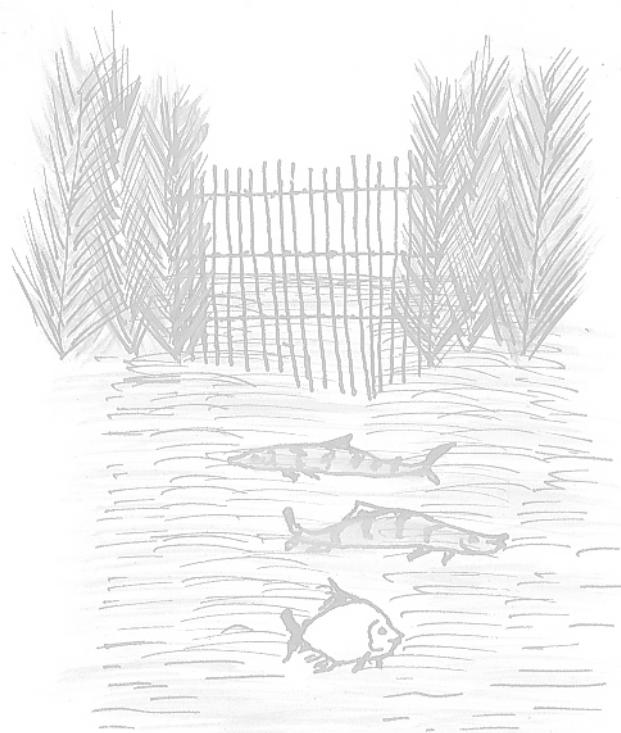
Enterado con más exactitud sobre la desaparición de su padre, a través de la confesión de los murciélagos, Pucunero, les dijo: "Muy bien, amigos; excelente dato. Muchas gracias por vuestra valiosa confesión".

En agradecimiento de la confesión que hicieran los murciélagos, Pucunero creó las alas de los murciélagos con las hojas del tabaco de su difunto padre. Asimismo, creó sus cabezas con una porción del ampiri que dejó su padre en su morral. Antes de este suceso los murciélagos no tenían alas ni cabeza; pero gracias a la creatividad de Pucunero los murciélagos tuvieron cabezas y alas para volar.

Aane u ñóihjyúcúñejtséévedsi ú újcuúhi, ááné adsúdsí biidsúmuco ú tsábahjyúcuú díidsé ovááwatsu, Dsíjtsu”.

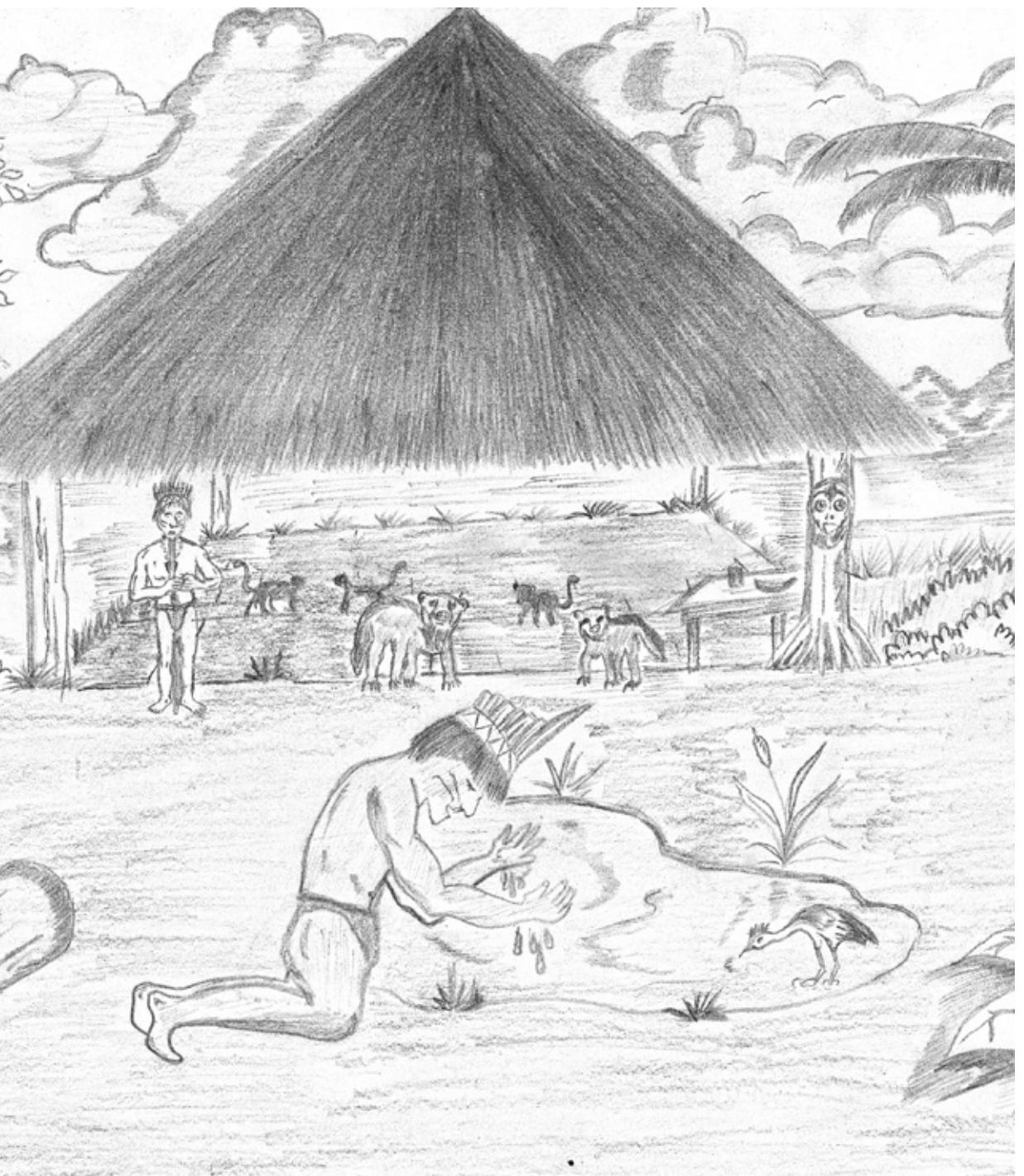
Ehdúváá kiki Llíjchuííhyoke cááníúvudítyú úúbállénéllií, ‘fmíáánéhaáca’, némeíbye. Áánemáváá diityéké mítyane téhdújtsoobe nééhií: “Juu, ehdúha teéne. Tehdújuco ámuha oke ímíñeúvú me úúbálléne”.

Aanéváá ehdú dííbyeke kiki úúbálléne áhdó diityéké nuwááñuube cááníúvú waajácú bañéhé aamínetu, ícahpáyú pañe itsátyehíjkyánetu. Téhduréváá diityéké niwáúúnuube cááníúvú mamávyé maanítu. Tééné ihdéváá tsáhái kiki íhñúwáánema, íhñíwaúúnema íjkyatúne. Ihdyúváá Llíjchuííhyó diityé niwáúúnema íhñúwaañe ípívyéjtsótsihdyu botsíyéí piivyétémé iwáámenéne.



• EPISODIO III •

PUCUNERO Y LOS VARONES DE SU MADRE





• EPISODIO III •

LLÍJCHUÍÍHYÓ TSÍÍJU ÁJKÍMUKE DÓÓNEÉ

Después que los murciélagos y el paujil revelaran los pormenores de la desaparición de su padre, Pucunero regresó a casa y fue a recostarse en su hamaca, taciturno, planificando una estrategia para apoderarse del veneno que se hallaba en el cuerpo de su madre. Y después de estar cavilando la treta, recostado en la hamaca, dijo a su madre: “Mamá, ¿podrías demostrarme cómo lactaba cuando niño?”

Esta propuesta inquietó sobremanera el corazón de su madre, quien dijo en sí: “¡Oh, no! ¿Quién ha de ser aquel necio que contó estas cosas a mi hijo?”

Muy a pesar de ello, fingiendo tranquilidad, contestó: “No, hijito. No es posible amamantarte ahora de grande, tal como lo hacías cuando niño”.

“No lo creo, mamá –insistió Pucunero–. Solo te pido que me dejes experimentar para saber cómo lactaba cuando niño”.

“No es lícito, hijito –volvió a negarle la apesadumbrada madre–. La gente diría que te estás acostando conmigo. Por lo tanto, es bochornoso que te vuelva a amamantar, hijito”.

“Por favor, madre mía –siguió insistiendo Pucunero–. Solo quiero comprobar cómo lactaba cuando niño”.

Desobedeciendo la advertencia de la madre, Pucunero la atrapó y succionó la pócima de su finado padre que se hallaba en las glándulas mamarias, mientras desprendía los dardos que se hallaban en la zona del pubis. En seguida, se subió a la cumbre de su maloca y extrajo la pucuna allí escondida, recuperando para sí todo el arsenal de cacería de su finado padre. Advirtiendo que todo estaba consumado, su madre se entristeció y rompió a llorar desconsoladamente. La venganza contra sus varones los musmuquis del cielo era evidente e irreversible.

Recuperando de esta manera toda la armadura de su padre, Pucunero trató de consolarla, diciendo: “Mamá, ahora sí podré cazar para que comas. Mañana mismo iré de cacería. Ya lo verás”.

Tal como convino con su madre, Pucunero comenzó a cazar todo tipo de animales con la letal pucuna, usando los dardos y la pócima de manera diestra.

Cierto día, Pucunero dijo a su madre: “Mamá, mañana iré a cazar muy lejos. Por eso te ruego que prepares abundante casabe para comer el producto de mi cacería”.

Aanéváa kiki niimúcoma cááníúvukée iiná pájtyene úúballéné iwáájácúne Llíjchuíhyó ihjyávú óómiibye iiná tsííjuke néetuubéré víkyóóveté iwáábyavu, muhdú tsííjudítýu cááníúvú namíjtyaco iújcúíyóneri íjtsámeíibyére. Aabéváa tééneri íjtsámeíibyé iwáábyari iíjyáculuhíjkyátsihdyu tsííjuke nééhi: “Wáha, ɬacápe muhdú éhne tsíímene o íjkyácooca ó ñohňohíjkyáhi, bóho?”

Aanéváa ehdu Llíjchuíhyó nééne illéébóne: “ííkyaj! ɬMúúberéjucó tsámaɬveekítájtsíímeneke ímítyuju úubálléne?”, tsííju tsajúreev ííbúwá pañe. Tsúúca áábímyeíjyúcoölle.

Aanéváa ehdu íjtsámeíyóné áñújculle: “Tsáha, Llíhi. Muhdúhjané áyáábewu u ñohňohíjkyáné keémeréjuco u íjkyáabeke muhdú tsiiñe uke ó ñohňótsóiyáhi”.

“Tsáha, wáha –neebéváa tsiiñe –. Cána bo, ihdyu, o ñohňóro, o wáájácu muhdúhjáa áyáábewu o íjkyácooca o ñohňohíjkyáne”.

“Tsáha, Llíhi –tsáhájtsórolléváa tsiiñe–. Míamúnaa nééiyá: ‘Diibyévá tsííjuma tódsííváhi’. Ahdu nééne, ɬveekítámujpáñevu uke ó ájcúiyáhi, llíhi?”

“Tsáha, bóho, wáha –éhnííñevúreváa pátsárikyoóbe –. Ihdyu, íllure ó imíllé o éevelléné muhdúhjáa áyáábewu o íjkyánáa o ñohňohíjkyáne”.

Ehdúváa tsííju wájyúmeíyóné pañe Llíjchuíhyó díílleke ityábejcáróne ímujpáñé idíbéévéne ííci ñohíjyáco cááníúvú namíjtyaco, ááné tujkéveríváa dííbyeúvú bíírúmuco tábahjyúcuube tsííjú ovááwatu; ááné boonéváa níhbáhovu iñérívyéne újcújeebe cááníúvú lliiñájá tollíjyu. Ehdúváa tsúúca páneeréjuco cááníúvú lliiñájá dibye újcune.

Ááneríváa tsííju ílluréjuco ikímóóvéne tááneé; tsúúca waajácújúcoolle dibye díílle ájkímuke úmeco imyéénúne dóóiñe.

Aanéváa ehdu páneere cááníúvú lliiñájá iújcúne Llíjchuíhyó tsííjuke pítyajcói: “Wáha, íkyooca, ihdyu, botsíí úúma íñeeri ó lliiñájaá u dóhíjkyaki. Aabe péjcoréjuco o lliiñájaatéiñe”.

Aabéváa tétsihdyu lliiñájaabe tsívahíjkyá cuumú iáábeke, óóbawá iáábeke, náámohó iáábeke, téhdure tsííñé iáábeke; ihdyúváa tsííjuke iñéhdu tsúúca Llíjchuube páábé iáábeke cááníúvú tollíjyu.

Tsájcoojjváa Llíjchuíhyó tsííjuke nééhi: “Wáha, péjcore tsíhyulle ó lliiñchúteé iámeke u dóókií. Ahdíkyane kémúúnécoba bújcájaaco o táávane me lliéhdoki”.



Al día siguiente, ni bien despuntaba el día, Pucunero se dirigió a cazar adentro de la montaña, como acordó con su madre; sin embargo, simulando ir de cacería, se regresó desde una distancia prudente y se escondió entre unas ortigas que crecían en los derredores de su maloca para observar cómo su madre atendía el desayuno a sus varones, los musmuquis de los horcones del cielo.

En tanto permanecía inmóvil en su escondite vio que su madre, después de asar el casabe, disponía el desayuno con los ajíes negros y porciones de cacahuate bien asados, erguida en media maloca, llamaba a sus varones al desayuno: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a desayunar!”

En seguida, bajaron muchísimos musmuquis, desde los horcones de la inmensa maloca; quienes, disponiéndose en corro en media maloca, comieron por todos lados lo que la mujer había preparado para ellos.

Concluido el frenesí del desayuno, después que los monos habían desaparecido por donde vinieron, la mujer guardó sus ajíes y se marchó para su chacra, canasta al hombro.

Cuando Pucunero vio que su madre había desaparecido por el camino de la chacra, salió de su escondite y dispuso la mesa del desayuno en media maloca e invocó la presencia de sus varones, tal como vio convocar a su madre: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a desayunar!”

Entonces, los musmuquis bajaron por doquier y se dispusieron en círculo y otra vez se pusieron a comer los casabes y ajíes servidos, distracción oportuna que usó Pucunero para aniquilar a los varones de su madre, verdugos de su padre, hasta no quedar ninguno.

Inmediatamente los chamuscó y cocinó en el nongo de los sacrificios de su madre, para luego comérselos hasta terminarlos. En seguida, cogió sus cráneos y dibujó sus cejas con el carbón del tiesto de su madre; luego, los colocó en los dinteles de los horcones de la maloca, donde solían estar. Finalmente, lavó muy bien la enorme olla de barro y procuró desaparecer todo rastro que le pudiera incriminarlo, y se marchó a la espesura del bosque, fingiendo ir de cacería.

Aabéváa tsíjkyoojí cùuvéuuvújuco ellévújuco íjchívyeíñúné, muhdúváhjáa tsíjjuke iijyu ipítajcódú. Aabéváa éhne múúne lliiñájaavu péhdu péébe wahájchotátú bájú pañétú ióomíñé áátají pañevú ihjyá úniuvú páatánúmeí muhdú tsíjju íwajpíimú níjkyéjí ajcúné tehmúmuke kéevane iíteki.

Aabéváa tétsii íjyáculuhíjkyánáa iítécunú tsúúca tsíjju tsarúwaháñema íjtyácojínné ibújcájááne pímhíhtsoháñema mátsájcaháñé ipáárone pínnééjatu íwajpíimuke kéevájucóone: “¡Táwajpíimúu, níjkyéjí ajcúné tehmúmúu, mé majchóvajúu!”

Ahdújucováa pahájcvátú tééjácóbá apíhajcúnetu téhmumu caayicayi, caayicayi niityécunú pínnéé jávu, aaméváa dille kéevánéhjí alluvú ímícaávéne pahúllevátú majchójucóohíi.

Aalléváa diityécoba imájchone ímivyédú iiváa iníityénéhjíri óomíñé boone ípímhíhtsoháñé ipíkyóone péjucóó íumihévú, iuvérújtsí wahpákyunu.

Aanéváa Llíjchuíhyó tsíjju íumihévú pééne iítténe ihjyávú áahíveebe iiyéjuco pímhíhtsoháñé ipáárone píuvájucóó tsíjju ájkímuke, muhdúváhjáa dille píuvádu: “¡Táwajpíimúu, níjkyéjí ajcúné tehmúmúu, mé majchóvajúu!”

Ahdújucováa téhmumu pahúllevátú caayicayi, caayicayi iñíityécunúne pímhítsó alluvú ímícaávéne máahóhañé májchónáa Llíjchuíhyó llijchújucóó diityéké píruné; tsúúca pámeekéré tsíjju wajpíimuke, cáaníuvukéváa dóómeke, lliihyánuúbe.

Áanemáváa iícúi itsóómeke tsíjju caráájíri tújúcoóbe, aaméváa báábámeke dójúcoobe píruhnécu. Ááné boonéváa diityé níwáú paaajíñé iújcúne íhyállúwaajíñé tááboobe tsíjju ullébá úníutu, áanemáváa cámúrúhcoobe ápíhajcúné níjcaúúnevu. Átsihdyúváa cáraají ímíñeúvú iníjtyúne páneere ujpáháñé píruwu iwaamíúne botsíi peebe bájú pañévu.

• EPISODIO IV •

SACRIFICIO DE LA MADRE DE PUCUNERO

Pasado el mediodía la madre regresaba de su chacra y, dejando por un momento el proceso de elaboración de la yuca para el casabe, calentó sus ajíes y llamó a almorzar a sus varones: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!”

Como el rumor de la acostumbrada bullanguería vino a esfumarse a cierta distancia, la madre otra vez los invocó: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!”

Cuando la mujer llamó por tercera vez, las calaveras se precipitaron desde lo alto los dinteles de la maloca y rodaron por tierra. Y viéndolos rodar, la desconsolada madre rompió en llanto incontrolable, jurando venganza: “¡Oh, no! ¿Por qué te comiste a mis varones, hijo mío? Así como hiciste con ellos harás conmigo también”.

Jurada la venganza ralló su yuca y corrió tras el camino del arroyo con el cántaro al hombro. Y dejando el cántaro por un momento en la orilla del riachuelo se dirigió al interior de su chacra y escupió en reiteradas ocasiones en ella. Establecido el conjuro, llenó el cántaro con agua y regresó a casa para exprimir la masa de yuca, por última vez.

En ese preciso momento Pucunero llegaba de cacería, con las manos vacías, quien, disimulando una cacería infructuosa, dijo a su madre: “No hallé cacería, madre mía. No traigo nada de caza a pesar de haber caminado muy lejos”.

“Qué mala suerte, hijito –contestó su madre, disimulando su tristeza–. Otro día hallarás caza para comer”.

Mientras degustaba el solariego almuerzo, la madre le rogó, diciendo: “Hijito, me parece tener un piqui en la planta del pie. Te ruego, por favor, que me lo extraigas cuando termines de almorzar”.

Concluido el almuerzo, Pucunero tomó una espina de pijuayo y procedió a extraer el piqui que se hallaba en la planta del pie de su madre, cuya herida quedó hecha un hoyo. En seguida, le contó el hallazgo del día: “Mamá, hallé un shimbillo muy frondoso, cuyos frutos están muy maduros, los que muchos animales van a comer”.

“¡Qué bien, hijo mío! –Contestó su madre, aceptando esta vez la preeminencia de su padre–. Ese shimbillo era el preferido de tu finado padre. Allí él cazaba muchos animales. Él me contaba que ni bien se ponía el sol la enorme choshna no tardaba en llegar.

• EPISODIO IV •

LLÍJCHUÍÍHYODÍVÚ TSÍHJU DÓÓTSÓMEÍÑE

Aanéváa cójíipiiné niiñévú tsúúca Llíjchuííhyójtsííju úmihétú wájtsille ijpíícaháñé ipááróne, ípimíhtsóháné iakyowájitsóne, tsiiñe keevájucóó ihyájkímuke: “¡Táwajpíímuú, níjkyéíí ajcúné tehmúmuú, mé majchóvajúú!”

Ahdújucováa eene caayicayi, caayicayi itsááróne dáij, pehíjkyáme. Aanéváa múúbéubárá tsáatúnéllií tsiiñe píúvárolle: “¡Táwajpíímuú, níjkyéíí ajcúné tehmúmuú, mé majchóvajúú!”

Aaméváa tsiiñe caayicayi, caayicayi, dáij, péénellií tsiiñe dille píúvánéllií, ‘caaracara, caaracara, tóó’, níwáu paajíñé áákityé ápíhajcúné níjcaúúnetu, máátyobáréjuco díílleke:

“jíkyaj! ¿veekí tájtsííméné íñe táwajpíímuke dójucóóhií? Ároobe tsá ámúhakyéré úmeco méénuityúne, téhdure ooke úmeco méénúiíbye”.

Ehdúváa ihyájkímuúvuke ityánéhjí ícúi íjpííca icáátsóne ílliyíhyó ipíhchúúvéne dsíínelle mújcojúvu, áihllóváa téhí wájú alluvú ipáároíñúne peelle iúmihé pañévu, áanemáváa tépallí pañe únichíhkyulle píváijyúva, áanemáváa ícúi nújpakyo iújcújéne óomille dótsúhcuté ímaahóbá nihñéréjuco.

Áánáacáváa tsúúca Llíjchuííhyó wajtsíjucóó llíiñájaatu, múúbéubaké táávátuúbe. Aabéváa tsííjuke neeváhi: “Tsáha, wáha, caatyéiyóhaja. Tsíhyulléjúcooro, wa, o úllene, ároobe keenéiyó o táávane”.

“Aava, llíhi –áñújculléváa, íkimóóveháñé áábúcullére–. Tsíijyúca taava me dóókií”.

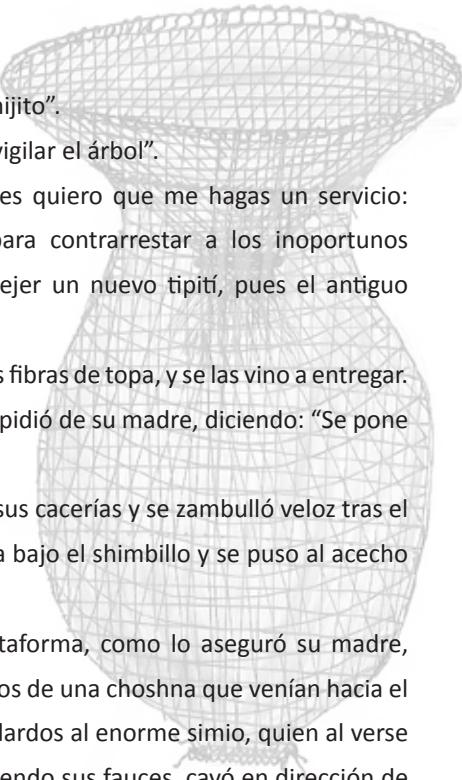
Áábé úmíwáuváa pímíhtsoháñé ipáárone dibye máchohíjkyánáa neéelle: “Llíhi, okéubá, míá, níipají tájtyúhájpíínetu. Úca u májchonéhjí u ímivyédú oke díhjácu”.

Ahdújucováa imájchonéhjí ínýkéváné boone mééméhé anéétó iújcújéne Llíjchuííyó tsííjú túhájpíínetú díhjácú níípajíke, aanéváa páhejúcoba coéváhi. Ááné boonéváa díílleke úubállebe: “Wáha, íilletu cuhlliwa ó uujéhi. Ílletu mítyane iámé lléénéné cuhlliwa ó ájtyumíhi”.

“¡Éée, llíhi! –botsíyéíkyéváa áñújculle, cááníuvúváa tsájcoojí íkyane nééllere–. Teewáneecu dííkyáániúvú cuhlliwa, iámeke dibye llíjchuhíjkyawa. Cuuvréváne wátéhcoba niityéhíjkyáhi. Wa, ihdyu, lli, tehméte. Tsáijyu múu ihdíkyáábeke ú taaváhi”.

“Éée, wáha –áñújcuubéváa Llíjchuííhyo–. Ípyejcójucó o téhmetéíñe”.

“Juúju, llíhi –tsápíítsolléváa dííbyke–. Aanéjííva, u péétúné íhde óómáiikye múútsúhetu wábohcóte, íjyévé oke nee ádohíjkyáhi.



. Ve, pues, a vigilarlo, para ver si cazas algún animal, hijito”.

“Sí, mamá –repuso feliz Pucunero–. Esta noche iré a vigilar el árbol”.

“¡Cómo no, hijito! –Le motivó su madre–. Pero antes quiero que me hagas un servicio: necesito que me consigas resina de lechecaspi, para contrarrestar a los inoportunos mosquitos; también, necesito fibras de topa para tejer un nuevo tipití, pues el antiguo necesita ser reemplazado”.

Muy presto, Pucunero se dirigió a extraer la resina y las fibras de topa, y se las vino a entregar. Y como el crepúsculo anunciaba el final del día se despidió de su madre, diciendo: “Se pone el sol, mamá. Voy, pues, antes que anochezca”.

Sin perder más tiempo Pucunero tomó la pucuna de sus cacerías y se zambulló veloz tras el shimbillo. Una vez en allí, improvisó una ligera tarima bajo el shimbillo y se puso al acecho para cazar alguna desafortunada presa.

Mientras aguardaba caza desde su improvisada plataforma, como lo aseguró su madre, escuchó entre los árboles los característicos chasquidos de una choshna que venían hacia el shimbillo. Entonces, tomó su pucuna y picó algunos dardos al enorme simio, quien al verse aniquilado se puso a orinar desde lo alto. Luego, abriendo sus fauces, cayó en dirección de Pucunero con el objetivo de morderlo, pero éste esquivó hábilmente la mordida que solo alcanzó a averiar su pequeña tarima.

Este mono no era sino el alma de su madre, transformado en mono choshna cuando se cubrió el cuerpo con la resina del lechecaspi y algodón, para hacer la pelambre de mono, y fibras de topa como rabo; quien, provisto con los dientes de las columnas de la ira de su cielo, iba en busca de Pucunero con el único propósito de devorarlo y cobrar venganza a sus varones desaparecidos; sin embargo, no logró su cometido.

Después de matar a la enorme choshna Pucunero vigiló el árbol por el resto de la noche, pero ningún otro animal asomó al merendero.

Al despuntar el día el exitoso cazador cargó su pesada presa en un capillejo y se regresó a casa. Una vez en ella observó que la fogata de su madre expedía gran cantidad de humo dentro la chacra. Entonces, la llamó: “¡Mamá, mamá, ya llegué! Cacé una choshna, mamá; ven rápido, por favor”.

Áhdure tsúúca íñe mé wahmíllíwu nójcanúhi, méémái daacúté wahmíllityu táwahmíjí u núúkií”.

Ahdújucováa Llíjchuíhyó ícúhjícú ipyééne múútsuhe iwábóhcóne wahmíllí áácune, áanemáváa ihjyávú ióómíñe ájcutéébé tsííjuke. Ááné boonéváa tsúúca nuhba áábaténéllií tsííjuke neébe: “Cúvéhréjuco, wa, teéne. Ói o péjucóóhií”.

Ahdújucováa Llíjchuíhyó ílliñájá tollíjyú iékéévéne dsíínené cúhllíwá tujkévetu. Aabéváa cúhllíwá lliiñétu iwájíívaténe tehméjucóo múuijyú tsáné iáábé tsáábeke illíchuki.

Aabéváa íwaíjí allúrí iámeke llíñémuúcunúhíjkyánáa, tsííjúváa néhdújuko, cuuvéré wácha ‘joo, joo; wáteewáte, wáteewáte’, tsájucóo wácháábówá tujkévetu. Áánélliíhyéváa tsúúca ítyollíjyuri llijchúcújúcoobe wácháhcóbake. Aabéváa dibye llíjchúcuube dííbyeke níjpákyunúhi, áanemáváa iíhwáávéne áákityéébé dííbyé tujkévetu dííbyeke iíhdóroki, árónáacáváa dibye waajáwu wárihyóóvénáa íwaíjíréjuco dibye wátsahjyúcúne.

Ihdyúváhacáa tsííju naavéneréjuco íjkyalle, dibyéváa múútsúhetu wábóhcóneri páneere íjpi inííñúmeíñe méniikyómúbatu icátiíhcúmeíñe, wahmíllivu iíbowáánúmeíñe, wácháhdivu píívyetéllé eene dííbyé tujkévetu pehíjkyá dííbyeke idyóóro íwajpíímuúvu áhdo. Aalléváa eene íumécó níjkyéjíhewááñetu iíhwájíínnúmeíñe dííbyé tujkévetu áákityé dííbyeke iíhdóroki, árónáacáváa tsá dille névéjtsotúne.

Aanéváa wácháhcóbake ityááváné boone téhmépéjcovéroobe tsijtye iámeke, árónáacáváa tsáhájuko múúbéubárá tsájúcootúne. Aabéváa tene tsítsíívédú iwácháhcóbake iwáhímúnúne oomíjyucóo ááhívu, aabéváa tsíhyullétu iítécunúté tsííjú pihñúbááhá iíne imíjyaú úmíhé pañe ámópákyoúcunúne, áánélliíhyéváa píuvájúcoóbe: “iWáha, waháro, tsúúca o tsájucóóhií! Wáchááke ó taaváhi; wa, dicha”.

“¡Juúju, llíhi! –áñújcullévápeé– ¡Wa, ellévú ditsóó!

Ahdújucováa íjkyujúwá idónéjtsóne tsójúcoobe wácháákeé; ááné boonéváa iímibájchóóbeke tújúcoóbe tsííjú caráájíri. Aanéváa tútaco báábane ipíñáone tsiiñe píuvároobe tsííjuke: “¡Wáha, waháro, tsúúca tútaco baabáhíí! ¡Wa, dicha, me dóókíí!”

“¡Juúju, llíhi! –tsiíñéváa áñújculle– ¡Wa, ellévú didyóó, ói ó ávúhcutéhíí!”

Ahdújucováa tsáheecójí bohtájí pañevú ibóhdóne íjtyácó maahóuma Llíjchuíhyó dójucóóhií.

“¡Qué bien, hijito! –Respondió su madre – ¡Ve chamuscándolo!

Sin medir consecuencias, avivó la fogata y comenzó a chamuscar al enorme mono. En seguida, arregló la carne y la cocinó en el nongo de su madre. Una vez listo el timbuche bajó del fuego y llamó de nuevo a su madre: “¡Mamá, mamita, el desayuno está servido! ¡Ven pronto para desayunar juntos!”

“¡Muy bien, hijito! –Otra vez contestó la voz– ¡Ve desayunando; voy a tomarme un baño!”

Entonces, Pucunero tomó un plato y se sirvió algunas presas, y procedió a devorárselas, acompañando con el exquisito casabe de almidón puro. Como veía que su madre no regresaba aun, la llamó de nuevo: “¡Mamita, mamita! Ven pronto para degustar nuestro exquisito timbuche, que casi lo acabo”. “¡Cómo no, hijito! –Contestó por última vez la voz– Ve comiendo; recojo mi ají y voy en seguida”.

Y aquella voz que contestaba como la de su madre no era sino la de su fantasma, a través de los esputos que dejó dentro la chacra la tarde anterior, antes de transformarse en choshna. En tanto iba comiendo las presas de su timbuche, Pucunero tomó una pata del mono y procedió a devorárselo. Y mientras iba comiéndola vio un orificio en el mismo arco central de la pata, e impresionado sobremanera con el hecho, dijo: “¡Oh, no! ¿No estoy comiendo a mi propia madre, acaso? Pues este es el orificio del piquí que le extraje ayer”.

Dicho esto, soltó la pata y fue corriendo hacia la chacra, hallando totalmente apagado el shunto que habían levantado el día anterior. En seguida, la culpabilidad de haberse devorado a su propia madre se convirtió en un terror incontrolable que ahogó su alma hasta convertirlo en un ser de semblante fantasmagórico.

Regresando a la maloca, entre sollozos y gritos lúgubres, se juró diciendo: “¡Es mi madre a quien me devoré! ¿Por qué, maldita sea, me devoré a mi propia madre? Juro que no me quedaré aquí aguantando tamaña desdicha; ahora mismo me transformaré en el padre de la frivolidad y caminaré errante por los bosques”.

A continuación, tomó su morral y metió en él, entre otras cosas que pudieran servirle durante la errabunda travesía que acababa de establecer, el ají de su devorada madre. Y con la pucuna de cacería de su difunto padre al hombro tomó un derrotero sin fin por el corazón del implacable bosque.

Aabéváa tsíiju tsáátunéi iittéróne tsiiñe dílleke: “¡Wáha, waháro, dichájú, bo, me dóo dúrúvahívane mé tutácóo; díjtyane ó pírújtsodíñéé!” –pfúvaráhi.

“¡Juúju, llíhi! –nihñéréjucováa dille áñujcúne– ¡Wa, ellévú didyóó; tádiíhóúha o ábájííveúi ó újcutéhíí!”

Ihdyúvahacáa tsíijuúvú naavéneréjuco dilléváa iijyu wáchádiu pívyetétúné ihde úmihé pañe únichíhkyuñúné míamúnaádú díbyeke áñúcuhíjkyáhi.

Aanéváa páneeréjuco éecone idyóné níjcáuvu Llíjchuíhyó úmóbjtúhá iékéévéne wájpóllánuubéré dóóbe iitécunú téjtuhájpiinétú páheju íjkyane, ááneríváa mítyane iíllityéne: “¡íkyaj! ¿Acáubá íñe tsá wáháákere o dóótune? Muurá íhyeju nípájíkéijyu dílleke o díhjácuhéju”, némeíhi.

Aabéváa míyanéré tééneri iíllityéne téjtuha iwááone dsíinéjucóo úmihé pañévu, aabéváa ájtyúmíté dilléváa iijyu píhñuiñúné tsucáaháñé tsúúcoténe; tsá muúbárá íjkyatúne. Tsúúca iílluréjuco cúhllíhyedívuréjuco dibye cápáyoovéné tsíijuke idyónneri iílbúú pañe iíllityénema. Aanéváa téhullétú ióomíñe mítyane wáníjkyámeííbyeré tájucóó: “¡Dííllekéjucóha íñe wáháake o dóóneé! ¿íveekíami tsáma wáhááke o do? Aanéhaca idyé íchihyi o íjkyáííbyejíívari. ¡Úúpíyí aabájaabéréjuco bájúháñeri ílluú néétune o úlléiíbye!”

Éhduhjíváa tsíijuúvuke idyóólleke ityánéhjí ícahpáyú pañévú uácoobe tsíijuúvú díihóuma tsíñehjí múhduná dibye llííñenéhjí, áánemáváa cááníúvú lliiñájá tollííjyú iékééveíñúne ílluú néétune uupíyivjúcoobe bájúháñé pañévu.



• EPISODIO V •

PUCUNERO Y EL FANTASMA DE SU MADRE





• EPISODIO V •

LLÍJCHURÍDÍVÚ TSÍJUÚVÚ NAAVÉNÉ BÓHÓWAAVÉNE



Después de devorarse a su madre y los musmuquis, Pucunero, transformado en el amo de la futilidad, viajaba sin rumbo por los bosques y montañas buscando poner fin a su frívola vida. Desde entonces vagaba por doquier pernoctando donde le daba la noche, sufriendo los embates del hambre y sin tener que alguien le tendiera una mano o un bocado de pan. Una tarde, mientras caminaba sin rumbo por las montañas, escuchó unas carcajadas de mujer en aquellos inhóspitos parajes. Al acercarse sigilosamente en esa dirección Pucunero vio dos mariposas morpho azul, de muy hermoso parecer, quienes reían graciosamente mientras juntaban frutos de lechecaspi. Acercándose a ellas, preguntó: “¿Se puede saber qué es lo que hacen aquí?”

Absortas con su repentina aparición, las damiselas contestaron: “¿Qué sorpresa, Pucunero? Pues, por aquí se sabe que te convertiste en amo de la futilidad luego de haberte devorado a tu propia madre. Aquí vamos juntando frutos de lechecaspi para comer. Sube y coge algunos frutos para comer, por favor. Pero, te advertimos que no debes comer ninguno allá arriba. Solo cuando hayas bajado comeremos todos juntos”.

“¡De acuerdo! –contestó–. Subiré a coger para que coman frutos muy frescos”.

En seguida, Pucunero subió arriba del árbol y comenzó a coger abundantes y deliciosos frutos de lechecaspi para sus inesperadas amigas. Como el hambre torturaba sus enjutas entrañas, tomó unos frutos y se los comió furtivamente, cuyas cáscaras intentó tirar lo más lejos posible, desde lo alto del árbol; sin embargo, las féminas, que iban juntando por todos los rincones, se toparon con ellas. Entonces, preguntaron: “Amigo, Pucunero, nos parece que estás comiendo algunos frutos allá arriba; pues, he aquí las cáscaras que tiraste. Te prohibimos comer el fruto de nuestro lechecaspi, pero desobedeciste nuestro mandato, tal como desobedeciste y te comiste a tu propia madre, para luego convertirte en amo de la futilidad. Ahora no tendrás escapatoria”.

A continuación, las morpho azul golpearon el tallo del lechecaspi con sus alas quedando exageradamente abultado. Finalmente, las extrañas féminas desaparecieron por el bosque, sin dejar rastro alguno.

Tras ellas el desamparado Pucunero intentó escapar de su abultada prisión, pero le fue imposible huir por cuanto el tallo del lechecaspi estaba peligrosamente cebado.

Llíjchuríváa tsííjuúvuke ihyájkíumáa idyóóne úúpíyí aabájáábedívú píívyetéébé bájúháñeri pehíjkyá ílluú néétune, dsíjíveháñé néhcoobére. Aabéváa kiá iííjyunútsíhjíri ihdíkyátsíhjíri cúwaabéré pehíjkyá, ájyábaúvuma, múubárá dííbyeke piáábóuba majchómá iájcúne ímíllétuúbe.

Tsájcuuvéváa bájúháñé pañe dibye péhíjkyánáa lleebúcunúteebe míityépi badsíjcájamúpí 'íjíjíjí, íjíjíjí,' góócohíjkyáne; ihdýuváhacáa tawáhmihójiméewamúpí. Áámúpí tujkévetúváa choocówu ipyééne iítécunúubé ínné imíjyaú nééné badsíjcájamúpí múútsúhé llíiñe múútsu méémupíré góócohíjkyáne. Aámúpíkéváa díllotéébe: "¿Hínáami ámuhpí mé meénu?"

Áabekéváa iúvanúne dííbyedi úllévenúmúpíré nééhi: "¿Aca kiátú eene, Llijchu, u tsáá, díítsííjuúvukéváa u dóóne úúpíyí aabájaabe u íjkyáabe? Ihdyu, muhpí íchii múútsu mé mehíjkyáhi. Múhpímává óvíjyuco nérívyéne dijco me lléénéki; aabe, állíkyóhreva múúne u néébe, tsáhái tsáhbáuba cáámevu u lléénéityúne. Tsatsíhvúi u níityécooca baavu mé llééneéhi".

"Juúju –áñújcuubévéapeé –. Ané ói ámúhpíma ó íjcóhi".

Ehdúváa iñééne ellévújuco Llíjchuri nériiyéné múútsúheri. Aabéváa imíwu múútsu náámene íjcójucóó diityépí allúvu. Aanéváa ájyaba dííbyeke cáávátúnélli: 'Óvíjyuco tsaco o lléénéne', iñémeíñe tsaco iújcúne lleenéjucóóhií, áánemáváa tsíhyullévújúcooro témiíhe dibye cáámetu wááoróne, áronáacáváa múútsucóóné bádsíjcájamúpí píhkumúpíré péémupí ájtyúmíté témiíhe. Áánemáváa dillomúpí: "Llijchu, Ɂúubá muurá tsúúca ú lleenéhi? Íñehaca témiíhe u újpañe íchii. Ɂíveekí tsá múhpíke u lléébotúne? Ehdíívaabéváa díítsííjuúvuke u dóóne úúpíyí aabájaabe u íjkyáabe Ɂíveekí múhpí muutsúhe néévá ú lleené uke muhpí me bójkyúnááca. Íkyooca óvíároobe kiátú ú niityéhi".

Ehdúváa tawáhmihójiméewamúpí Llíjchuríké iúhbáne múútsúhé déjuco wábérejcó páoodsíriho, tsúúca múútsúhé déjuco pítyúútsomúpí. Áánemáváa bájúháñé pañevú úmívájúcoomúpí.

Ááné boonéváa iiyéjuco múútsúhé níjcauvu cóévaabe tsá píívyetétu muhdú iñíityene, tééhé déjuco óóríñetu, áánemáváa ílluréjuco dibye kímóóvemeíñe: "¡Ooréhdené wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáabeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!"

Y al no tener ninguna posibilidad para escaparse de esa prisión se sentó en la alguna rama del árbol y comenzó a lamentar su mala suerte, vociferando: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad...! Cautivo en lo alto del lechecaspi Pucunero aprovechó para comer algunos frutos que quedaron allí, por algún tiempo. Al cabo, no quedó ningún fruto en el árbol para llenar su estómago, quedando a merced del hambre, nuevamente.

Mientras permanecía prisionero en aquel lugar, una noche escuchó una choshna, que era el alma de su madre convertida en mono, acercarse a él, traqueteando las ramas de los árboles.

Cuando el alma llegó al lechecaspi vio que su hijo estaba en lo alto del árbol, quien al notar que se trataba de su madre intentó llamarla, pero más pesó su culpabilidad que se puso a llorar desconsoladamente.

Entonces, el alma de su madre dijo: “¡Hijo mío! ¿Se puede saber qué haces aquí y en esta vil situación? Esto intenté advertirte cuando te decía: ‘La venganza no es buena amiga, hijo mío’. Sin embargo, fue difícil convencerte que te abstuvieras de tomar represalias contra mis hombres; y al final me comiste, sin siquiera pensar en nuestro bienestar. Ahora estás aquí pasando penurias, como siempre las tendrás, pagando las consecuencias de tus desvaríos. ¿Trajiste algo de nuestro ají, acaso?

“Sí, mamá, traigo algunos” –contestó Pucunero, restregándose las gruesas lágrimas que recorrían sus ojeras mejillas. Y extrayendo un ají macusari de su morral Pucunero se lo dio, el cual introdujo entre sus fauces y procedió a masticarlo, cuyo ardor comenzó a crispar su paladar hasta llenar con abundante saliva. En seguida, escupió el ensalivado hasta el suelo convirtiéndolo en una liana llamada esputo de choshna.

“Listo, hijo mío –concluyó el alma–. Cada cierto tiempo la probarás pellizcándola. Cuando veas que la cáscara esté aún blanca, no estará lista para que la uses. Solo cuando veas que su corteza se tiñe de rojo, entonces estará lista para usarla y podrás escapar por ella. Teniendo en cuenta lo necio que eres, no te atrevas a bajar mientras no esté madura. Obedéceme, por favor. Eso es todo, por mi parte” –instruyendo, se marchó del lugar.

Aabéváa múútsúhé níjcaúvú cóévaabe mútsucóóné cóeváné náámene lléénehíjkyá tsúúcaja, áánéhjí tájpíkyéváa íkyahíjkyáabe. Aanéváa pájtyedu illuréjuco dibye tsiiñe ájyabáávatéhíjkyáne.

Áánáacáváa tétsii dibye tsúúcaja ícúbáhrámeíhíjkyánáa tsápejco llééboobe wácha 'joo, joo', dííbyé tujkévetu tsáaneé, ihdyúváhacáa tsííjuúvú naavéné wácha múútsu lléénevu tsahíjkyáhi.

Aabéváa múútsúhé níjcaúvú wájtsííbe iitécunúté tééhé níjcauri íjtsííméné íjyáculúhíjkyáne. Áállekéváa iájtyúmíne, ¡Wáha!, iñéérótsihvu illuréjuco dibye mítyane kímoovéne.

Áábekéváa tsííjuúvú naavéné wácha nééhi: "¡Tájtsííméné! ¿tínáhana goocójíva íchii ú meénu? Ehdíívanéhdené uke 'óvíjyacóóné, Ili, úmeco' o néhíjkyánacáne íveekí tawajpíimukéne u dóohíi, átsihdyúne nihñéré oke u dóó, ímíhyené me íjkyáiyócoóca. Aabe illújuco íñe dílleebótú níjcaúvú ú úújeténe; aabe íchii ú ícúbáhrámeí u íjkyáidýújuco. ¿A tsáhanácuné mé júúajúatu u tsívatúne?"

"Éeenécu, wáha. Ohnécú ó tsiváhi" –áñújcuubéváa imáátyoháñé íwádsíúvuri íjkyane páákyúmeíbyére. Aabéváa ícahpáyú pañétú dííhou macotsáriu iáábyúcúne ájcuube díílleke, aaúváa íhjyú pañévú iwááómeíñe dícháchájcolle, aanéváa íhjyú béébévétsónetu uráhtsaba tóhaavéné uníkyunúllé baavújuco, tsúúca móóhoúréjuco, 'wáchá uníu' némeíñé moohóu.

"Áyu, tájtsííméné –níwáávelléváa dííbyeke–. Íu ú dóbóriúcuuhíjkyáá pívájcoojívá pájtyéné boóne. Aane tsítsííneúvú témiíhe néécooca tsáhái u níityéityúne; sanééréi tújpámííheúvú u dóbóriúcucooca botsíi ú níityéé tééuri. Állíkyó múúne u néébe íhde niityédíñé. Tsáma oke cáhcújtsoco. Ahdíkyane wái, Ili, diíkya, ói o péjucóóhií" –nélleréváa ellévújuco pééneé.

Ááné boonéváa pívájcoojívá pájtyéné boone dóbóriúcuube tsítsííneúvúiikye móohóu mííhe, áánemáváa téhmehíjkyáabe tsúúcajájuco, aabéváa iíkyahíjkyádú ájyábari múútsúhé níjcauri ícúbáhrámeíhíjkyáhi. Aanéváa pívájcoojívá pájtyedu tsiiñe dóbóriúcú téhduréi tsítsííneúvú témiíhe; téhdure tsiiñe téhmehíjkyáabe pívájcoojívá.

Múhajchótatú tsiiñe dóbóriúcuube tsúúca tújpáñéúvújuco móohú mííhe, ááneríváa mítyane iímíjyúúvéne tsúúca niityéjúcoóbe, áánemáváa tsiiñe idyé ellévújuco dibye ihdíkyáneri pééne bájú Iliíñé.



Pasados algunos días el desdichado Pucunero probaba la liana para ver si estaba madura, para escapar por ella, pero notaba que la corteza aún estaba blanquecina; entonces aguardaba algún tiempo adicional esperando su madurez. Pasados otros días otra vez pellizcaba la liana; sin embargo, la cáscara seguía alba; entonces, siguió esperando. Al cabo de muchos días pellizcó de nuevo la corteza de la liana y esta vez sí estaba rojiza, como símbolo de su madurez. Entonces, se alegró muchísimo y la usó para escapar de la abultada prisión y retomar su infinito viaje a través de los bosques.



• EPISODIO VI •

PUCUNERO Y LAS SETAS

Después de liberarse del lechecaspi hechizado por las princesas morpho azul, Pucunero nuevamente viajaba vagabundo por los bosques sin hallar asilo ni ayuda oportuna.

Mientras caminaba, una mañana escuchó las carcajadas de otras mujeres, que se acusaban mutuamente, diciendo: “¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor! ¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor!”

Sorprendido con la presencia humana, y creyendo hallar consuelo en ellas, se dijo: “¡Vaya! ¿Quiénes han de ser las que ríen por allí sin siquiera imaginar que me muero de hambre? Voy a ubicarlas para pedirles comida”.

Aliviado con el supuesto hallazgo caminó sigilosamente en dirección de las carcajadas y no halló absolutamente a nadie. Y cuando reanudaba su caminar, después de investigar aquellos siniestros parajes, oyó nuevamente las misteriosas carcajadas y voces que decían: “¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor! ¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor!” Entonces regresó rápidamente al lugar y buscó a las personas y no halló a nadie.

“Es este el lugar en que reían las personas” –murmurando, se ponía a investigar el lugar, sin éxito. Y cuando retomaba su camino, por tercera vez las voces rieron y bromearon entre sí. Convencido de localizarlas, esta vez, regresó al lugar y rebuscó minuciosamente cada rincón y halló unas setas pegadas en un palo podrido que halló tirado entre la hojarasca. “Pudieran ser éstas las que me están sugestionando” –protestando, las arrancó con la punta de su pucuna y las pisoteó. En seguida, reanudó su errabunda caminata y nunca más volvió a escuchar las risotadas ni las bromas.

“Lo sabía –refunfuñó, Pucunero–. Sabía que aquellas desdichadas setas eran las que me sugestionaban sabiendo que me estaba muriendo de hambre. ¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”



• EPISODIO VI •

LLÍJCHURÍKÉ GORÓÓMÚ WÁJYÁMUNÚNE

Aanéváa múútsuhe Táwáhmihójimééwamúpí pityúútsóhetu tsííjuuvú naavéné wácháhdi Llíjchuríké píáábóneri níityeebe tsiiñe bájúháñeri ájyábaúvuma pehíjkyá úúpíívyeebéré. Aabéváa tsájcoojí idyé tsiiñe lleebúcunúté walléémú tsáhullétú: “itjíjíjí, ijíjíjí! Oke, muulle, tátýújúíwuúné wápíyújcudíñe. itjíjíjí, ijíjíjí! Oke, muulle, tátýújúíwuúné wápíyújcudíñe” – gócohíjkyáne.

Aanéváa: “ííkyaj! –neébe–. ¿Aca múha éhne ííletu gócohíjkyá ájyábaúvuma o íjkyánáaáca? Ói ó néhcoté diityé pímhíhtsoháñetu o májchoki”, –iñééne péjúcoobe tétsíí tujkévetu.

Aabéváa dityéne gócohíjkyátsihvu iúújeténe íítehíjkyará tsá múubárá íjkyatúne. Aabéváa tétsihjí íítehíjkyáróne ellévújuco tsiiñe péébe wahájchotáréi íjkyánáa tsiiñe: “itjíjíjí, ijíjíjí! Oke, muulle, tátýújúíwuúné wápíyújcudíñe. itjíjíjí, ijíjíjí! Oke, muulle, tátýújúíwuúné wápíyújcudíñe”, –goocóme. Áánélliíhyéváa tsiiñe óómiíbye. Aabéváa idyé tsiiñe dityéne gócohíjkyatsííjí íítehíjkyará, tsá múubárá íjkyatúne.

“Ááneráhjané íchihíyé gócohíjkyáme”, –iiváa iñééne dibye tsiiñe péérónáa béhnétu goocóme. Áánélliíhyéváa tsiiñe ióomíñe ímíñeúvú tétsihjí iñéhcóhulle íítécunúúbé nónónhoba jíhóné pañe íjkyábari goróómú pílluhjúcunúmeke, áámekéváa: “Íjtyéubá íñe oke wajyámúnuhíjkyáhi”, iñééne ítyollííjyú níjcáuri ipípíyújcúmeke tädífríhcoóbe, áánemáváa péébe tsáhájuco múíjyú lléébotú múubárá góócone.

“Ayúju –nemeííbyevápeé–. Diityéjucóhjané néhnihívame goróómú íveekí oke wajyámúnuhíjkyáné ájyábaúvuma o íjkyánáaáca” –illíhkyámeíñemáváa tsiiñe: “íOoréhdené wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi” –támeíhíjkyáabe.

• EPISODIO VII •

PUCUNERO Y EL ESCORPIÓN



• EPISODIO VII •

LLÍJCHURÍKÉ ÓÓVÍHO WÁJYÁMUNÚNE

Después del incidente con las callampas Pucunero nuevamente caminaba sin rumbo por el bosque. En tanto viajaba un día oyó los gritos de alguna persona en esos remotos lugares. Y acercándose sigilosamente hacia el lugar en que oyó los gritos logró dilucidar que aquella voz era de un hombre, quien invitaba efusivamente: “¡Oigan! ¿Habrá alguna persona en estos lugares? ¡Si están allí, vengan pronto y coman del fruto macizo de mi pan del árbol!”.

Emocionado, y motivado con la insólita invitación, Pucunero caminó hacia el lugar del convite. Pero cuando llegó al lugar donde oyó vociferar a la persona no halló a nadie. Y después de echar un vistazo al lugar retomó su errante caminar.

Cuando estaba aún cerca oyó nuevamente los gritos: “¡Oigan! ¿Habrá alguna persona en estos lugares? ¡Si están allí, vengan pronto y coman del fruto macizo de mi pan del árbol!”

Entonces, regresó raudamente al lugar en que oyó vociferar al escurridizo hombre y otra vez no halló a nadie, en absoluto.

“Este es el lugar en que oí los gritos” –se decía, después de husmear el ambiente. Pero al examinar con más detenimiento el terreno halló un pequeño escorpión que descansaba ufano sobre la hojarasca.

“Este majadero debe ser el mentiroso parlanchín” –diciendo, lo machacó con la punta de su pucuna y se marchó del lugar, para nunca más volver a escuchar los gritos.

Después de cubrir un largo y agotador trecho Pucunero se topó con el moribundo escorpión que dejó moliendo con el caño de su pucuna aquella mañana. Y muy sorprendido con el reencuentro, dijo: “¡Vaya! ¿No es este el escorpión que dejé matando esta mañana? Ahora iré en esta dirección para no toparme de nuevo con él”.

Al cabo de recorrer otro fatigoso trecho halló nuevamente al triturado escorpión, que yacía inerte entre la hojarasca. Entonces, tomó un camino que le pareció más derecho, pero se topó de nuevo con el mismo cadáver.

“No entiendo cómo estoy caminando” –se ponía a renegar. En seguida, tomó otro rumbo, al cabo del cual se topó por tercera vez con el desventurado escorpión. “Tal vez solo sea una treta de esta insignificante sabandija”, murmurando, tomó al escorpión y ensambló sus partes.

Goróómuvaá Llíjchuríké mávárijchómeke ipípíyújcútsihdyu tsiiñe pevé bájuri péhíjkyaabé tsíjyu lléebúcunúté tsaate tsíhyulle íhjyúcunúhíjkyáne. Áámé tujkévetuváá péébe lléebúcunú wajpi íhjyúcunúhíjkyáne: “¡Úu, úu, úuuu! ¿A tsáhana íchihjíri tsaatéuba me íjkyatúnéé? ¡Taéllevu me tsááne íñe tadyáárf najáutu mé majchóváá!”

“¡Muúbe! –ímíjyúuvebévápeé–. lílléhaca áátye naja majchóhi. Ói diityé élletu ó májchotéhi; ávyeta ó ajyábáávatéhi”. Aabéváá téhullévújúcooro péébe tsá múubaké ájtyúmitúne. Aabéváá dityéne íhjyúcunúhíjkyátsihvu iúújeténe íítehíjkyará, caatyéiyó míamúnaa tétsihjíri. Aanéváá íítehíjkyáróne ellévújuco péébe wahájchotáréi íjkyánáa tsiiñe: “¡Úu, úu, úuuu! ¿A tsáhana íchihjíri tsaatéuba me íjkyatúnéé? ¡Taéllevu me tsááne íñe tadyáárf najáutu mé majchóváá!” –ihjyúcunúme. Áánéllíihyéváá tsiiñe óómiibye idyé dityéne íhjyúcunúhíjkyatsihjí íítehíjkyará, tsá múubárá íjkyatúne.

“Muuráhjané íchihíyé ihjyúcunúhíjkyáme” –nehíjkyaabéváá tétsihjí ííítérónema. Aabéváá tétsihjí ímíñeuvú iñéhcóhulle íítecunú óóviho jíhóné allúrí cáwayúcunúhíjkyáábeke. Áánemáváa: “Áánúubá, mía, oke wajyámúnuhíjkyáhi” –iñééne ítyollíiyú níjcáuri cátsútsúhcoobe óóvihóke, áánemáváá tétsihdyu péjúcoobe tsáhájuco múijyú lléebójúcootú múubéubárá tétsihjí vahrábááneri íhjyúcunúhíjkyáne.

Aabéváá múhajchótácobaúvú bájú llíiñe péhíjkyaabé cábúúveté cíúvénétuváá óóvihóké icátsútsúhcóóbedívu. Áabekéváá iájtyúmíne neébe: “¡Új! Muuráhjane áánúke cíúvénétújuco o llíihyánuíñúúbedívú tsiiñe íñe ó wajtsíhi. Íkyooca ííllévúréjuco o pééiñe”.

Aabéváá idyé tsúúcaja iúlléhíjkyáné níjcáuvu tsiiñe úújeté bïwáábedívúre, áánéllíihyéváá íkyooca tsatújkévéréjuco dibye pééneé, aabéváá tsíhyulléjuco ipyéhíjkyáné níjcáutu tsiiñe cábúúveté óóvihó íítméhodívu.

“¿Muhdúami ó úllehíjkyá? ¿Ílluréubá ó mujtáhi?” –iiváá illíhkyámeíñe tsiiñe tsííñeríjyúcooro dibye péérónáa tsúúcajátu bïwáábedívú óóvihódívú dibye cábúúvetéhi. Áánéllíihyéváá: “¿Ílluréubá áánu oke wajyámunúhi?” –iñééne óóvihó íítméhóúvuke iújcúne cámáhcoobe béhnétuú, áánemává ícahpáyú pañétú máániu iújcúne dííbyeke bowááñuúbe, átsihdyúváá ihñé umécó catújíwatu pílluhjácoobe íñuuówá íjkyáíñe; téewari ávyé míamúnáake dibye núúowa.



A continuación, extrajo un poco de ampiri de su morral y creó su cola, en la que introdujo el aguijón con la astilla del palmiche de su irascibilidad, cuya picadura suele ser insoportable. Asimismo, con el mismo ampiri, creó dos apéndices, uno a cada lado, los cuales son sus manguarés de la aridez de sus poderes. Si alguien recibe una picadura, mientras el veneno hace estragos en la víctima, el escorpión percuta sus manguarés para incrementar el dolor acompañado de un hormigueo. Cuentan las leyendas que antes de estas transformaciones el escorpión era una sabandija noble y sin agujones.

Hechas las alteraciones en el cuerpo del alacrán, Pucunero retomó su camino y nunca más volvió a verlo durante su travesía.



Téhduréváa máániu idyóvihyíkyúne néjuwááñuube dííbyeke, teenévá dííbyé daarí cumúhooúné íjkyane; aanévá múúne íñamíjtyá catújíwari dibye mframúnáake núúone berébéré diityéké avyé dibye mívájíúcunúúbéré íkyumúhooúcú áámúnááca. Ehdúváa Llíjchuri óovihóké méenútúné ihde ímíáábé diíbye; tsáhaváa nuuóóbé diibye íjkyatúne. Aanéváa éhduhjí Llíjchuri óovihóké ibábáñuíñúne péébe tsáhájuco múijyú dííbyedívú cábúúvetúne.



• EPISODIO VIII •

PUCUNERO Y EL OSO PEREZOSO

Después de los hechos singulares experimentados con el escéptico escorpión, Pucunero caminaba perdido por un denso bosque. Mientras caminada errante halló a un oso perezoso, a quien dijo: “¿Tanto afán por aquí sin tenderme la mano para saciar mi hambre?”

Sorprendido con el reclamo, el pelejo, contestó: “Pucunero, ¿qué significa sentir hambre? No conozco qué es el hambre”.

Anonadado con tamaña osadía, Pucunero, propuso: “Camina conmigo y lo sabrás muy pronto, amigo”.

Desde aquel instante el oso perezoso y Pucunero caminaron juntos por la selva, sorteando todo árbol de los que se alimentan los folívoros; tales como el bellacocaspi, el copal, la cecropia, entre otros.

El fin que tenía Pucunero para con el oso perezoso era impedir que se alimentara por algún tiempo y experimentase el hambre, en respuesta a su pérvida ignorancia cuando dijo no conocer qué era el hambre. Para entonces los osos perezosos aún tenían la cola larga.

Días iban y días venían cuando el pelejo comenzó a sentir mucha hambre. Y al no conseguir con qué aplacar su hambre comenzó a devorar un pedazo de su cola, botana que sirvió de poco para sobrevivir escasos días. Como la escasez alimentaria seguía constriñendo sus entrañas, esta vez el oso perezoso se devoró una pieza adicional, seguido de otra, como días en austeridad. Al otro día se devoró el último vestigio de su cola, quedando en el recuerdo la existencia de su pedúnculo prensil.

Entonces dijo a Pucunero: “Amigo, ahora sí conozco eso que tú llamas hambre. Por mí mismo he experimentado qué es sentir hambre”.

“Muy bien. Eso es lo que yo llamo hambre, amigo. He ahí el resultado del escarnio que habéis echado en la cara del famélico errante que recorre los bosques, sin rumbo fijo” – refunfuñando, Pucunero se deshizo del perezoso que se había devorado su enorme cola.

• EPISODIO VIII •

LLÍJCHUR† DAALLÍKYÉ ÍÍBÓWAVU DÓÓTSONE

Llíjchuríkeváa óovího máváríchohíkyáné Boone tsiiñe idyé bájúháñeri pehíjkyaaabe úúpíyívyeebéré, aabéváa tsájcoojí úújeté daallídívu, áábemáváa iñáhbévájcatsíñe neébe: “¿tínáami ámuha íchii mé úllehíjka ájyábaúvuma o íjkyánáaáca?”

Áábekéváa daalli dillóhi: “¿Aca iiná, Llijchu, ájyaba? Tsá muurá o wáájácutú iiná ájyaba íjkyane”.

Ehdúváa dibye nééneri Llíjchurí itsájúúréévéne dííbyeke nééhi: “Úi, muube, ú waajácuúhi”. Aabéváa daalli tétsihdyu Llíjchuríma óíívyeiñúhi, áábemáváa cátsíívyehíjkyaaabe múhduná iñe daallímú máchohíkyáné uméhééné, dohpójí, mííjíllejí, márámahe, téhdure tsíhyehjí. Ihdyúváa Llíjchurí wáájácúroobe daallíkyé cátsíívyétsohíjkyá dibye páneere májchóné uméhééné, dibyéváa: “tínáami ájyaba”, mítyájkímyeíñé allútu; dííbyeke iiná ájyaba íjkyane iúwááboki. Téijyúikyéváa daallímú bowááñé cáámewácobájí.

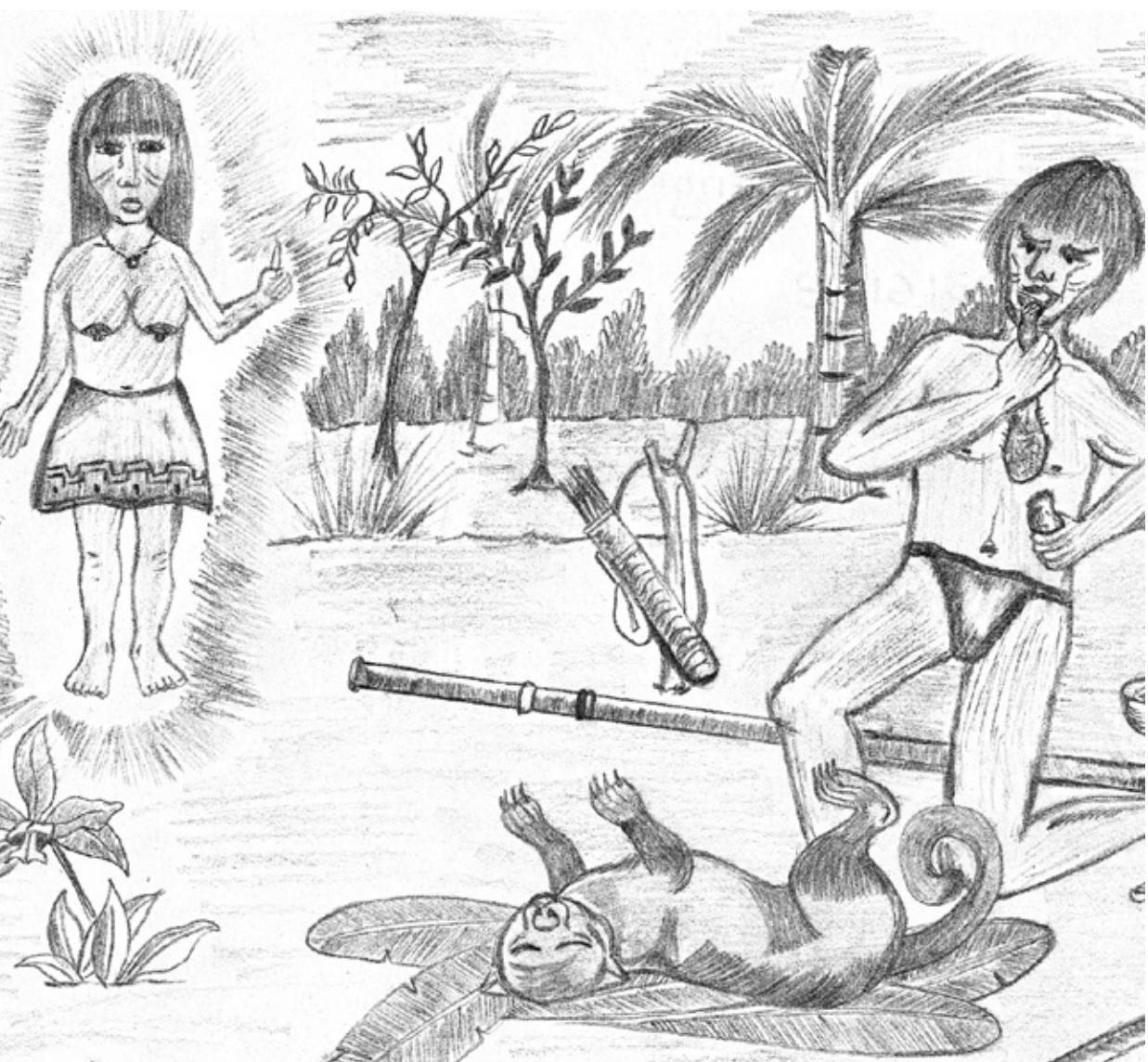
Aanéváa tsájcoojí dityétsí péhíjkyánáa tsúúca daalli ajyábáávatéjucóóhi. Áánélliihyéváa iiná imájchóityúnéllií iíbówá níjcau doóbe, áánemáváa aabúcúroobéi ájyaba pívájcoojíva; árónáacáváa tsiiñe iájyabáávaténéllií tsíviu doóbe. Aanéváa éhníiñevúré iájyabáávaténéllií tsúúca oúhóu iíbówá doóbe. Aanéváa téhdure tsíkyoojí ájyaba dííbyeke cáávátúnéllií nihñéetsíbaréjuco dibye dómeíñe. Ehdúváa iíbówá daalli pírujtsóhi.

Átsihdyúváa neebe Llíjchuríke: “Llijchu, iñéhaca éhne ú néhíjkyáné ájyaba. Íkyooca, ihdyu, botsíí ó waajácú iiná ájyaba íjkyane”.

“Éée, muúbe, Eenéhdené teene o néhíjkyáné ájyaba, muúbe. Ehdu bájúháñeri o úllehíjkyaaabe o ájyabáávaténeri óhdi ú uuhívatéhíjkyáhi” –iñéenemáváa tétsihvu píkyoíñuube daallíkyé, bówáávátúúbekéréjuco. Ehdúvá nétsihvu daallímú tsá bówáávatúne.

• EPISODIO IX •

PUCUNERO Y LAS HIJAS DE LA ANACONDA
DE LOS PECES





• EPISODIO IX •

LLÍJCHUR† DÓÓRÁME BÓÓÁ AJYÚWAMÚP†KE
TÁÁBAVÁNE

Después de la experiencia realizada con el oso perezoso una mañana el errabundo Pucunero llegó a divisar dos hermosas mujeres que, muy contentas, juntaban moras en su canasta bajo del follaje de la selva.

Al notar que eran sumamente hermosas el vagabundo se enamoró de ellas y juró, diciendo: “¡Vaya! Estas hermosas señoritas tienen que ser mías”. Y cegado del amor a primera vista, Pucunero caminó sigiloso hacia ellas, quienes al notar que el extraño ser asomaba su rostro entre los arbustos, huyeron despavoridas y se lanzaron al río, para guarecerse allí. Eran peces sábalo con apariencia de hermosas princesas.

“¿A dónde habrán huido de mi presencia?” –murmurando, Pucunero las buscó en la orilla del río, sin resultado positivo. Entonces, optó por ocultarse en las inmediaciones y aguardó por ellas, quienes minutos más tarde asomaban sus esbeltas figuras, riendo a carcajadas, reanudando la búsqueda de moras. Por segunda vez, el parlanchín quiso acercarse a ellas; sin embargo, otra vez corrieron a esconderse entre las aguas, de modo que Pucunero no podía aproximarse a ellas.

Como vio que era imposible atraparlas, acudió a los poderes del ampiri de su sabiduría y meditó en sus espíritus. En seguida, tejió una trampa en base a la corteza de la topa de sus pescas y juntó muchas moras sobre ella y la colocó sobre la hojarasca, y se escondió debajo del mogote, aguardando pacientemente por sus escurridizas enamoradas.

Cuando emergieron del agua una de ellas divisó el montículo de moras y, muy efusiva, dio aviso a su hermana, diciendo: “¡Hermana, he aquí una pila de moras! ¡Ven, ayúdame a juntarlas!”

Cuando las señoritas se acercaban muy felices al inusual hallazgo, y se inclinaban para juntar las moras, Pucunero las atrapó raudamente y las contuvo entre sus brazos y las desposó inmediatamente. A continuación, levantó una maloca para vivir con sus nuevas esposas, e hizo una imponente chacra en la que fructificó todo fruto que se siembra dentro la chacra, para el sustento diario. Y cosechando de la abundante yuca de aquella fecunda chacra las mujeres preparaban el casabe, el ají negro y la cahuana dulce para que el marido pueda alimentarse.

Daallíkyeváa íibówavu idóótsóiñúne bówáávátúúbekéréjuco tétsihjívú ipíkyoíñúne tsiiñe bájúháñeri úúpíyívyebéré péhíjkyaabé tsájcoojt Llíjchuri úújeté íñé imíjyaú nééné badsíjcájamúpí cájáhélíiñe lléénehíjkyámúpídívú, aamúpíváa góócomúpíré cája íuvérujtsíkyú pañévú mehíjkyáhi. Áámúpíkéváa tsúúca Llíjchuri imílléhi. Áánemáváa: “¡Áyúú! Imíwu badsíjcájamúpí néémúpíke ó táábávaáhi” –némeííbye. Áánemáváa chooco diityépí éllevu péébeke iájtyúmíne dsíinéjúcoomúpí téhí pañévújuco gojoo. Ihdyúváhacáa íñijiméewamúpíré amóóbeméewamúpí diityépi.

“¿Aca kiávú íñe áatyépí imíhívamúpí óhdity wááhií?” –iiváa iñééne téhí úniúúné iñéhcóróne pásatánúmeííbyé úméhe déjuvu diityépíke ityéhmeki. Áánáacáváa tsiiñe tsúúca: ‘tjíjjíjí, tjíjjíjí’, góócomúpíré tsáamupí tsiiñe cája meeáhi. Áánéllihiyéváa tsiiñe dibye pííhívérónáa dsíñemupí biwáhullévu. Tsáhváa dibye píívyetétú muhdú diityépídívú ipííhívéné.

Áánéllihiyéváa íwaajácú maaníuri imámávyéne cája tsatsíhvú jíhóné allúvú píhkyuúbe, áánemáváa píínéé míihóúcoke icájíhtúcúne míihoba témiíhéstínu nuúbe, áánemáváa cája témiíhó allúvú ipíkyóóne tééne lliiñévú wálláaveébe, áánemáváa íbúwajíí dibye íjyacunúhíjkyánáa tsiiñe bádsíjcájamúpí góócomúpíré tsájucóóhií.

Áámúpídityuváa tsáapille cája páhbahya nééne iájtyúmíne íñáálleke nééhií: “¡Muúlle, éje, íñéhaca imíwu mééma páhbahya dojcóhi! ¡Ellétu íícúi píhkyuco!” Ehdúváa ímíjyúúvemúpíré tééne éllevu péémupí dóllo néérónáa íícúi ámabúcuube tsamúpíkéjuco, áámúpíkéváa téijyújuco dibye táábaváne. Áámúpímáváa tsúúca ánúmeííbyé tétsihvu, áánemáváa íícúi ihñé májchotá uwáájíri íúmíhénúne páneere múhduná oove íjkyanéhíjí úmíhé pañé bájtsoóbe, áánemáváa néévatsoobe méwamyúpí ióóveki. Aanéváa úmíhécoba uuváwu píícáhañé néénetu iújcune icáátsóne dííbyema mááhou, cáhgúnuco, píícaba méénuhíjkyamúpí. Tsáhaváa ííná diityédityú vííotúne; ijkyáneváa tútsíbajúné, mútsítsíbajúné, cudsíbajúné, baajúrí, pákyoomu, pííca, mátsajca; múhdunétá óoveta íjkyane íjkyá diityéma, árónáacáváa tsá ténehjí dityépí ímíllehíjkyatú imájchone. Diityépímáváa táávahíjkyároobe iámeke, téhduréváa píkyuhíjkyároobe amómeke, áronéhjíváa tsá dityépí ímíllehíjkyatúne. Aanéváa ííná dibye táávaróné dityépí ímíllehíjkyátúné íjtsaméiyi dibye íkyahíjkyánáa tsájcuuvénetu tsáapille mááho búcájahíjkyánáa íítécunúllé ííwáwu ihjyá waíjí úníuri ríhóríhó pééneé,

Entonces, tenían parcelas de guaba, caimito, piña, yuca comestible, yuca dulce, mandioca, cacahuate, y todo fruto que sirve de sustento para la subsistencia del hombre bora; sin embargo, toda esta opulencia no era del gusto de las esposas de Pucunero. Además, Pucunero cazaba diversos animales y pescaba muchos peces para que se alimentasen sus amadas esposas, pero estas comidas no eran de su agrado.

Una mañana, mientras cavilaba en cómo solucionar el problema alimentario de sus esposas, Pucunero vio que una de ellas, en el preciso momento en que asaba el casabe, atrapó una oruga de la guaba que pasaba por las inmediaciones de su tarima y la metió debajo del tiesto. Una vez tostada la oruga, la mujer se la comió, con muchas ansias, acompañando con abundante casabe.

“¡He ahí la solución! ¡Esas orugas son la comida preferida de mis esposas!” –exclamó, Pucunero. Inmediatamente llenó toda su parcela de guabas con todo tipo de orugas, desde marcelinas, argantes, automolis, hasta toda especie de orugas comestibles, para que sus esposas pudieran alimentarse abundantemente.

Cosechándolas, las tostaban en su tiesto y se las comían con mucho agrado, separando algunos hatos para convidar a su padre, la Anaconda de los Peces de las Aguas, en lo profundo del lago. Atraído por el inusual festín su hermano menor atinó a venir con ellas a tierra, quien también se deleitaba comiéndose las sabrosísimas y mantecosas orugas.

Un día, mientras las mujeres estaban en la chacra, Pucunero tejía una red de pesca entre los horcones de la entrada de la maloca, a quien el cuñado tenía en vilo molestándolo en todo momento. Mientras hacía sus travesuras el pequeño preguntaba en reiteradas ocasiones acerca del tejido. Entonces, muy enfadado, Pucunero contestaba con voz gutural: “Es una red”. Insatisfecho con tantas travesuras que hacía, el pequeño pez sábalo salía por la puerta posterior de la maloca e ingresaba corriendo por la puerta principal, mientras Pucunero hilvanaba peligrosamente la red. Fastidiado por la desobediencia de su cuñado, Pucunero le advirtió: “Esta vez cuando entres a la casa debes quedarte dentro, pues la red que estoy por terminar bloqueará la entrada. Si desobedeces quedarás atrapado en la trampa”. Sin embargo, el pequeño pez entró de nuevo por la puerta principal y quedó atrapado en la red que bloqueaba la entrada principal de la maloca.

áábekéváa ńcúi iékéévéne úllébá lliiñévú wááolle, aabéváa imíwu wáhjámeííbyeke imyéwu lléhdolle, Llíjchuri ńténáaáca. Áánelliihyéváa: “jAatyékéha, ihdu, aatyépí imilléhi!”, iñééne ítyutsíbájú nuhnévatétoobe ńjíwárehaja, nahcómúréhaja, ááruhómúréhaja; múhduná iñe míamúnaa dóóne núhneke méénuube ítyáábamúpí idyohíjkyaki.

Áámekéváa iújcúne iúllébári iwárhócomeke muutépí dohíjkyáhi. Áanetúváa tsaatéké iújcúne páhajíjí ichíjchúne tsácoojí cááníkye, Nújpakyóóné Dóóráme Bóóake, dóótsotémúpí móóá déjucóvu. Ehdúváa imíwu dityépí núhnéke dóhíjkyáné iájtyúmíne iñáhbéwu diityépíma tsáá iíñujívu, aabéváa diityépí élletu dohíjkyá mítyane panéva núhneke.

Tsácoojíváa méwamyúpí úmihé pañe píca cáátsohíjkyánáa aahí Llíjchuri tsínu lléhówatu iwájtyúcúne nuhíjkyáhi. Áábé úníuríváa ítyónúúbéwu ńcúne úníutu pátsárlíkyohíjkyádííbyeke, aabéváa díllohíjkyá iiná dibye núúneé, áábekéváa íjkyé pañe ‘júújúuuú’, áñúcuhíjkyáabe. Áábéwuúváa ńcuubéré bádsíwáhjéjutu iíjchívyéne lléhówatu úcááveíñuhíjkyáhi. Aanéváa Llíjchuríké tsaríwu néénellií neébe: “Íkyooca u úcááveebe íílleréjuco dííkyaco, muurá tsúúca tsínu o níjkeváné llééhowa wátájcoóhi. Tsiiñe ííilletu u úcáávöhajchí ú wábyééveéhi”. Ehdúváa néébere iñúútá wábyécuhíjkyáhi. Aanéváa ítyónúúbéwu lléébótuube tsiiñe lléhówatu úcáávénáa tsúúca tsínu páneeréjuco llééhowa wátájconeri ipájtyéróhulle úúveébe, áábekéváa iújcúne méwá pímhítsó iwátyuácojpaari tújúcoóbe, áábekéváa doóbe. Áábekéváa idyóóné boone ihñé májchotá iñújúíkyotu iújcúne kíjtyuube dííbyedu néébeke, áánemáváa méwá ullébá úníutu ityáábóne ihñé píívyetétsó bañewari ńbátsuhjácoobe tsúúca amóóberéjuco, áánemáváa ácádsíjcaáyoobe áachívu.

Ahdu nééne, Llíjchuríváa ípívyéjtsóné iñíjíva múúne íayáné tehíwuúneri cúúvéwaúvú ńbówa néébeé. Áábeke kíjtyúmé méémébá wañéhjíri kejchójitu, dííbyedítyú májtsívamére. Ehdúváa ítyónúúbeke idyóóné boone Llíjchuri íjyácunúhíjkyánáa tsúúca dííbyé táábamúpí wajtsíjucó úmihétu, aamúpíváa ńtécunú tóhúhréjuco áachi iñáhbéwu íjkyane. Tsáhaváa dibye diityépí éllevu ímíilletú ńpííhivéne. Áánelliihyéváa díllomúpí Llíjchuríké: “¿Aca kiá múhpí nahbe, muúbe?” Áámúpíkéváa áñújcuúbe: “Mu, áádi, étsii áachi ńcuúbe”.

Áábekéváa ńpíívahíjkyáróne neemúpí Llíjchuríké: “¿Aca ńveekí tsáhájuco múhpíke dibye ímíilletúne? Keenécó dibye pííhivéne. Muhdúhjáubáhjané dííbyeke ú meenúhi”.



En seguida, Pucunero lo atrapó y cocinó en el ají de sus esposas y lo comió. Y para reemplazarlo, tomó un pedazo de la topa de sus alimentos y fabricó un pez semejante al que acababa de comerse, cuya cola pintó con el hollín del tiesto de sus mujeres. Finalmente, con el Tabaco de su Creación sopló en él aliento de vida, transformándolo en un nuevo pez, al que soltó fuera. Este pez creado por Pucunero es conocido como sabalillo, que únicamente habita las pequeñas quebradas de la selva, con la cola matizada de color oscuro. Durante las fiestas de la Chicha de Pijuayo lo representan tallándolo en el casco del invitado principal, celebrándolo con canciones alusivas a su creación.

Mientras las entrañas de Pucunero digerían la esencia de las carnes de su cuñado, sus esposas llegaban de la chacra, quienes notaron una actitud esquiva en el hermano menor, a quien hallaron fuera de la maloca sin querer acercarse a ellas. Entonces, preguntaron a Pucunero: “Oye, Pucunero ¿dónde está nuestro hermanito?”

“Ahí lo tienen jugando afuera” –contestó. Cansadas de tanto rogar las mujeres otra vez preguntaron a Pucunero: “¿Por qué nuestro humano se muestra renuente con nosotras y rehúsa nuestra compañía? ¿Qué has hecho con él? “No lo sé –volvió a mentirles–. Les juro que no le hice ningún mal”.

En tanto continuaba la extraña persecución, una de ellas intentaba disponer su ají sobre su fogata para calentarla, pero se percató que la sopa estaba sumamente grasosa. Inculpando al marido sobre el suceso, dijeron: “Pucunero, tú te comiste a nuestro hermano, porque encontramos su grasa en esta sopa ¡Qué no te vas a comer a nuestro hermano si te comiste a tu propia madre!

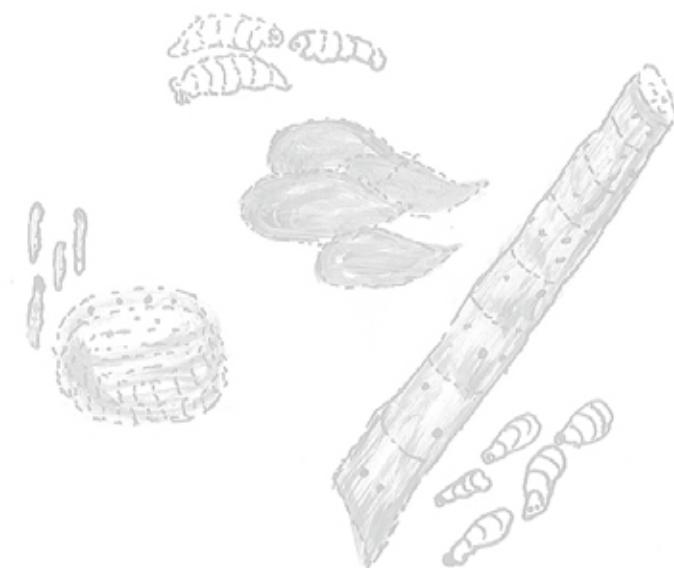
Desenmascarándolo, corrieron al fondo del lago y denunciaron ante su padre, la Anaconda de los Peces, la fechoría que Pucunero acababa de hacer. Muy enfadado con la noticia, el padre les propuso: “¿Qué tipo de hombre es aquel con el que ustedes se casaron? Tráiganlo para conocerlo; porque, ni bien se cosecha el fruto de mi pijuayo se hará una gran fiesta”.

En seguida, se fueron a tierra y trajeron consigo a Pucunero. Pero antes de sumergirlo le pusieron el poder de la inhalación del agua para que pueda respirar dentro del lago. Cuando llegó a la casa de la Anaconda de los Peces se sentó en su cocamera y se puso a dialogar amenamente con el suegro.

“Tsá o wáájácutúne –tóónuubévépeé–. Tsáhané muhdú dííbyeke o méénutúne”.

Áabekéváa tsiiñe píúvahíjkyáromúpi. Tsáhaváa dibye diityépike ímilléjúcootúne. Dityépiváa pííhívrónáa dsíínehíjkyaabé diityépidítyu. Áánáacáváa tsáápille ípimíhtsó iékéévéne íjkyujuwá allúvú wátyuácórónáa iitécunú ípimíhtsó dúúruba íjkyane. Áánéllihiyéváa díllomúpi: “Llíjchu, úhjané muurá u dóó múhpí náhbeke. Íñe muurá dííbye dúúrú íjpá pañe. Tiñá, díítsííjuváa íjkyárolle u dóóbe awáá íveekí múhpí náhbeke tsá u ítsáávéityúne”.

Ehdúváa dííbyeke iúhbáne dsíínenjúcoomúpí cááni éllevu téhí pañévu, áabekéváa úúbálletémúpí Llíjchuri diityépí náhbeke dóóneé. Áánéllihiyéváa diityépike neébe: “¿Muhdííváábekéamíi ámuhpí me tájívaabe ímítyunéhjí dáríívemei? Mé ujcúté o wáájáuki; muurá íñe támeyeeméhe néevá tsúúca tújpañe o ááhívetsóne Iléváhréjuco ámejca o Iléévátsoíñe”. Ahdújucováa ipyééne újcújemúpí Llíjchuríké móóá pañévu. Aamúpiváa nújpákyó pañévú itsájtyétúné ihde dííbyeke ajcú íwaajácu allíjchuvu, dibyéváa nújpákyó pañe iállíjchuki. Aabéváa Nújpakyóóné Dóóráme Bóóá javu wájtsiibé ácúúveté íbáábé tavíhyejúvu, áánemáváa ihjyúvatéébé dííbyema.



• EPISODIO X •

LA VENGANZA DE LOS PECES

Una tarde, mientras despiojaba a sus esposas, Pucunero presumía de su colorido y espléndido logro, murmurando: “Sucedío hace mucho tiempo, ¿verdad? Sucedío hace mucho tiempo, ¿verdad?”

Intrigada una de ellas por la petulancia, dijo en sí: “¿Qué querrá decir con eso de, ‘Sucedío hace mucho tiempo, verdad?’” En tanto cavilaba sobre el significado de aquella confabulada presunción de Pucunero, la mujer alzó los ojos hacia el horizonte y vio un frondoso pijuayo con fecundos racimos muy maduros.

En seguida, las mujeres corrieron hacia lo profundo del lago y denunciaron el hecho ante su padre, diciendo: “¡Papá, papá! ¡Pucunero es quien robó la semilla de tu pijuayo! ¡Pues están maduros los racimos del pijuayo que sembró! ¡Vengan inmediatamente y hagan algo al respecto!”

En seguida, el ofidio vomitó las aguas de su corazón, las que inundaron las orillas del río hasta llegar al pie del pijuayo de Pucunero, vehículo que usaron muchos peces, entre los que se hallaban las lisas, provistos de lanzas puntiagudas; quienes excavaron al pijuayo desde sus raíces y se lo llevaron a lo profundo del río.

Después que los peces desaparecieron raudamente, Pucunero fue a ver el lugar en que estuvo su pijuayo y no halló más un pequeño bujurqui que revoloteaba desesperado en el suelo, con una partícula de raíz del pijuayo en la boca. Atrapándolo, muy enfadado, Pucunero le increpó, diciendo: “¿Eres tú uno de los que vinieron a llevarte mi pijuayo, acaso? ¡Infeliz! Ahora mismo te asaré y te comeré”.

Suplicando compasión, el bujurqui, propuso: “Te suplico que no lo hagas, Pucunero. Si me das perderías una gran oportunidad. Siembra esta raicita, por si acaso; si no rebrota tendrás la potestad que comerme. Pero si crece y echa fruto, cuando lo coseches y te comas la pulpa, te ruego que me eches su afrecho en tu poza para comérmelo”.

Complacido con la sugerencia, Pucunero hospedó al singular mequetrefe dentro un pate y sembró aquella partícula de raíz dentro su chacra. Y de este insignificante corpúsculo retoñó un nuevo árbol de pijuayo. Entonces, como habían pactado, Pucunero llevó al bujurqui a un arroyo cercano y lo dejó en su poza favorita.

● EPISODIO X ●

AMÓMÉ LLÍJCHURÍKÉ MÚNÁAJTSÓNE

Ááneréjucováa dityépí nújpákyó pañevú ɬdsíñene cááníkye úúbálleténe: “¡Llíhi, llíhi! ¡Díibyéjucóhjáa Llíjchurí dímyeeméhe néévá nániñe! ¡Tsúúca dibye néévátsohe tujpájucóhíi! ¡Cá, ɬicuí me tsááne muhdú me méénu!”

Áánéllihiyéváa Dóóráme Bóóá ɬibúú nujpákyó ɬílmútujhjácóneri nújpabya tsáá Llíjchurí meeméhé lliiñévújuco. Áánerívané tsaate amómeke dibye ójtsívacóónevu ájcuméhjí míímíma Llíjchurí já tujkévetu nújpábyari pééme tébajkyéjítu mééméheke dívárijkyóneri túrúúvehe tsajtyémé téhí déjucovú.

Aaméváa ɬicuíye péíñúné boone Llíjchurí ímyeeméheváa íyahíjka ájtsí úújetéébé átyúmité doojóbáwu, dityéváa úujeíñuube, cáhtsíñibahíjkyáné méméhé bájkyé tsááráwúú díbeúcunu. Áabekéváa ityábejcáróóbeke úhbaábe: “Ámuhájiréjucóha eene támyeeméhé óhdityu me újcuje. ¡Néhnihívaabe, níhñécunu uke o wáhjáne o dóoiíbye!”

Áabekéváa doojóbáwu nééhi: “Tsáha, Llíjchu, okéi wáhjadíñe. Cána óvíjyuco íñéhwu cámahlláro; úumáca tene pívyétuhajchíí botsíi oke wahja. Áanetu tene úúma pívyéhajchíí, tehe néévácooca ipáhé u újcúne téwaahyéjívu díhmujcóéebá pañe o íjkyáábeke oke dáacújehíjkyaco”.

Ahdújucováa dóótowá pañevú Llíjchurí díbyeke ipíkyóone tétsaara cámahlláróné íúmihé pañetu, áánéwúutúvané tsiiñe méemehe ɬiñéjucóhíi, áánéllihiyéváa doojóbake Llíjchurí íhmujcóéebá pañevú píkyohjéhi.

Téhduréváa dyéhpíyiba, mééméhé níjcáu wájyaváa íjkyáabe, Llíjchurí meeméhé juuhóné pañe íkyovahíjkyáabe, dóórame méemehe tsátyéjúcónéllií téhéé avyábá íhwájiri itábahjyúcúne wáámenéhi. Aanéváa Llíjchuríké dibye ájcune téhdure bájtsoóbe. Aahéváa méemehe íkyóhbodu kéemehe neevá lliikyába, llíjkyábeúvú dyéhpíyiba néébe pájtyetétsóhe.

Aanéváa tsiiñe meeme keémevéné néévane Llíjchurí táábamúpí iájtyúmíne idyé cááníkye úúbálletéjucóhíi. Ááné allúriváa ɬicuí Llíjchurí díbyekéváa amómé illííhyánu íbooráyutu áámúné tsaarají iújcúne apíichówu mééméheke tohjánúhi. Ááhe újcuúváa amómé tsiiñe nújpábyari tsáárome tsáhájuco pívyetétú muhdú itsájtyene, tohjáháñemáváa méemehe íjkyánélliíhye.

Muy aparte, también sembró el cogollo de pijuayo que el pájaro víctordíaz, que anidaba entre sus hojas, quien fungía como el felino guardián del pijuayo, salvó con su pico cuando vio que los peces se llevaban el pijuayo de Pucunero. Y del cogollo salvado por el valeroso víctordíaz se propagó el pijuayo color amarillo, en honor al color del ave que lo salvó.

Cuando las esposas de Pucunero vieron que el pijuayo echaba frutos, por segunda vez, corrieron para informar a su padre sobre los nuevos retoños de pijuayo. Mientras tanto, Pucunero transformó el tallo de su pijuayo incrustándole las astas con que los peces intentaron lastimar su tobillo. Cuando los peces vinieron a llevar el pijuayo, mediante una nueva riada, no pudieron cargarlo, porque ahora estaba recubierto de peligrosas y puntiagudas espinas.

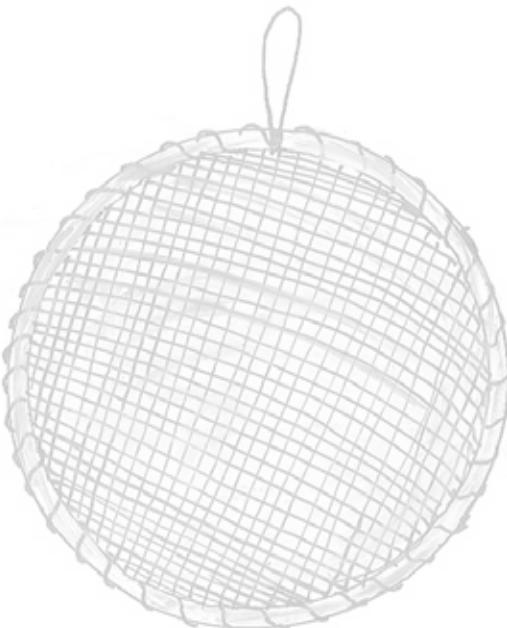
Antes de las variaciones hechas por Pucunero, el pijuayo no tenía espinos. Solo tuvo espinos desde que Pucunero hizo cambios al pijuayo que robó a la Anaconda de los Peces de las Aguas, el cual era su propio corazón.

Desde entonces el bora tiene por costumbre dejar el desecho del pijuayo en los recodos de los arroyos para alimentar al bujurqui que ayudó a Pucunero en el rescate y recuperación del pijuayo.



Llíjchurííváa mééméheke tóhjánútúné ihde tsá meeme téjtóhjíma íjkyatúne; ihdyúváa Nújpakyóóné Dooráme Bóóá ūbúú meeméhé iñáníñe téjtohjí dibye píkyótsihvu botsíyéi mémehééné tohjáváhi.

Ahdu nétsihvu íkyoocápíi doojóbaváa pátsaarátú Llíjchuríké píáábóneri meeme míamúnáama íjkyáne áhdó múúne éébújehíjkyámé méméhó waahyénetu mújcóéébá pañe íjkyáábeke, áánetu méémébá wañéhjíri múhdumé meeme óovémeke kijtyúme.



• EPISODIO XI •

PUCUNERO CONSIGUE EL PIJUAYO DE LA
ANACONDA DE LOS PECES





• EPISODIO XI •

DÓÓRÁME BÓÓÁ MEEMÉHÉ LLÍJCHURÍ ÚJCUNE

Una tarde, mientras la lesión de Pucunero, causada por la Raya del Lobo Marini, iba sanando, los peces se pusieron a jugar fútbol en el patio de la maloca. Y para disfrutar del atractivo e inédito pasatiempo, Pucunero se arrastró con sumo cuidado hasta la puerta principal de la maloca y se sentó en un rincón para observar el juego.

Mientras jugaban, lanzando pelotazos de rodilla, los peces comenzaron a ironizar la lesión de Pucunero, diciendo: “¡Lancen la pelota hacia la rodilla de Sol del Medio Mundo! ¡Lancen la pelota hacia la rodilla de Sol del Medio Mundo!” (Este es el origen de las lesiones durante las prácticas del fútbol).

Cuando la Anaconda de los Peces de las Aguas vio aquella peligrosa escena, les regañó, diciendo: “Oigan, ¿qué hacen burlándose de aquel misterioso ser? ¡Paren, por favor! No vaya a ser que les haga algún daño”. No obstante, los empecinados peces siguieron jugando y fastidiando a Pucunero

Justo en ese instante florecía un frondoso pijuayo en el borde del patio de la maloca de Anaconda de los Peces, el cual era su mismo corazón, cuyos magníficos racimos estaban muy maduros. Y como los peces se empecinaban en su osadía, Pucunero comenzó a meditar en sus poderes mágicos, diciendo: “Cortará el racimo con la cabeza del lobo marino del sur; le cortará con el filo del hacha del sur”.

Como los peces continuaban ridiculizándolo, y lanzando la pelota hacia él, Pucunero tomó mucho coraje y pegó un fuerte rodillazo a la pelota, la cual se elevó y chocó fuertemente en los racimos del pijuayo, cuyos frutos se desgajaron y cayeron al suelo, quedando esparcidos por doquier, donde muchos frutos resultaron fragmentados hasta esparcir sus semillas por el suelo. Y de los frutos esparcidos una semilla, afortunadamente, cayó al alcance de Pucunero, el cual pisó para asegurar su consecución (dando origen a los abscesos que aparecerían en los tobillos de los seres humanos).

Cuando la Anaconda de los Peces vio que el fruto de su poderoso pijuayo yacía por los suelos, regañó a sus súbditos: “¿A quiénes dije que aquél era un ser misterioso, poseedor de poderes mágicos? ¡Procuren juntar rápido el pijuayo! ¡No vaya a ser que se lleve la semilla! Inmediatamente, los peces se pusieron a unir cada pijuayo con su respectiva semilla.

Aanéváa dóórame Újco Bázjima Llíjchuríké núúone ihtsútájuco böhñáa tsájcuuve dóórame iicújucóo ihjyá llahájtsíri fjpíhéuri. Aaméváa imíwu iicúnéllií choocówu llééhowávú peebe diityéké iiteki, áanemáváa ácúúvetéébé llééhówá úniúvu.

Aaméváa fjpíhéuri iicume mihmoméré tsúúca Llíjchurídí uuhívatéjucóó, díibyejcúbaváa ávyene iwájácúnema. Aaméváa: “iPíne Núhbá mímocóováábé tujkévetu mé mihmócu! iPíne Núhbá mímocóováábé tujkévetu mé mihmócu!” –néémere díibyé tujkévetu tsájyútsáhjí mihmócu híkyá fjpíheu (íchihdyu teene fjpíhéuri iicume wáiháávyehíkyáíñé déjucó).

Aanéváa Dóóráme Bóóá iájtyúmíne diityéké uhbáhi: “iMuhdúami iiváábedi ámuha mé uuhívaté! iÁmúhakye tsíeméné méenúdiíbye!” Árónáacáváa dóórame díibyeke lléébotúmé iicuméré pátsárijkyó Llíjchuríke.

Áánáacáváa téijyu lláhájtsí níjcáutu Dóóráme Bóóá meeméhé, díibyé iibuuváa ikyane, ávyeta néévahé tújpáñécoba naaméhi. Aanéváa dóórame fjpíhéuri iicume díibyedi tsúúrámeiñéllií Llíjchuri: “Ááméju újcó níiwáuri dítsahjyúcúlléiíbye; ááméjú uwáájí ihjyúrí wátsahjyúcúlléiíbye” –mamávyéjucóó dóóramé meeméhe néévá iwátsahjyúcuki.

Aanéváa amómé tsiiñe díibyedi úuhívatéméré fjpíheu díibyé tujkévetu mihmócuu iikyátsívyéne mihmócuube méméhé ikyónetu baavújuco páneere waacawaca; tsúúca Nújpakyóóné Dooráme Bóóá mééme wátsahjyúcuúbe. Aanéváa meeme áákityéné wácháávánetu tsáne pañévau Llíjchurí lliiñévú cahcújitsó áákityéú iicuí túvaábe (tétsihdyu teene ooribá mifamúnáá booráyú déjúcotu ikyáíñé).

Aanéváa ímyeeméhe néévá baari wájyúratúné wáchájaavéne iájtyúmíne Dóóráme Bóóá ikyuwáábeke uhbájucóóhií: “iMuaráhjané muutékérá ámúhakye: ‘panécóvaábe’, ó neeráhi! iívéebeké ihdíkyáábekéjíí ámuha me pátsárijkyoobe tsáma támyeeméhé pañévau újcudíñé! iicuí mé píhkyuco!”

Áánélliíhyéváa amómé iicuí ipíhkyune úmuhcójucóó páneere meeme ípañévaúú nemájuco, árónáacáváa tsau tsá ípañéváuma ikyatúne. Aaméváa: “Ámuúha, čkiá iú pañévau? Étsihjí iicuí me néhco” –idillójcatsíne Llíjchurí tujkévetu pééme díibyeke díllotéhi: “Úubá, llíjchu, úujcúhi”.

Sin embargo, les faltó hallar una semilla. Entonces, se dijeron: "Hermanos, ¿dónde estará la semilla de este pijuayo? Busquen por ahí, por favor".

Mientras dialogaba con el suegro la semilla comenzó a quemarle el tobillo, por lo que la escondió bajo su rodilla. Sin embargo, la semilla siguió quemándole; entonces, la escondió en el anca (dando origen a los dolores de la cadera). Como la semilla siguió quemándolo, la subió a una de sus axilas (dando origen a la neuropatía axilar en los seres humanos). Como la semilla continuó causándole quemaduras, la escondió en su cuello (dando origen al cáncer a los ganglios).

Como no hallaban la semilla, los peces se dirigieron hasta Pucunero, inculpándolo por el robo, a quien atraparon y rebuscaron en todo su cuerpo, sin éxito, mientras éste se tragaba la semilla de pijuayo. Desde entonces el recompuesto fruto de pijuayo, que los peces unieron sin semilla, se le conoce con el nombre pijuayo capón.

Cuando la semilla atragantada por Pucunero hizo estragos en su estómago, causándole gran disentería (lo cual es el origen del cáncer estomacal en los seres humanos), salió a su casa, a tierra firme, donde enfermó con gran infección estomacal, lo cual le obligaba defecar a cada instante dentro su chacra. Y viendo que los manacaracos se comían sus heces, los instruyó acerca de la semilla, diciendo: "Amigos míos, haré mi necesidad en este lugar. Y mientras van comiendo mis heces encontrarán la semilla de Pijuayo, que es el corazón de la Anaconda de los Peces, la que dejarán ahí mismo. Cuando germine, y vean brotar sus hojas, me harán saber inmediatamente". Como convinieron, las chachalacas comieron las heces de Pucunero y abandonaron allí mismo la semilla de pijuayo. Cuando germinó la plántula de la semilla los pájaros alertaron el brote a Pucunero, silbando: "Fiuu, fiuu". Y cuando vieron que el pijuayo echaba sus primeras hojas revelaron el desarrollo, cantando: "¡El brote del pijuayo echó hojas, echó hojas! ¡El brote del pijuayo echó hojas, echó hojas!"

Escuchada la alerta, Pucunero se dirigió a su chacra y vio que la semilla de pijuayo que sustrajo a los peces crecía espléndida, lo cual llenó de mucho orgullo su corazón, pensando que hizo bien para el beneficio de toda la humanidad. Cansadas de tanto esperar, sus esposas fueron a tierra para encontrarse con Pucunero, con quien estuvieron viviendo en su casa por largo tiempo, en tanto el pijuayo crecía y echaba sus primeros frutos.

Aabéváa íbáábema íhjyúvánáa tsúúca teeu pañévau dííbyé booráyú áiúcúnéllií píkyoobe ímífmócó Iliiñévu. Aaúváa tétsii dííbyeke áiúcúnéllií ícuhtsíú pañévú píkyoóbe (tétsihdyu pííneju míamúnáake íjkyáíñe). Aaúváa tétsii dííbyeke áiúcúnéllií ícápíhyéjú pañévú píkyoóbe (tétsihdyu pábeeho míamúnáake íjkyáíñe). Aaúváa tétsii dííbyeke áiúcúnéllií íkyéjtúhí pañévú píkyoóbe (tétsihdyu míamúnáá kejtuhi óórívatéíñe).

Áanemáváa amómé dííbyeke pahúlleva iñéhcóróne dííbyé ihju néhcóíñéllií téhulle íjkyau áádi mehdúcújucóóhií, ááné boonéváa íhjyúhañé néhcorómé tsá iñna ájtyúmitúne. Aaúvá múúne méémeu ípañéváumáváa íjkyátuu amómé úmuhjácou óóñájju.

Ánéhjí boonéváa tsúúca méémeu Llíjchurí kemájchóú pañe chócóveneri tsúúca námedíjkyoháñé dííbyeke tsájucóóhií (tétsihdyu míamúnáá ihbámú óórívatéíñe). Áánélliíhyéváa péjúcoobe áachívú iihjywá allúvu. Aabéváa tsúúca námedíjkyori ché meebe íumíhjépíiñévú náméjehíjkyáhi. Aanéváa dííbye námé daahínémú ihdéejte wahtyáramú dóónéllií neébe: “Ámuúha, íchihvu ó námeéhi, aane tañámé ámuha me dóóné pañe dóórámé iibúú meeméhe néévá pañévau maájtyúmíhi, aau tétsihvúré mé píkyoíñuco. Aau tsúúca iíñécooca, téhaamíjí wátsáraavéné ámuha maájtyúmícooca oke mé úubálleéhi”.

Ahdújucóváa wahtyáramú Llíjchurí námé idyóóne tétsihvúré píkyoíñú mééméhé pañévau. Aaméváa páñévau cávúiivyéné iájtyúmíne: “vóíí, vóíí”, dííbyeke úúballéhi; átsihdyúváa keémehe téhaamíjí wátsáraavéné iájtyúmíne májtsívaméré Llíjchuríké úúballéhi: “¡Meemehe nééváné wátsáraco, wátsáraco! ¡Meemehe nééváné wátsáraco, wátsáraco!”

Aanéváa wahtyáramú májtsiváné Llíjchurí illéébóne úújetéébé ájtyúmité tsúúca dóórámekée méémehe iñánihye iñne imíjyaú iíñéjucóóne, ááneríváa mítyane ímíjyúuveebe tsúúca míamúnáama meeme íjkyáneri. Áabekéváa méwamyúpí téhí déjúcotu ityéhmehíjkyáróne tsájucóó dííbye éllevu áachívú. Aaméváa ihjyári tsúúcajájuco íkyahíjkyánáa méémehe keémevehe neevájucóóhií.

Aanéváa imíwu imyééémé íjkyane iájtyúmíne tsájcuuve diityépi wáánikye dódíjkyoobéré: “A ihdyúhacápe éhne tsúúcajájuco; a ihdyúhacápe éhne tsúúcajájuco” –nehíjkyáhi. Ehduváa Llíjchurí mítyájkímyeííbyéré íhjyúvákímyeííjkyánéllií tsáápille: “Aca iñna áánu, ‘A ihdyúhacápe éhne tsúúcajájuco’, nehíjkyáhi” –nééllere tééneri fítsámeílléré cáámevu iítécunúllé ájtyumí méémehe ávyeta néévahe imíwu tújpañe.

• EPISODIO XII •

VENGANZA DE PUCUNERO CONTRA LOS PECES

Muy a pesar de aquellos acontecimientos Pucunero tuvo la intención de devolver a la Anaconda de los Peces el pijuayo con espinos que una vez obtuvo furtivamente en favor de los seres humanos. Sin embargo, el ofidio rechazó el nuevo pijuayo y lo dejó en la orilla, transformándolo en chontilla, cuya población siempre está sobre los lagos.

Viendo que la Anaconda de los Peces de las Aguas había rechazado su propio pijuayo, Pucunero celebró una fiesta, para ablandar su corazón; pero, una vez más, la boa rechazó su propuesta, enviando a la fiesta de la Chicha de Pijuayo enmascarados de todo animal que se alimenta del pijuayo, esquivando las intenciones de Pucunero.

Fracasado el primer plan de venganza, Pucunero se puso a urdir otro plan contra los peces que le habían causado tanto sufrimiento. Y estando con sus suegros, en las profundidades del lago, iba tejiendo una red de pesca, ante quien se presentó la Raya del Lobo Marino, pez cuya picadura lo enfermó mucho, quien le dijo: "Pucunero, ¿qué es aquella cosa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la bocana de los arroyos?"

"Es la trampa tapaje" –contestó, fingidamente, Pucunero.

"No, Pucunero –contradijo la raya–. Pues, no me cuesta eludirla. Te pregunto acerca de aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos".

"Es la trampa de cangrejos" –volvía a esquivar Pucunero.

"Esa no es, Pucunero –otra vez decía–. Pues, no me cuesta esquivarla. Me refiero a aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos".

"Será la nasa" –contestaba nuevamente.

"Pues, no, señor. Porque la puedo evadir fácilmente. Me refiero a aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos" –siguió preguntando la raya.

Al no tener más argumentos para seguir eludiéndolo, Pucunero, finalmente, le confesó: "Quizá sea la trampa red de cortina".

"¡Esa es, Pucunero! –confesó la vehementemente la raya – ¡Esa trampa sí me causa mucho temor!"

Descubierto el temor de aquel pez contra quien quería tomar represalias, Pucunero,

• EPISODIO XII •

LLÍJCHURÍ DÓÓRÁMEKE MÚNÁAJTSÓNE

Áronáacáváa, ihdu, Dóóráme Bóóake Llíjchurí óómíchorá ímyeeméhevü, téjtóhjíma íjkyahévu, míamúnáá wáábyutáváa tsájcoojí iújcuhe. Aahéváa téjtóhjíma íjkyahéve icátúhtsóne íjchivu dibye wááohe pívyeté pétsoméémevu, únemúúné allúrí íjkyanévu.

Ehdúváa Nújpakyóóné Dooráme Bóóá Llíjchurí méémé cátútsónéllií dííbyedíú tsiiñe bañéjúúvaabe dííbyeke óvíjyuco ímyeeméhevü ióómíchóroki, áánélliíhyéváa páábé iáábé meeme óovémeke míñútsoobe ditye teene ióóvetéki. Áromévané Llíjchurí meméhe néévá áwáñéllií méémébá wañéhjívu Nújpakyóóné Dooráme Bóóá uubámyénutsó mahnímuke, diityéjuco iáme, Llíjchuríváa iñééroki.

Aanéváa amómé Llíjchurí bañéjú cátúhtsónéllií íjtsámeííbyé muhdú diityéké ióómíchoíñé dííbyekéváa ichémétsóne ditye ícúbáhrané allútu. Áánáacáváa íbáábémuma nújpakyó pañe íjkyaabé tsínu núhíjkyáábé únívu, dííbyekéváa chémétsóobe, bají itsááne dillóhi: “Llíjchu, Ɂaca iñá éhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone iñnahaja?”

“Mu, pákyeeju” –áñújcuubéváa wáájácúroóbe.

“Tsáha, Llíjchu –nehíjkyaabévápeé–. Áróné únítu müúne ó nócóríwaavéhi. ɁÉhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone iñnahaja?”

“Íhya, ááruco” –áñújcuubéváa tsíiñe.

“Tsáha, Llíjchu –nehíjkyaabévápeé–. Áróné únítu müúne ó nócóríwaavéhi. ɁÉhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone iñnahaja?”

“Íhya, ááruba” –tsíiñéváa áñújcuúbe.

“Tsáha. Áróné únítu müúne ó nócóríwaavéhi. ɁÉhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone iñnahaja?” –tsíiñéváa díllohíjkyáabe. Ehdúváa Llíjchurí wáájácúroobe panévré amóme dáhpé évédójcóné níjcauvu neébe: “Íhya, Ɂícají”.

“¡Éée, Llíjchu! –neebévápeé– ¡Teene, ihdu, Iliyááné o illiñé!”

Aanéváa iwáájácúne, ímichi dííbyeke illííhyánuíñé iíjtsóne, Ɂícajínuúbe. Áánemáváa tsahi íayáhí níjkétú íóóvetá niimúhé néévatsoóbe, aahéváa téhí allútúré náámene dojcó nújpakyó pañévu. Áánemáváa tsíiñe íbáábe éllevu maníubáávaabe tsíiñé améjca. Aanévané niimu amómé chihjú íjkyanévü Nújpakyóóné Dooráme Bóóá wallójucóó páábé amóóbeke, dityévané teene ióóveki: “Wa me pééne Llíjchurí iícúváe niimúhe néévatu mé ujcuéte” –néébere.

inmediatamente, tejió una trampa de cortinas e hizo fructificar el umarí de sus alimentos en el nacimiento de un pequeño arroyo, cuyos frutos comenzaron a madurar y caer dentro del agua. A continuación, le envió a su suegro un nuevo ampirí de invitación a una nueva fiesta. Como el umarí era el alimento predilecto de los peces, la Anaconda de los Peces de las Aguas vomitó una nueva creciente de aguas de su corazón y envió a todo pez a alimentarse del umarí, a quienes encomendó, diciendo: "Vayan y traigan el umarí de los alimentos de Pucunero". Para estar seguro de que todos los peces hayan entrado a disfrutar el umarí, Pucunero puso como vigía al pez shitari, a quien encargó, diciendo: "Amigo, cuando veas que todos los peces hayan entrado, junto a la raya, me harás saber golpeando el agua para tender mi red en la bocana del riachuelo".

Concertado el acuerdo, el pez shitari se dispuso vigilante debajo de un palo incrustado en la bocana de la quebrada. Cuando el vigía vio que todos los peces entraron al arroyo, junto a la raya, a disfrutar los frutos del umarí de los alimentos de Pucunero, alertó el hecho golpeando el agua con la cola. Cuando los peces oyeron el estridente sonido, preguntaron al shitari: "Amigo, ¿qué significa ese sonido?" Entonces, el vigía, contestó: "No es nada, amigos. Solo golpeo mi pecho para confirmar mi valentía".

Escuchada la alerta del shitari, Pucunero fue y tendió la trampa en la misma entrada de la quebrada, para impedir la fuga de algún pez. En seguida, dio órdenes a su sol veraniego para que en un instante seca el arroyo. Entonces, por mandato del sol, el arroyo comenzó a decrecer, cuyas aguas envenenó con barbasco, matando a todos los peces que allí se hallaban. Sin embargo, no vio morir a la raya, quien era la principal meta de venganza.

Muy aparte, un pequeño bagrecito viendo que Pucunero disponía su trampa, trató de eludir la trampa, pero no pudo conseguirlo. Entonces, suplicó por ayuda al pez lucio, diciendo: "Señor cachorro, te ofrezco casarte con mamá si me salvas de esta trampa". Deslumbrado con el excéntrico ofrecimiento, el pez lucio lo dispuso sobre sus hombros y juntos saltaron la trampa alcanzando el lado opuesto. Una vez en libertad el bagrecito se mofó de la insensatez del pez lucio, diciendo: "Lo del matrimonio con mi mamá era solo una mentira, amigo, jajaja..." Cuando Pucunero terminó de comer a todos los peces que mató con el barbasco, comenzó a reconstruirlos usando la corteza de la topa de sus alimentos. Una vez rehechos,

Aanévané tsiiñe Dóóráme Bóóá ńibúú nujpákyó illímútuhjácóneri nújpabya íjkyáneri amómé nímu lléénevu úcaavéjucój tééhiyi.

Aanéváa pámeere amómé bajímájuco téhí aaméjutu úcaavéné iwáájácu Llíjchurí baacóhéikye nééhi: "Muúbe, pámeeréjuco dóórame úcaavéné u ájtyúmícooca oke ú úubálleé nújpakyo u wádóójcóneri, táińcájí o tállúriáco ááméjutu". Ahdújucováa baacóhei pílluuvéné uménébá llíiñévú téhí aaméjutu. Aabéváa pámeeréjuco amómé bajímájuco Llíjchurí óovetá niimúhe nééva óoveu úcaavéné iájtyúmíne úúballéjucój nújpakyo íibówari iwádóójcóneri. Aanéváa illéébóne amómé baacóhéikye dillóhi: "¿Aca ńná, muube, ihjyúváhi?" Áánéllihiyéváa diityéké neébe: "Tsáhaá. Tájpíujíré ó íllaáyó ńhtsútuube o íjkyane o úujétsoki".

Ahdújucováa Llíjchurí baacóhei úúballéné illéébóne ńńcájí téhí aaméjutu tállúriácojéné múubéubárá iúmívátuki. Áánemáváa ípjkyáne núhbake dibye níwááveebe ńcúi teehi áraúcúhi. Ahdújucováne nuhba teehi ńcúiye áraúcuhi mújcuri iújcúneri wakyújúcoóbe, áánerívané páábé amóóbé dsíjivéhi; árónáacáváa tsá bají dsíjívetú, ímichíváa dííbyeke illííhyanúné dibye imílleébe.

Aanéváa Llíjchurí mílllene iájtyúmíne tyuupíú umívároobe tsá pívyetétú mihiléwá ipájtyene. Áánéllihiyéváa núnuke neébe: "Oke, nunu, pajtyéchóo, waháyokévá u tyábávaki". Ahdújucováa nuunu dííbyéjtsíjuké ityáábáváíñé dibye nééne icáhcújtsóne íhyallúvú ipíkyóóbema ńcají cátsíñiivyé éhnéjcvújuco. Aabéváa dibye pájtyétsoobe, ńnéubárá dííbyeke pállojcóné iájtyúmíne, núnuke nééhi: "Ílluyévané, ihdyu, uke o állíñéyáa".

Aaméváa amómeke íwakyújpari illííhyánúmeke Llíjchurí idyoóne béhnétu kijtyú ihñé májchotá ńníjújíkyotu. Áánemáváa pámeekéré icápáyoácóne catúnúíhyori oonóvaabe caatúnuwá alluvú, méwamyúpí ullébá únítu. Áánéváa amómeke ikíjtyúné níjcauvu ácadájcaáyoobe diityéké nújpákyó pañévú tsiiñe óuuvératu. Aabéváa íwakimyéí ńníjkevádú wááoobe ícaatúnuwa amóóberéjuco, caatúnuwa némeííbye. Téhduréváa ícaatúnuíhyó wááoobe amóóberéjuco, chóómárikyo némeííbye.

Ehdúvá nétsihvu íkyooca ánomu, cuhrímú, mácaamu, nijtya, téhdure tsíjtyehjí amómé míamúnáake núúoróné tsáhájuco llííhyánutúne.

Aanéváa amómeke Llíjchurí imúnáájtsóné pañe tsá Újco Bájíke llííhyánutú, ímichívyáa dííbyeke ńcúbáhráábeke.

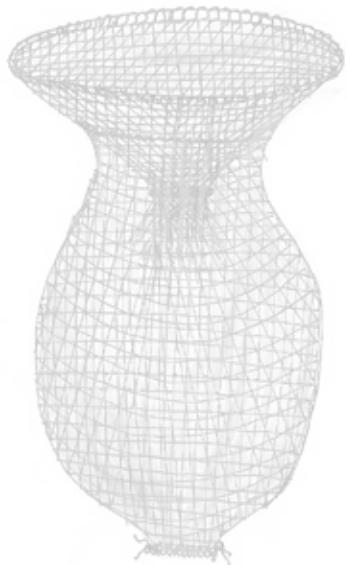
los dispuso sobre una pieza de madera, a manera de pizarra, y los coloreó con un pequeño palito con el carbón del tiesto de sus esposas. En seguida, los soltó en las aguas como un nuevo cardumen incesante. Concluida la obra echó su pizarra en las aguas, la cual se transformó en el pez leguía. También echó su delineador en las aguas, el cual se transformó en pez lapicero. Desde entonces las punzadas de los bagres, zúngaros, cunchimamas, y las mordeduras de pirañas, y otros peces con dientes filudos, nunca más volvieron a ser letales para el ser humano. A pesar de la venganza ejecutada contra todos los peces, Pucunero quedó insatisfecho al no conseguir tomar venganza contra su mayor verdugo, la Raya del Lobo Marino. No obstante, mientras iba revisando la cabecera del arroyo, cavilando sobre su posible huida, escuchó los pedidos de auxilio de alguna errabunda alma en medio de aquellos subrepticios mundos. Entonces, caminó cauteloso en dirección de los gritos y cruzó el arroyo a través de un montículo de arena y siguió buscando a su más vil oponente más allá del riachuelo. Mientras se empeñaba en la búsqueda oyó los gritos a su retaguardia, por lo que regresó y halló a la ufana raya que había quedado varada en una pequeña poza del arroyo, expirando los últimos hálitos de su vida, la misma que dejó pisoteando en la arena. “¡Excelente hallazgo! —Se reconfortó Pucunero— ¡Ahora sí tendré la oportunidad de vengarme contra mi escurridizo enemigo!” A continuación, habló con él, diciendo: “Infeliz, ¿por qué te empecinaste a luchar conmigo? Ahora dime, ¿dónde está tu corazón?” “Aquí lo tienes —contestó con desparpajo la ufana raya—. Pues, no es costumbre mía ser embaucador como tú” Entonces, Pucunero improvisó una aguda saeta con el tallo de palmiche y la clavó en el mismo corazón de la raya, lo cual sonó, ‘cheñe’. Muerto el adversario, lo desmembró con su puñal, lo cual sonó ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Luego, apareándolo en un capillejo, lo cargó a los hombros y caminó ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Una vez en casa cogió su nongo y lo cocinó, cuyo hervor sonó, ‘cheñeñeñe...’ Cocida la carne procedió a comérsela, cuya masticada sonó, ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Digerida la carne en sus intestinos procedió a defecarlo, lo cual sonó, ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Secretado el caldo por los riñones, lo orinó, ‘cheñeñeñe...’ Es decir, todo lo que hacía Pucunero chillaba, ‘cheñecheñe’, mientras su cuerpo realizaba el metabolismo de las carnes de la raya. Consumada la verdadera venganza Pucunero retomó su desenfrenado éxodo por los inverosímiles bosques.

Ááneríváa mítyane íjtsámeíbyéré tééhí níjkéné cáníójcoobéré péhíjkyánáa lleebúcunúté tsaate: “Óoo, óoo”, –íhjyúcunúhíjkyáne tétsíhjí vahrábááneri. Áánélliihyéváa: “¿Aca múha íílle ihjyúcunúhíjkyáhi?” –iñééne chooco téhullévú péébe tééhíwu pajtyéiñú imíwuúváa néwayúúhá íjkyátsihdyu. Aabéváa éhnííñehjí néhcórónáa idyéjutérujo ditye: “Óoo, óoo”, íhjyúcunúne. Áánélliihyéváa tsiiñe téhullévú óomiibye imíñeúvú néwayúúhané ityúváíñúné #íteebe ájtyumí diibyéjúcoorováhjáa néwáyuuhádú tééhíwúú pañe rapáhrápá áraavéne.

“íÁyu! jíchihvu, ihdyu, botsíi áánúke úmeco ó méénuúhi!” –némeíbyevápeécu. Áánemáváa neebe bajíke: “¿Íveekíhjyané úmeco oke ú méénuhíjkyáhi, muúbe? ¿Keeú dííbuu?”

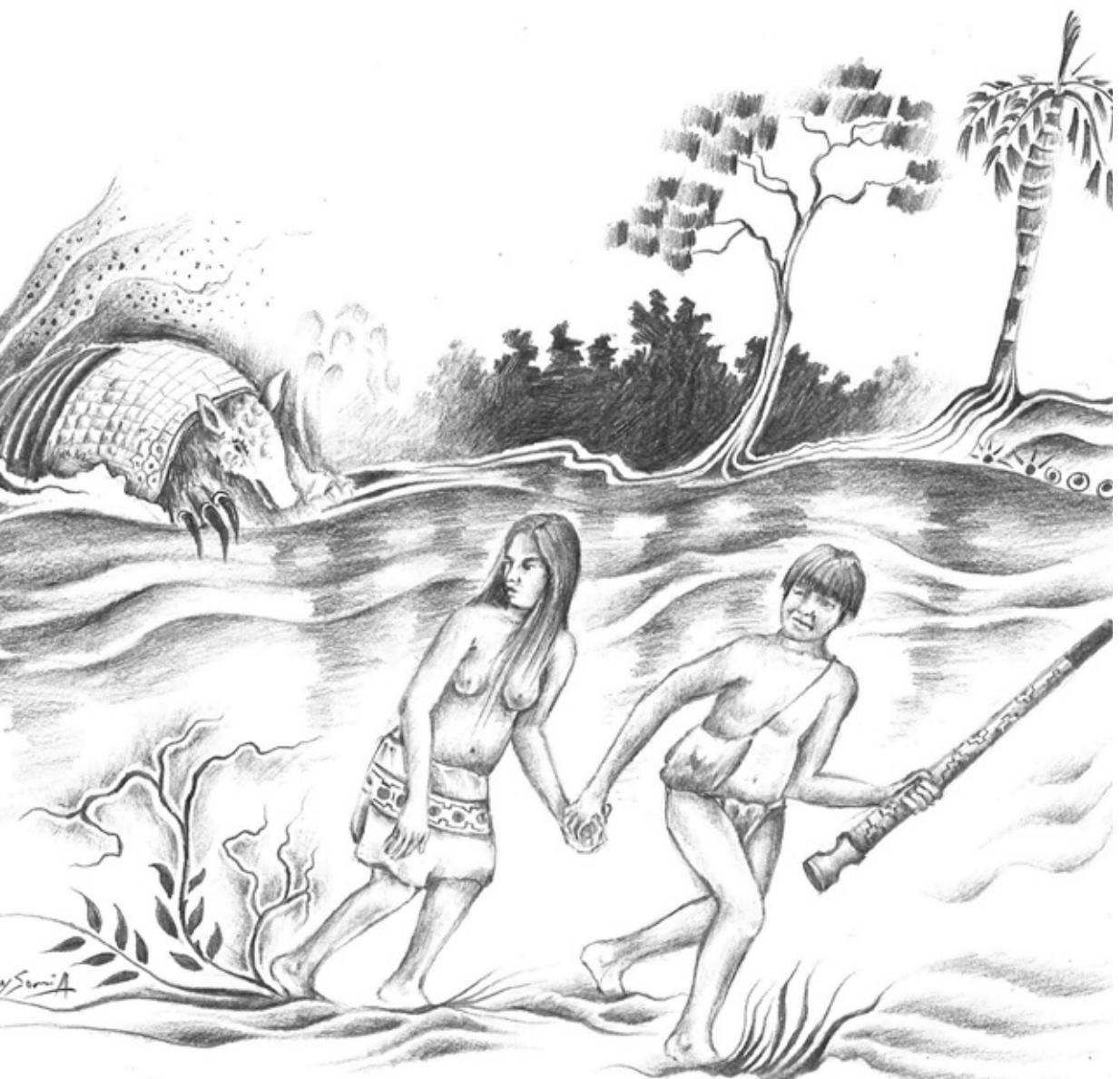
“Mu, íu. Ujííva ó tóónuúhi” –áñújcuubéváa dííbyeke illítyuúbe. Áánemáváa cátujíco iñáátsóneri #íbúutu Llíjchurí aamú, ‘chéñe’. Aabéváa dsíjívéebeke kíhdyáhínuube, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Átsihdyúváa iwááhímúnúúbeke píchúcuíñuube ullé ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Ááhívu iwájtsítsóóbeke dibye túúne waané, ‘cheñeñeñe...’ Aabe tsúúca báábáábeke dóóbe dímajcóné ihjyúvá, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Dííbyé #íbúwá pañevú áráávéebeke námeebe, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Téhduréváa tejpa dibye níhcone níjpaabye, ‘cheñeñeñe...’ Páneeréváa #iná dibye méénune bají tsíjpá dííbyéjpí pañe íjkyáné ajchótá ihjyúvá cheñéchéñe.

Ánéhjí boonéváa tsiiñe péjúcoobe, iúúpíyívyehíjkyádú, bájúháñé pañevu.



• EPISODIO XIII •

CREACIÓN DE RÍOS Y MARES A PARTIR DE UN
GIGANTE MALIGNO



• EPISODIO XIII •

CHÍHTYAWÁYUDÍTYÚ LLÍJCHUR† MÓAÑE ÍPÍVYEJTSÓNE

Viajero errante por los montes, al borde de la inanición, un día Pucunero oyó que alguien arreglaba sachapapas tras lo enmarañado de la selva, vociferando: “¡Mi sachapapa, shack, shack, shack!” Muy entusiasmado con la presencia humana, se dijo: “¡Estupendo! Iré a él para que me invite su sachapapa; pues, ni se imagina que el hambre me mata”.

En seguida, caminó presuroso en esa dirección y halló allí un oso hormiguero, sentado sobre un enorme trozo de palo, quien limaba los callos de sus enormes patas al lado de una hoguera de palma para extraer sal silvestre. Acerándose, lo amonestó, diciendo: “Amigo, Oso, ¿qué haces acicalando tus patas mientras el hambre me mata? Atraído por tus ofrecimientos he venido hasta aquí para que me invites de tus viandas”.

“¡Caramba, amigo! –contestó riéndose el oso hormiguero–. Solo estoy acicalando los callos de mis patas”.

“Vamos, mentiroso, sigue acicalando tus patas que parecen sachapapas”–protestó el famélico Pucunero.

Entonces, el oso hormiguero, dijo: “¿Pucunero, en realidad quieres comer, acaso?

“Claro que sí, amigo –contestó Pucunero–. Sería genial saborearme un riquísimo potaje; pues, el hambre no es aliado de nadie”.

“Entonces, apreciado Pucunero, vayamos a mi casa para que comas los ajíes de termitas de mis esposas” –vindicándose, el oso lo condujo hacia algún lugar de la selva.

Muy pronto, llegaron a la casa de su primera esposa, doña Lechecaspi (el árbol de lechecaspi era su esposa), a quien el oso ordenó, diciendo: “Señora Lechecaspi, Pucunero se muere de hambre. Disponga tus ajíes de termitas para que sacie su hambre”. Inmediatamente doña Lechecaspi sirvió su ají de termitas, el cual Pucunero se puso a comer con abundante casabe, cual bestia insaciable.

Concluido el almuerzo, retomaron la caminata hacia la casa de doña Copaiba (el árbol de copaiba también era su esposa). Entrando en ella, también ordenó: “Señora Copaiba, Pucunero se muere de hambre. Disponga tus ajíes de termitas para que sacie su hambre”.

En seguida, doña Copaiba sirvió sus riquísimos ajíes de termitas, las que Pucunero se puso a comer con más calma.

Prosiguiendo la invitación, esta vez llegaron a casa de sus esposas doña Shiringa

Ihdyúváa tsiiñe bájúháñeri ájyábaúvuma Llíjchuri péhíjkyaaabe tsáijyu llééboté tsaate tétsíhjí pañe: “¡Tácunííuu, tsóri, tsóri, tsóri!”, cúniiu bótsóróhcohíjkyáne. Aanéváa illéébóne: “¡Íkyaj! –némeííbye–. Áadí élletúha cúníítyu ó májchóteéhi; ávyeta ó ajyábáávatéhi”.

Ehdúváa néébere diityé tujkévetu péjucóohií, aabéváa úújeté iijudívu, úménébácóbá allúriváa ume iáñúné úníuri íjkyaaabe íjtyúhaañe bótsóróhcohíjkyáábedívu. Áabekéváa neébe: “¡ju, ¿ájyábaúvuma o íjkyánáa cúniiu ú bótsóróhcohíjkyáhi, bóho? Áánellií o tsáá diélletu o májchoki; murá ávyeta ó ajyábáávatéhi”.

“¡Tsáha, muúbe! –áñújcuubéváa góocoobéré iiжу–. Tájtyúhaañéré, ihdyu, ó bótsóróhcohíjkyáhi”.

Áánelliíhyéváa Llíjchuri nééhií: “Allímúnáajpi iiná díjtyúhaañe ú bótsóróhcohíjkyáhi”.

“¿Aca, Llijchu, ú májchóiyáhi?” – dílloobéváa iiжу.

“Muhdú, éée –áñújcuubéváa Llíjchuri –. Ihdyu, ó májchóiyáhi; ávyeta ó ajyábáávatéhi”.

“Ané, Llijchu, májo iíllevu átyáábámú úwaajímubáánetu u májchoki” –iñéénemáváa iiжу tsajtyéjucóó dííbyeke bájúháñeri.

Aamútsiváa péémutsi tujkénú úújeté Mutsújídívu (múútsuhéváa dííbyé taába). Áállekéváa iiжу nééhií: “Mútsu, Llíjchurívá ajyábáávatéhi. Díúwaajímubááné paaro dibye imájchoki”. Ahdújucováa Mutsúj íúwaajímubááné páarone Llíjchuri iíjkyátútsíhjíma máahóri iiró, ájyábaúvuma íjkyáabe.

Aanéváa Llíjchuri imájchone níjkevádú péémutsi úújeté tsíjpille iiжу taaba Utsójídívu (úútsó umumúheváa dííbyé taába), áállekéváa idyé neébe: “Útso, Utsójí, Llíjchurívá ajyábáávatéhi. Díúwaajímubááné paaro dibye imájchoki”. Ahdújucováa idyé Utsójí íúwaajímubááné páarone Llíjchuri choocóréjuco iirone.

Átsihdyúváa péémutsi úújeté méwamyúpí Makíjíi, Tsawájíi íjkyámúpídívu (máákíñikyóváa tsawámyujkémá dííbyé táabamúpí), áámúpíkéváa téhdure neébe: “Máki, Tsáwa, Llíjchurívá ajyábáávatéhi. Ámúhpí úwaajímubááné me pááro dibye imájchoki”.

Aanéváa dibye májchónéhjí boone, tsúúca tene iíjyunúnéllií, iiжу dííbyeke nééhií: “Llijchu, illuréjuco iíllevu tavíheyjúvú dicha táníjíuréjuco me píhjaki, ááne mé ihjyúvájcátsíhi”.

Árónáacaváa Llíjchuri áñujcúhi: “Tsáhaá, tsá o ímíllétúne. Néhnihívane iiná iiжу níjíú ó píhjaá, tsanééré úwaajímú namécóóné íjkyane”.

y doña Estoraque (los árboles de estoraque y shiringa eran sus esposas). A ellas, también, ordenó: “Señora Shiringa, señora Estoraque, mi amigo Pucunero se muere de hambre; dispongan sus ajés de termitas para que sacie su hambre”.

Concluida la cena, y entrada la noche, el oso hormiguero dijo a su invitado: “Estimado Pucunero, ahora te invito a probar mi ampiri, mientras dialogamos algunos asuntos”.

Sin embargo, Pucunero rechazó la invitación, diciendo: “No quiero, amigo. ¿Cómo crees que voy a lamer el ampiri del oso hormiguero hecho en base de heces de termitas?”

“No digas eso, Pucunero –insistió el oso–. Pruébalo un poquito siquiera con la punta romá de tu lengua y lo sabrás”.

“De ninguna manera –volvió a negarle Pucunero–. No quiero probar el ampiri del oso hormiguero lleno de heces de termitas”.

De tanta insistencia, Pucunero se acercó paulatinamente a la cocamera del oso hormiguero y probó el ampiri con la papila de su lengua, y comprobó lo sabroso e irresistible que era su sabor. Entonces, exclamó: “¡Qué exquisito está tu ampiri, amigo! ¡Permíteme comérmelo con todo su envase!”

Absorto con tamaña irresolución el oso hormiguero estalló de risa, y dijo: “El mismo engullir de aquel precavido finado. Lo probarás mejor cuando esta noche abrases un tronco de huicungo”.

Llegada la noche los nuevos amigos se dispusieron a pernoctar allí. Y a la hora de acostarse el imprudente Pucunero preguntó al Oso hormiguero: “Oso, ¿dónde me acostaré esta noche?” Entonces el oso le propuso: “Duérmete en cualquier rincón, amigo”.

“Imposible, amigo –se enfadó Pucunero–. No es justo que me duerma solo, mientras la noche se torna fría”.

“Entonces, duérmete en el regazo de nuestra esposa Shiringa” –propuso la intrigante fiera. “Por supuesto que sí, amigo. No es posible que me duerma solo, porque la noche es muy fría” –se alegró Pucunero y recostó a la señora Shiringa sobre sus brazos, mientras el oso hormiguero durmió con su esposa Estoraque. Como a medianoche, aprovechando la oscuridad, el oso hormiguero dispuso un tronco de huicungo sobre los brazos de Pucunero, y tomando a sus esposas huyó con rumbo desconocido.

“Tsáha, Llíjchu –áñújcuubéváa iiju–. Óvíjyuco áyánéwuúré cáníñihjúcú díhníjíwá nohcóróú níjcáuri”.

“Tsáhaá –tsiiñéváa neébe–. Tsá o ímílletú o píjhane iiijú níjíu tsanééré úwaajímú namécóóné ijkyane”.

Ehdúváa iiju néhíjkyánellíi tsúúcajátú chooco ipyééne íhníjíwá níjcáuri áyánéwu píjhácuube ávyeta iiiné imyéjaú iiijú níjíu, áánemáváa neébe: “¡Ayáju imyéami, tju, díñihcóúú! ¡Cá, íllevu oke daacu páuure o dítsohcáokíi!”

Ááneréjucováa iiju góócone: “tjjijiji. Éhnéwúuúvú dítsohcáo. Níhñécunu dsuhdsábáacobá iámabúcúíñé dítsohcáo, tjjijiji...”

Aanéváa tsúúca tene ííyunúnellíi íjkyátsívyémé tétsihvu ikyúwaki. Áánélliíhyéváa Llíjchurí iiuke dillóhi: “tju, ¿aca kiá iñe ó cúwaáhi?”

Áábekéváa áñújcuúbe: “Mu, étsihjívú, ihdyu, covíívye”.

“Tsáhaá, muúbe –neebéváapeé–. Tsá o ímílletú oore o cúwane”.

“Ané, áállema mé táábama Makíjíma cuwa” –neebéváapeécu.

“Juúju. Tehdújuco, muúbe. Muhdú iiívane, tsúcó pejco néénáa, oore ó cúwaáhi” – iñéénemáváa tsúúca cuwájúcoobe íñéjúwá allúvú Makíjíke ipíkyóóllema, áánetúváa iiju cuwá Tsawájíma.

Aanéváa pécójpiíne cúúvéttsihdyu iiju méwamyúpíke iújcúne dsuhdsábácobáréjuco Llíjchurí néjúwá allúvú páárone, áánemáváa tsúúca úmivájucóóme.

Ááné boonéváa Llíjchurí néjuwa óóreténellíi: “Íñejcúvuréjuco, muulle, pajtye” –néébere Makíjíke iámabúcúne tsíñejcúvú pájtyétsórónáa dsuhdsábá anétóóné dííbyeke péé páneere íñéjuwa. Aanéváa íícúi iwááóne tsiiñe tétsihvu kímóóvémeííbye: “¡Ooréhdené wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi...!”

Aanéváa tsíjkyoojí iiíjú taabámuváa íúwaajímubáánetu dííbyeke májchotsóné áraavéné tsúúca imílleebe iñámene, áánélliíhyéváa imíwu nééné úmehécoba tébajkyéíjí allúháñeri nééhé déjucovú námeébe, áánemáváa tébajkyéíjíyé cádííhñúmeííbye, áánemáváa péjúcoóbe.

Aabéváa wahájchotáréi úllénáa tsúúca iñámehéjú ajívájucóóhií, áánélliíhyéváa dójóríjcómeíyoóbe, árónáacáváa éhnííñevúré ajíváné dííbyeke.



Cuando Pucunero quiso recostar a la mujer al lado opuesto, porque su brazo comenzaba a entumecerse, sintió los pinchazos de las espinas del huicungo que penetraban las pocas carnes de su enjuto brazo. Entonces, otra vez se puso a lamentar su suerte, diciendo: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad...!”

Realizado el metabolismo de la comida que las esposas del oso hormiguero le habían convidado, Pucunero sintió la necesidad de defecar sus desechos. Entonces, se dispuso a excretar debajo de un enorme árbol. Terminada la excreción frotó su trasero en una raíz de aquel árbol y se marchó.

Minutos más tarde sintió un leve escozor en el trasero, por lo que se frotó con la mano para aplacarlo; sin embargo, esto le provocó mayor irritación. Sorprendido con el extraño suceso, se dijo: “¿En qué me froté para tener esta comezón?” Y para descubrir la causa de la irritación regresó a investigar el árbol que le sirvió de papel de aseo y vio un gigante ser que, extendidos brazos, sostenía el cielo desde la tierra y sonreía alegremente con él; era el gigante atlas.

“¿Eres tú aquel que me causó este escozor, acaso?” –reclamándolo, tomó su cerbatana y le picó varios dardos letales. Como los dardos inmediatamente hicieron efecto letal en el gigante, éste amenazaba en desplomarse hacia el camino de repliegue que Pucunero quería tomar.

Imposibilitado de eludir al agonizante titán, Pucunero se armó de mucho aliento y valor, y tomó una audaz escapatoria en un solo sentido. Entonces, el gigante se inclinó peligrosamente hacia él para luego desplomarse sobre la tierra, que por poquito logra aplastarlo.

Cuando el atlas se desplomó sobre la tierra su enorme corpulencia se transformó en mares y ríos hoy existentes: mientras el tronco se convirtió en el mar, sus extremidades se convirtieron en los ríos Amazonas, Caquetá, Putumayo y el Igaraparaná. Esta es la historia de la creación de los mares y ríos a partir del gigante titán que Pucunero mató con su pucuna.

Áánéllihiyéváa: “¿Acáne ūnerí o cádiihínúmeíñé íñe oke ajívawu?” –néébere ióomíñe ímíñeúvú úmehe ūtécunúubé ájtyumí níjkyéjítu íhyójtsícoba íjkyaaabe díibyema góhñíkyunúne; ihdyúváhacáa Chíhtyawáyu.

“Úhaaca, eene, ūveekí oke ú ajínúhi” –iñéenemáváa ítyollíjyuri llíjchújúcoobe píváijyúvá díibyeke, áanémáváa tsáhullévú díibyeke pállójcoobe dsíinérónáa téhullévújuco díbyécoba ‘dúju’ péhíjkyáne. Tsáhaváa kiávú dibye pívyetétú ipyééneé.

Aanéváa ehdú Chíhtyawáyú díibyeke mávárihónéllií: “Íkyooca o dsíinneebe tsá o íjyócúuvéityúne” –iñééne dsíinneebe tsíjpaháñema tsáhullévu, áabe déjutuváa dujúdújú tsáábe tsúúca áákityéjucóo íiñújí allúvu; illúhhuuváa díibyeke áámúroóbe.

Áábécobáváa Chíhtyawáyú íiñújí alluvú áákityéebécoba ípívyeev téhiñéréjuco móáñema: ipáábeváa íjkyatsíbá ípívyeevé ūvámú docójpakyóvu, áánetuváa tsájcuba ípívyeevé Tsítsíimóvu, tsíjkyubáváa ípívyeevé Ócájimóvu. Íñéjuwááñeváa ípívyeevé Miinéhima tsíhihjívu. Ehdúváa Llíjchuri Chíhtyawáyuke ítyollíjyuri llííhyánúúbedítýú móáñe ípívyejtsóhi.





• EPISODIO XIV •

PUCUNERO Y LAS MALOCAS DESAMPARADAS

Una tarde, mientras proseguía su viaje errante por las montañas, Pucunero llegó a una maloca abandonada hacía mucho tiempo. Exhausto por el viaje, se dijo: "Me quedaré a dormir aquí, pues estoy sumamente cansado". En seguida, juntó algunas viejas criznejas e improvisó una tarima bajo la maloca y se quedó dormido, boca abajo.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se sintió tan débil que no podía sostenerse sobre los pies. Y sobrecogido con su situación, se lamentó: "¿Qué ocurre conmigo? ¿Por qué no puedo sostenerme sobre los pies? ¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!"

Después de lamentar su mala suerte, Pucunero palpó todo su cuerpo y halló un vulgar orificio en la región lumbar. Y alzando los ojos hacia el techo de la maloca vio un espantoso ser que, colgado en la cumbre, descansaba feliz con la panza llena de sangre del huésped; era la hematófaga vinchuca, anfitriona de la maloca, que, aprovechando la oscuridad de la noche, bajó del techo y succionó toda la sangre del errante viajero mientras éste dormía. Entonces, Pucunero tomó su pucuna y la hirió con un dardo, causándole un letal orificio en la misma espalda, de donde emanó abundante sangre que el errante aprovechó para reponer las fuerzas perdidas a través del orificio causado por el singular atacante. Despojada la sangre, la vinchuca cayó muerta en media sala de la maloca.

Reanudando su perpetuo caminar, al otro día oyó unos golpes de manguaré entre lo enmarañado de la selva, que eran secundados por un cántico que decía: "Ustedes tienen pómulos semejantes a frutos de tutumo". En tanto los golpes de manguaré, y los canticos, otro grupo danzaba haciendo sonar sus shacapas.

Muy feliz con el hallazgo, Pucunero, dijo: "¡Genial! Iré a la fiesta y les pediré que me inviten de su exquisita cahuana".

En seguida, imaginando satisfacer el hambre que lo agobiaba, caminó presuroso hacia la algarabía y llegó a otra deshabitada maloca, en la que tampoco halló a nadie. "¿Y quiénes habrían estado cantando aquí?" –murmurando, buscó a los huéspedes de la maloca, logrando descubrir algunas viejas hamacas que pendían sobre los añejos vestigios de fogata que también estaban por desparecer.

Mientras retomaba su camino otra vez oyó los golpes de manguaré entre lo enmarañado

• EPISODIO XIV •

LLÍJCHURÍKÉ JÁÁHAÑE MÁVÁRIJCHÓNE

Tsájcuuvéváa bájúháñeri úúpíyívyeebéré úllehíjkyaaabe cábúúveté tsájáhcoba íavaja íjkyájacobávu. Aabéváa tétsihvu iíijyunúnéllií: “Mítyane o pávyeenúúbéi óvii íchihíyé ó cuwáhi” –iñééne tééjavu iúcaávéne ájijíneúvú tsátsihvu iwájínné allúvú iívohóóvéne tsúúca cuwáhi.

Aabéváa tsítsíveu ájkyeebe pápíhra íjkyaaabe tsá tsípatuté. Íjyocuúvéróobéváa áákityéhíjkyáhi. Áánéllihiyéváa némeííbye: “¿Aca muhdú íñe ó ijkyáhi? ¿tveekí tsá o pívyetétú o íjyocuuvéne? ¡Ooréhdené wáháake o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáabeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!”

Ehdúváa ikímóóvemeíñe íjpi dómaákíñuube dólloúcunú páheju íbajúityu íjkyane, áánéllihiyéváa cárúuveebe ájtyumí tsáné iáábécoba, tsanééré tújpakyo óóveebe, níhbáhotu óhbákyunúne. Ihdyúváhacáa dibye cùwáné allúrí tééja múnáajpi útáácají níhbáhotu iñíityéne dííbyeke ítyujpákyo adóhi, áánemáváa tsiiñe óhbáávyeebe níhbáhotu.

Ááneréjucováa Llíjchuri ítyollíjyú iékéévéne dííbyeke llíjchucúne. Aanéváa dibye llíjchúcuhéjutu tújpakyo wáápéne éllevu dibye bájúívyéneri tsiiñe tújpakyo úcaavé dííbyéjí pañévu, ááneríváa tsúúca tsíjpanúúbe. Ááné boonéváa útáácají tééjájpíñévú áákityé váho, tsúúca dsíjíveébe. Átsihdyúváa tsiiñe péhíjkyaaabe tsíjyu lleebúcunúté tsaate tétsíí pañé: ‘Tatítajtíta, tatítajtíta, tatítajtíta; tatítatítatí, coú, tatícoú’ –cuumu áámuhiíjkyáne; ááné allúriváa chijchuwá, ‘chi, chi, chi’ –íhjyúvánáa: ‘Tsehkébatu wabívóóho, buuúmujaaií, búumújaaií, búmeríjyáaa’ –kijkyówá májtsívahíjkyáhi.

Ááneríváa iímíjyúúvéne némeííbye: “íjkyaj! Áátyéha wáñehjívatehi. Ói diityé cahgúnutu ó ádotéhi”.

Áánemáváa ájyábaúvuma íjkyaaabe diityé tujkévetu péébe úújeté téhdure tsíjyavu ívejávu; tsá muubárá íjkyatuté. Aabéváa: “¿Aca muurá íñe mátsívahíjkyáhi?” –idíllomeíñe tétsihjí diityéké néhcoráhi. Tsúúcaájucováhacáa míamúnaa pééné boone íwabyáuuhóneúvú íjkyujuwááneúvuma dáíhcoténeréjuco dibye iítehíjkyáne.

Áróñemáváa tsiiñe péjúcoobe iiváa itsááneri. Aabéváa wahájchotáréi íjkyánáa tsiiñe cuumu áámúmeíjyocóó: ‘Tatítajtíta, tatítajtíta, tatítajtíta; tatítatítatí, coú, tatícoú’; ááné allúriváa chijchuwá, ‘chi, chi, chi’ –íhjyúvánáa: ‘Tsehkébatu wabívóóho, buuúnujaaií, búñúhjáikyá ijííaa’ –kijkyówá májtsívahíjkyáhi.



de la selva, que eran secundados por un cántico que decía: "Ustedes tienen pómulos semejantes a frutos de tutumo". En tanto los golpes de manguaré, y los canticos, otro grupo danzaba haciendo sonar sus shacapas.

"Ahí están cantando otra vez" –renegando, regresó raudo a la misteriosa maloca y no encontró a nadie como la primera vez. Y hurgando minuciosamente por toda la maloca halló unas cigarras que descansaban sobre un viejo trípode exprimidor de yuca, a las que mató con la punta de su pucuna. A continuación, halló unas libélulas que descansaban sosegadamente sobre un viejo tendedero, quienes corrieron la misma suerte que las cigarras. Finalmente, husmeando dentro del manguaré, halló en el polvo un gusano de alambre, al que también mató. Cuando Pucunero retomó su pérvido camino nunca más volvió a escuchar aquella algarabía a manera de fiesta.

Mientras el gusano de alambre tocaba el manguaré, las libélulas coreaban las canciones al lado de las cigarras que emitían sonidos que parecían danzantes con shacapas.

Embelesado con estos desaires, Pucunero otra vez lamentaba su suerte y se ponía a llorar: "¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!"

“Áánerá áátye tsiiñe májtsivájucóóhií” –iñéénemáváa tsiiñe ióomíñe hítéroobe tsá muucá ájtyúmitúne. Aabéváa téjá lliiñe chooco iiftéhulle ájtyumíibé mámúíhkyuúvú níjcáuri chiihyémú pílluhjúcunúmeke. Áámekéváa: “Íjtyéubá, muurá, oke wajyámunuúhíjkyáhi”, –néébere wátsohcáó ítyollíjyuri. Átsihdyúváa hítécunúúbé móóhóuri mítíumu pítóhjúcunúmeke, áámekéváa idyé lliihyánuúbe. Áánemáváa cùumú páají pañe néhcoobe hítécunú óóñoba téémú ballíjyú pañe íjkyáábeke, áábekéváa idyé lliihyánuúbe, ááné boonéváa péjúcoobe tsáhájuco muúbaké lléébójúcootúne.

Ihdyúváhacáá óóñoba cuumu áámuhíjkyáhi, áánetúváa mítíumu mátsivahíjkyáhi, áánáacáváa chiihyémú chijchuwá wahdáhiiñédú ‘chi, chi’, nehíjkyáhi.

Ehdúváá iámé dííbyeke wájyámunuúhíjkyáneri tsiiñe kímóóvemeíibye: “¡Ooréhdené wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!”



• EPISODIO XV •

PUCUNERO Y LA ESPOSA DE SOL DE LOS ALIMENTOS
DE LA TIERRA



• EPISODIO XV •

LLÍJCHUR† NÚHBÁ TÁÁBAKE PÁÁRÁNURÓNE

Después de los aciagos sucesos en las malocas desocupadas, cierto día Pucunero llegó a la maloca de Sol de los Alimentos de la Tierra. Entrando en ella halló abundantes provisiones como el ají negro, el casabe de almidón, la fresca cahuana, entre otras viandas; las que se puso a comer, aprovechando la ausencia de sus dueños.

Finalizado el improvisado almuerzo, tomó una breve siesta. Luego, se dirigió a la cocamera y saboreó el ampiri, y después de mambear un poco de coca tomó el camino de retirada. Y cuando aun estaba a unos escasos metros, escuchó los gritos de la ocarina, quien le acusaba ante su amo Sol de los Alimentos de la Tierra: "Sol, Sol, Sol humilde; Pucunero está huyendo después de comer tus viandas y mambear tu sagrada coca, Sol, Sol, Sol humilde".

Mientras la Ocarina de Frutos de Chambira era el centinela y comunicador de la maloca, Sol de los Alimentos de la Tierra era una colonia de hormigas del campo.

Escuchada la alarma lanzada por la vocinglera ocarina, la esposa de Sol de los Alimentos de la Tierra corrió a ver lo que acontecía en su casa, mientras su marido regresaba despacio, por tratarse de una colonia de hormigas. Cuando Pucunero la vio llegar, la enamoró de inmediato y se acostó con ella.

Viendo aquel comportamiento desleal, en detrimento de la esposa de su amo, la ocarina dio parte a aquél, gritando: "Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero se acostó con tu esposa, después de seducirla sagazmente, Sol, Sol, Sol humilde".

Fastidiado con los inoportunos mensajes que emitía, Pucunero tomó a la ocarina y la arrojó fuera de la casa, entre un matorral de ortigas. Y desde allí la ocarina otra vez gritó: "Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero me botó entre un matorral de ortigas porque te dije que se acostó con tu esposa después de enamorarla, Sol, Sol, Sol humilde".

Como no conseguía callar a la inoportuna mensajera, Pucunero la recogió de entre el matorral de ortigas y procedió a triturarla usando el batán de los avíos de los sacrificios de Sol de los alimentos de la Tierra. Muy a pesar de ello, la ocarina, convertida en polvo, siguió vociferando: "Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero me machacó en el batán de tus avíos, Sol, Sol, Sol humilde".

Convencido de que no podía acallar los gritos de la inmortal ocarina, muy asustado, Pucunero se dio por vencido y huyó del lugar.

Aanéváa Llíjchuríké jáhañe máváríchohíkyánetu péébe tsáijyu úújeté tsiijya jaávu, ihdyúváhcáa Májchotá Núhba ja tééja. Aabéváa pímhítsónema, mááhóhañe, cáhgúnuma tééjari ijkyane iájtyúmíne majchójucóó, múubárá tééja múnaa ijkyátúnélliíhye.

Aanéváa imájchone iímivyédú iwáyéévénéhjí tavíhyejúvú peébe, áánemáváa tééja múnáa máániháñe ɬíphjáne diityé iibíí déíjkyuúbe, áánemáváa ellévújuco dibye pééneé. Aabéváa péérónáa rooúwá: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áánu Llíjchurí dimájchoma díibíí idyéíjkyúne péjucóóhi Núhba, Núhba, Núhbaúvuu” –núhbake úúballéjucóóhií. Ihdyúváhacáa Májchotá Núhbá píímyemí, illiyááné píímyemí ijkyane; áánetúváa dííbyé nijíhé waajácu rooúwá dííbyé já tehméewá ijkyawa dííbyé uubállemúnáajpi.

Aanéváa rooúwá úúballéné illéébóne Májchotáwa Núhbá ɬícúve wállé tsájucóó ítyájíí iíñújí allúrí tsáváhréi óómíñáaáca. Aalléváa wájtsílleke Llíjchurí iímílléne cábíllanújucóóhií.

Aanéváa rooúwá iájtyúmíne idyé úúballéjucóó Núhbake: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áánu Llíjchurí dítyáábake iímílléne díílleke cábíllanúhi Núhba, Núhba, Núhbaúvuu”.

Áánélliíhyéváa Llíjchurí rooúwake iékéévéne waaó áátájíí pañévu, áánemáváa dibye úmívrónáa tsiiñe rooúwá ihjyúcunúhi: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu, áánu Llíjchurí dítyáábake dibye cábíllanúné uke o úúbálléné allútú oke áátájí pañévu waagóójucóóhi, Núhba, Núhba, Núhbaúvuu”.

Áánélliíhyéváa Llíjchurí ióómíñe áátájí pañétú rooúwake iújcújéne núhbá májchotá ɬícúvé caanúcori tééwake caanújucóóhií, árollíjyuváa tsiiñe ihjyúcunúhi: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áánu Llíjchurí dímájchotá caanúcori oke caanújucóóhi, Núhba, Núhba, Núhbaúvuu”.

Aanéváa Llíjchurí rooúwake muhdú dáíívyétsótúneri iíllityéne úmívájucóó tétsihdyu.

• EPISODIO XVI •

PUCUNERO Y LAS MALOCAS DESAMPARADAS

Cierto día, mientras caminaba sin rumbo, Pucunero escuchó una algarabía femenina en aquellos exóticos bajiales. Y acercándose sigiloso hacia las carcajadas vio a las jóvenes Tamizadoras que, muy alegres, pescaban crustáceos en la quebrada usando un cedazo.

Al notar que las doncellas venían hacia él, se arrimó sobre un palo caído, que atravesaba el riachuelo, para tratar de pasar desapercibido; pero una de ellas lo advirtió y, muy alegre con el hallazgo, dijo a su hermana: “¡Hermana mía, mira esta iguana!” Dicho esto, lo atrapó y lo mordió en la nuca. Luego, cogió una hoja de panga y lo envolvió para asegurar la inusual cacería. Y dejándolo allí prosiguieron la pesca para recogerlo al volver.

Mientras las féminas iban tamizando crustáceos por los recovecos del riachuelo, Pucunero salió del embalaje y se irguió tras un árbol, dado que cuando las cazadoras retornaban notaron que el envoltijo de su caza estaba vacío. Entonces, una dijo a la otra: “Hermana, se nos escapó nuestra presa”. En seguida, husmearon el lugar en busca de la presa y hallaron a Pucunero erguido detrás de un árbol. Absortas con el descubrimiento, se dijeron: “Hermana, ¿qué hace aquí Sol del Medio Mundo?” Dicho esto, reclamaron a Pucunero, diciendo: “Oye, Pucunero, seguro que te llevaste nuestra caza para comértela. ¡Atrevido! qué no te vas a comer nuestra presa si te comiste a tu propia madre para convertirte en el amo de la futilidad”. Entonces, Pucunero les dijo: “¿Cómo creen que pudiera haberme comido vuestra caza si fui yo a quien ustedes mordieron en la nuca? Eso aún me duele”.

Entonces rompieron en risa, y le dijeron: “¡Cómo pudimos haberte mordido, jajajaja...! ¡Por qué no dijiste: “Soy yo”, para no morderte, querido Pucunero, ijajajaja...!”

Después de estar ridiculizando al estolido visitante se amistaron con él y lo invitaron a que las acompañe a casa. Una vez en casa, una de ellas dijo a Pucunero: “Querido Pucunero, descansa aun, mientras cocinamos nuestros camarones”. En seguida, una de ellas dijo a la otra: “Hermana, voy, pues, a traer de nuestro caldo de hojas de yuca para cocinar nuestra pesca”. En seguida, una de ellas corrió tras el camino del arroyo, con el cántaro en mano, para luego regresar con el caldo de hojas de yuca en el que coció a los camarones y almorzaron juntos. Y entre la pesca de camarones y el comerlos cocidos en el caldo de hojas de yuca recogido por el camino del arroyo, las féminas pasaban sus incesantes y solariegos días. Al cabo de permanecer por algún tiempo con las tamizadoras, Pucunero se percató de que

• EPISODIO XVI •

LLÍJCHUR† MÍHÉÉRÁJ†MÉÉWAMÚPÍ IITYÁÁLLEKE DÓONEÉ

Tsíjkyoojíváa Llíjchur† bájúháñeri ipyéhíjkyadú péhíjkyáabe lleebúcunúté tsaate: “tjíjíjí, tjíjíjí” –tétsíhjí cajáneri góócohíjkyáne. Ááné tujkévetúváa choocówu péébe iitécunúté Míhéérájiméewamúpí teehi nahcómuke míhehíjkyáne.

Aamúpiváa dííbyé tujkévetu tééhiyi tsáánellií cawáávyeebe úmeneba téhí allútú wátyuúcunúhbá allúvu, áabekéváa tsáapille iájtyumíne iñáálleke: “Eje, muúlle, áánúha iñiba” –iñééne iékévéébeke ítyookétu iíhdóne biijínú lláhá áamíri, áabekéváa páároíñumúpí ióómidyu itsájtyeki.

Aamúpiváa míhérí íjkyáné allúrí téhají pañétú iíjchívyéne íjyocúúveebe úmehé úniúvu. Aanéváa imíhehíjkyátsihjídú tsáamupí téhají ékéévrónáa pevöhájiréjuco. Áánellihiyéváa tsáapille: “Muúlle, kiavúhjáubá mejtáává pééhií” –iñáálleke nééllere tétsíhjí iitelle ájtyumí Llíjchuríke. Áabekéváa iúvanúne neélle: “Muúlle, ¿aca iñerí íchii Pííne Núhba?”

Áánemáváa neelle dííbyeke: “¿Úubáhjané, múa, múhpí ájkikye u dóohií? iDíítsííjuúvukéváa íjkyárolle u dóóbe awáá múhpí ájkikye tsá u dóoityúne!”

“iñáami kiávú ámúhpíjtáává ó píkyoóhi –neebéváa diityépíke –. Ookérené ámuhpí me ihdone iñe tátayookéu ávyénécoba”.

Ááneréjucováa góócomúpíré nééneé: “iMuhdúami uukéré muhpí mé ihdóó, tjíjíjíjí...! i “Oore”, néétúúbeke uke muhpí mé ihdóhíí, tjíjíjíjí...!”

Aamúpiváa dííbyeke iíhdóneri igyóócohíjkyárone dsíítsójucóo ihjyávu. Aaméváa ihjyávú wájtsínáa tsáapille dííbyeke nééhií: “Étsihjíríyéi, Llijchu, wáyeééve. Muhpí nahcómuke me túú me dóókií”. Átsihdyúváa tsáapille iñáálleke: “Ói, muulle, mé piiyácotu ó újcuté mejtáává me cátáhboki” –nééllere ídotowáhyó iékééveiñúne dsíínené mújcojúvu. Áhullétuváa píyajpa iújcújéneri cátabjójúcoomúpí nahcómú tutáco, aaméváa báábámeke tsúúca dóómeé.

Ehdúváa pajcójiváre pehíjkyamúpí nahcómú míheévu, áámekéváa mújcójú niiñétú píyajpa iújcújéjpari dityépí túúmeke dohíjkyámé tsúúcaja.

Aanéváa tsúúcajájuco Llíjchur† míhérájiméewamúpíma íjkyáabe tsájcoojí iitemeí teetévájtsúúhoúvú dúhcúvatéébé iíjkyane. Áánellihiyéváa némeíbye: “¿Aca muhdú iñe ó ijkyáhi? Muurá ímí ó májchorá aatyépí táávanéhjí. ¿Mitya muhdúhjáubá imyéénunévú oke máchotsohíjkyamúpí? Íkyooca ó iitee muhdú dityépí majcho méénuhíjkyáne”.

Ehdúváa ihdityu iítsámeiñe tsájcoojí diityépíke neébe: “Ámuhpí, ihyajchíí tsíhyulle ó

estaba perdiendo peso y empalideciendo. Entonces, dijo: “¿Qué ocurre conmigo? Sin duda, los potajes en base a la pesca de las féminas son muy buenos. ¿O tal vez los platos que preparan tienen algún secreto? Esta vez tendré cuidado de su forma de preparar la comida”. Reflexionando así sobre sí mismo, una mañana les dijo: “Amigas mías, hoy iré muy lejos a cazar animales para comer”.

“¡Qué bien, amigo! –Se alegraron las mujeres–. Anda a cazar algún animal para comer”. Y aparentando que iba de cacería, Pucunero se escondió cerca del lugar donde las mujeres acostumbraban recoger el caldo de hojas de yuca. En tanto permanecía en su escondite, vio a una de ellas acercarse al lugar e invocar por el caldo, diciendo: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! De pronto, tras el sonido de un gran ventarrón, vio aparecer la corpulencia de una enorme anciana, quien se puso a orinar dentro del pate de la señorita. Recogido el orín la mujer regresó feliz a casa para cocinar los camarones en él. Este tipo de preparados eran la causa de la anemia de Pucunero, quien cuando vio aquella escena se asombró sobremanera. Entonces, concluyó: “¡No puedo creer que las señoritas estén usando la orina de aquella anciana para cocinar sus camarones, lo cual está causándome esta severa anemia!”

Cerciorándose de la causa de su estado de salud, Pucunero deambuló por las inmediaciones hasta que se puso el sol. Cuando llegó a casa las mujeres le llamaron a cenar, pero éste se negó. Y después de permanecer taciturno por largo rato, les dijo: “Amigas, mañana iré a cazar muy lejos. Por lo tanto, preparen suficiente casabe para acompañar el producto de mi cacería”. Cuando amaneció las chicas asaron bastante casabe y se marcharon a pescar camarones, como solían hacer, en tanto Pucunero, fingiendo ir de cacería, tomó el camino hacia la montaña; sin embargo, regresó desde una distancia prudente para provocar a la misteriosa anciana, a la manera de sus nietas, diciendo: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca!”

Cuando la anciana apareció a través de un viento recio, inmediatamente se puso a orinar ante la mirada atónita de Pucunero.

Y éste, sin mediar consecuencias, la aplicó varios dardos de cerbatana, provocándola una muerte instantánea. Muerta la anciana, la llevó a casa y la cocinó en el nongo de sus nietas.

Ilíjchúteé me dóókií”.

“Juúju, muúbe –áñújcumúpivápeé –. Wa Ilíjchúté iáábe éhné me dóókií”.

Ahdújucováa péébe eenéváa tsáapille píiyaco úcújehíjkyáhullévú páátánúmeítéhi, aabéváa tétsii íjyacunúhíjkyánáa imyéénuhíjkyádú tsáapille itsááne neeváhi: “¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! ¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!”

Ááneréjucováa tsákkeeméllécoba, mítyalle íjkyállécoba, ‘jooo’, itsááne níjpákyunúváné dótowáhyó pañévu, aanéváa iwáátsóne tsúúca oomíjyúcoolle ihjyávu; ááneríváa cátahbójúcoomúpí ínhacómuke idyóókií, aanéváhacáa imájchóne eene Llíjchurí duhcúvatéhi. Aanéváa iájtyúmíne neébe: “¡Ehdúhaaca aatyépí áálle níjpatyu iújcújéne nahcómuke cátahbóné o májchónetu íñe ó duhcúvatéhi!”

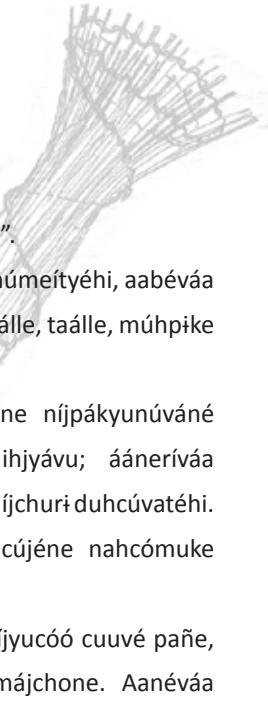
Aanéváa iwáájaíñúne botsíi bájú pañévú péébe éhtsíhjíre iúlléne oomíjyucóó cuuvé pañé, aabéváa wájtsííbeke dityépí kíévaróné tsáhájuco dibye ímílletú imájchone. Aanéváa iwáyéévehíjkyátsíhjídú diityépíke neébe: “Ámuhpí, péjcore tsíhyulle ó Ilíjchúteéhi. Ahdíkyane, mítyane mé bújcájaaco o táávane me Iléhdoki”.

Ahdújucováa tsíjkyoojí tsítsííveu dityépí mítyane ibújcájááne mihéévú pééné allúrí téhdure múu Iliiñájaavu péhdú Llíjchurí péébe éhlléture ióómíñé iiyéjuco, iiváa iájtyumídú, kíéméllécobake díllotéhi: “¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! ¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!”

Aalléváa imyéénuhíjkyádú, ‘joo’, tsáálle níjpákyunúvárótsihyu Llíjchurí Ilíjchúcújucóó píváijyúva, áállekéváa tsúúca Iliihyánuúbe. Áánemáváa ááhívu itsájtyélleke íícúi diityépí caráájíri tújúcoóbe, aanéváa tútaco báábane wáhyeju itséhdíhyéjú pañévú píkyoobe mááhómaá. Aanéváa iwátájcéne coévaabe páhejúwu, téhejúriváa iúcááveki, áánemáváa botsíi peebe bájú pañévu.

Áánáacáváa tsúúca diityépí wájtsínáa tsáapille péjucóó ítyáálleke píiyaco ítyáúmeíki, aalléváa píúvará ípíúvahíjkyádu: “¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! ¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!” Árónáacáváa ‘joo’, itsááróne ‘dáíj’ pehíjkyáne. Ehdúváa píváijyúvá ípíúvahíjkyáróne óómillé ááhívu, áánemáváa neetéllé íñáálleke: “Muúlle, kiávúhjáubá métáálle pééhií. Cáhawáá majo me úújetéki”.

Áánéllíihyéváa péémupí tsíiñé píúvaráhi.



Cuando el cocido estuvo listo cavó un profundo hoyo en la tierra y depositó allí toda la carne juntamente con los casabes. Luego, recubrió el hoyo cuidadosamente e hizo una pequeña abertura que le sirviera de respiradero. Consumado el acto, Pucunero se dirigió montaña adentro, para no levantar sospecha.

Cuando las chicas regresaron de su rutina diaria de pesca, una de ellas corrió camino de su abuela para reclamar su caldo favorito con su frase predilecta: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca!”

Pero la nana jamás asomó. Solo escuchó un leve rumor que venía a esfumarse muy cerca. Y después de varios intentos fallidos la mujer regresó a casa y dio aviso a su hermana, diciendo: “Hermana, la abuela desapareció. Ven, vayamos a ver”.

Cuando llegaron al lugar invocaron su presencia en reiteradas ocasiones, sin éxito. Y después de comprobar que la abuela había desaparecido, se dijeron: “Estamos seguras que el inescrupuloso Pucunero se comió a nuestra abuela, así como no tuvo reparos en comerse a su propia madre”. Mientras permanecían en casa, cavilando sobre la desaparición de su abuela, Pucunero regresaba de cacería, a quien inmediatamente encararon el hecho, diciendo: “Pucunero, estamos seguras de que te acabas de devorar a nuestra abuela, así como te comiste a tu propia madre”. Negando la fechoría, Pucunero, contestó: “Eso no es verdad. ¿Dónde la hubiera hallado para comérmela si acabo de llegar de cacería?”

Pero, incriminándolo aún más, le propusieron: “A ver, ven acá para revisarte las ranuras de tus dientes”.

“De ninguna manera, amigas –insistió, Pucunero–. Cómo se les ocurre pensar que me comería a vuestra abuela”. Muy a pesar de su negación las mujeres atraparon al sedicioso e intentaron revisarle los dientes, pero éste cerró firmemente la boca. Entonces, tomaron un tizón de su fogón y quemaron su barbilla a fin de que enseñase sus fauces. Y mientras estaban afanados en la controversial investigación observaron una hormiga salir de un hoyo, cargando una partícula de carne, por lo que exclamaron: “¡Lo dijimos! Tú te devoraste a nuestra abuela, maldito. Porque la carne que lleva esa hormiga es la de ella”.

Mientras tomaban sus mazas para matar a Pucunero, éste se escurrió de entre sus manos y se escabulló en el orificio que preparó, huyendo ante ellas.

Aamúpiváa ihjyávú ióómíñe íityáállé íjtsaméiyi íjyácuñuhíjkyánáa Llíjchuri wajtsijucóó llíiñájaátu, áabekéváa uhbájúcoomúpi: “Llíjchu, úhaca íveekí múhpí ityáálleke u dójucóó, díítsííjuváa íjkyárólleke u dóóbeé”.

Aanéváa tóónuube nééhi: “Tsáhaá. Muhdú, kiá íjkyálleke ó doó ámúhpí ityáálleke, llíiñájaatu o wájtsííbe”.

Árónáacáváa éhniíñevúré iúhbáne neemúpi: “Áyu, cána ííllevu dicha uke muhpí díhwáñe me ííteki”.

“Tsáhaá –neebéváa tsiíñe –. Muhdú íjkyálleke ámúhpí ityáálleke o dóóne ámuhpí oke mé waabyúhi”.

Árónáacáváa iékéévéne dityépí dííbyé ihjyu ííterónáa cohpéwu úmúúveébe. Áánéllihiyéváa cújúwayu iújcúne dííbyé kéjtuhi áñóyóhcomúpi. Aaméváa tééneri choíhchóí íjkyánáa miiñíují éécówúuma páhejútú ijchívyéíñu turútúru, áabekéváa iájtyúmíne wáníjkyámeímúpi: “¡Teenéjuco muurá áánu taalléro éécó tsájtyene! ¡Muurá idyé muhpí me néé u dóóneé!”

Ehdúváa iñééne ícanúbáooúcuri illíihyánu Llíjchuríké dityépí ékéévérónáa iiváa páheju icóévhéjuri úcááveíñuube ííñújí pañévújuco, tsúúca waábe.

• EPISODIO XVII •

PUCUNERO ATRAVIESA EL PIÑAL HECHIZADO



• EPISODIO XVII •

LLÍJCHURT CÚDSÍÍBAJ† PÁJTYENE

Imposibilitadas de vengar la muerte de su nana a manos de Pucunero, las jóvenes tamizadoras conjuraron un hechizo, bailando: "Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre. Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre". De rato en rato, llamaban, diciendo: "Pucunero, ¿está ahí?". Y él, aun con voz firme, contestaba desde su escondite: "Aquí estoy".

Entonces, reanudaban su cántico esotérico: "Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre. Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre".

Así fueron danzando y preguntando en reiteradas ocasiones para comprobar si el necio Pucunero había sucumbido ante el conjuro, pero el majadero contestaba tantas veces era preguntado disminuyendo la fuerza de voz.

Al cabo de unos minutos quedó callado, fingiendo estar muerto. Entonces las chicas festejaron el supuesto deceso de su contrincante, vociferando: "¡Qué bien que te hayas muerto, estúpido! ¡Mereces la muerte y algo más por haberte comido a nuestra abuela!"

Para constatar que realmente murió metieron una varilla al orificio por el que huyó, el cual este travieso ser untó con sus heces, dado que cuando las féminas la retiraron y husmearon el extremo había allí un olor nauseabundo que evidenciaba su muerte. Entonces se alegraron, diciendo: "¡Bien hecho, maldito! ¡Mereces morir por haberte devorado a nuestra abuela, maldito!"

En seguida, las chicas cavaron el lugar que creían se hallaba el cadáver de Pucunero. Pero cuando retiraban la tierra perforaron el lugar donde se encontraban los restos del supuesto occiso, quien aprovechando sus distracciones escapó raudo, antes que lo atrapasen. Entonces una de ellas exclamó: "¡Ay, hermana mía, se nos escapó! ¡Este adefesio nos ha tenido como unas tontas!"

Uniendo sus poderes ambas hechizaron su derredor, diciendo: "Que todo lugar se convierta en piñal, piñal y más piñal". Al instante todo el bosque en derredor de Pucunero se convirtió en un impenetrable piñal, lo cual dificultó la falaz huida del empedernido infeliz. Allí otra vez Pucunero se ponía a lamentar su suerte: "¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!"

Aanéváa mihéérájiméewamúpí iityáálleke Llíjchuri dóóné allútú muhdú dííbyeke imyéenúityúrónéllií illuréjuko ipityuutsóné dityépí wáhtsíne: "Llíjchuíhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye. Llíjchuíhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye". Áánemáváa: "¿Llíjchu?" –díllohíjkyamúpí. Áámúpíkéváa: "Óo" –tsíjpánécoba áñújcuube téhejú pañétu. Áánélliíhyéváa tsiiñe wáhtsihíjkyamúpí: "Llíjchuíhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye. Llíjchuíhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye". Áánemáváa tsiiñe díllohíjkyamúpí. Ehdúváa píváijyúvá iwáhtsíneri ijtisúcunúpí dííbyeke illíhyánuíñe, áánemáváa tsiiñe iwáhtsíne idyé tsiiñe díllohíjkyamúpí. Aanéváa píváijyúvá iwáhtsihíjkyáné níjcáuvu dityépí díllone ikyóhbodu áyájkéwúuri áñúcuhíjkyáabe.

Áánépiinéuváa tsáhájuko dibye áñujcújúcootúne. Áánélliíhyéváa: "¡Téhdúwuújuco u dsíjivéné, múubé nehníjyaúhaja! ¡Taallérokéne u dóóbe tsúúca ú dsíjivéjucóóhií!" –iñééne ijtisúcunúpí tsúúca dibye dsíjivéjucóóne, áánemáváa úmehéiyi nájcomúpí, aaíváa iñámeri dówáchuhjácoóbe, aanéváa iárahjúcúne ímíjyúvemúpíré nééhií: "¡Téhdúwuújuco u tóócune, múubé nehníjyaú, taalléroke u dóóbeé!"

Aamúpíváa Llíjchuri iñújí déjucovú dityépí pítyúútsóneri tsúúca dsíjiveebe tóócune iwáábyúne tsehdíjyucóóhií. Aanéváa dibye íjyahéjú tséhdimúpí tsátsii cáváriúcúnetu Llíjchuri iñújí déjucováa tsúúca úmivájucóó dityépí tsáváhréi dííbyeke iékééve dsíñérónááca. Aanéváa tsáapille iñáálledi wáníjkyámeíhi: "¡Áadíjyuco, muúlle! ¡Néhnihívaabe illure meke álliñúhi!"

Áánélliíhyéváa tsamúpíjuco: "Ahdíkyane cúdsíibají, cúdsíibají, cúdsíibají" –pítyúútsóneri cúdsíibají rááutúné Llíjchurí úniu pívyetéhi, ááneríváa tsáhájuko dibye pívyetétú iñújí déjucováa tsátsihvu iñyocúuvéne dibye tsiiñe táméhíjkyáne: "¡Ooréhdené wáhááke o dóóne úupíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehíjí oke patyéhíjkyáhi!"

Aanéváa Mihéérájiméewamúpí: 'cúdsíibají, cúdsíibají' –pítyúútsóneri íhjyaváa tsíhyulle páneere báju pívyeté cùdsíibajívu, ááneríváa tsáhájuko tsuhjivahíváneri Llíjchuri pívyetétú kiávú ipyééneé. Aabéváa ítyollíjyú icáwayácóneri pehíjkyá choocówu tééjí pañé.

Tsájcoojíváa ehdu pehíjkyáabe cábúúveté tóónódivu, áábekéváa neébe: "Oke, ihdyu, muube, óvíjyuco íñe cùdsíibají pajtýétso".

Áábekéváa tóóno nééhií: "Muúbe, muhdú múijyú cùdsíibají u pátyéíbyejíí eene ú pehíjkyáhi.

Cuando las Tamizadoras conjuraron el piñal toda aquella montaña se cubrió de un gigantesco piñal impenetrable que cubrió vastos y extensos territorios, lo cual impedía que Pucunero pueda moverse fácilmente. Entonces, acudió a su pucuna como único medio de transporte, cuyo orificio usaba como viaducto para moverse lentamente dentro el piñal.

Un día, mientras viajaba con dificultad, se encontró con la perdiz tinamú, a quien solicitó ayuda, diciendo: "Amigo, hazme cruzar este gran piñal, por favor".

Muy sorprendida, el ave contestó: "Amigo mío, no te ilusiones en querer cruzar este extenso piñal, pues nunca podrías alcanzar el otro lado. Súbete sobre mí para ver si podría ayudarte. Pero te prohíbo abrir los ojos durante el viaje, amigo. Si desobedeces nos caeremos, al instante".

"Está bien, amigo mío" –se alegró momentáneamente Pucunero. Acomodándose en la espalda, Pucunero y el tinamú alzaron vuelo hacia el horizonte. Pero, sintiendo vértigo no muy lejos de allí Pucunero abrió sus ojos, cayendo ambos a tierra.

"¿Por qué abriste los ojos? –Le amonestó el tinamú– Te advertí que no lo hicieras. Por tanto, hasta aquí te puedo ayudar, amigo".

En recompensa de aquella ayuda, Pucunero extrajo de su morral el pito de su extinto padre y creó la cabeza del tinamú. Como el ave no sabía de qué se trataba el extraño regalo, preguntó: "Amigo, ¿y qué haré con esta cosa?"

Entonces, Pucunero le explicó, diciendo: "Pues, cuando veas germinar los sembríos soplarás el silbato para fecundizar la tierra en beneficio de ellos".

Reanudando la lenta y azarosa travesía, usando su pucuna como único viaducto, un día se encontró con el pájaro carpintero imperial.

Cuando el pájaro lo vio, le confirmó sus preocupaciones: "Amigo mío, las probabilidades que logres llegar al otro lado son muy remotas".

Entonces, Pucunero le rogó, diciendo: "Amigo, teniendo en cuenta que no tengo otras posibilidades, ayúdame a cruzar, por favor".

"Creo poder ayudarte –le consoló el carpintero–. En ese sentido, súbete ahora mismo sobre mis hombros para cruzarlo; pero te sugiero que no advertirás el viaje. Si abres los ojos, caeremos. Durante el trayecto llegaremos a mi primer manguaré del sonido pausado;

Ííllevu táhallúvú diikya uke o pájtyétsoki. Árónáa, ihdyu, me wááménécooca dihtécunúdíñe. U #itécunúhajchíí máákítayeéhi”.

“Juúju, muúbe” –áñújcuubéváa Llíjchurí ímíjyúúveebére. Aabéváa tóónó allúvú néríiyéébema tsúúca wáámenéjúcoomútsi. Aamútsiváa wahájchotáréi wááménénáa Llíjchurí #itécunújucóohíí, áánemáyéjucováa tsúúca dityétsí áákityéné baavújuco.

“¿éveekí ú #itéhi, bádo? –úhbaabéváa tóóno dííbyeke –. Muuráhjané uke o néé u #itétuki. Ahdíkyane óvíi íchihvúré uke o púaabóhi”.

Ehdúváa tóóno Llíjchuríké píáábónéllií ícahpáyú pañétú cááníúvú vojvóú iújcúne niwáúúnuube dííbyeke. Aabéváa muhdú teeu imyééníútyúrónéllií dííbyeke dillóhi: “¿tínáami, muube, íneeri ó méénuúhi?” Áabekéváa Llíjchurí úwaabóhi: “Ihdyu, bajtsóhé úmíwáávecooca tééuri iíñuji ú naaméménuú ‘vóó, vóó’, ááneríjyuco bajtsóháñé imíwu iíñeiíñé”.

Átsihdyúváa tsiiñe idyé choocowu ítyollííjyú icáwayácóneri #htsútúnetu cúdsííbájíjipiíne péhíjkyaabé tsájcoojí úújeté tóhmibádívu. Áabekéváa tóhmiba iájtyúmíne nééhií: “Muhdú, ñama, müijyú éhnéjcvu u úújetéííbyejíí eene ú pehíjkyáhi”.

Áánélliíhyéváa Llíjchurí nééhií: “Ané óvíjyuco oke, muube, pajtyétso”.

“Juúju –neebéváa tóhmiba –. Ané ííllevu táhallúvú diikya me péékií. Árónáa, ihdyu, dihtécunúdíñe. U #ítéhajchíí máákítayeéhi. Aamútsí me péémutsi tujkénú mé úújéteé tajcúumú abájcúúmuvu, aamu ó áámúteé ‘wawawawa’; árónáa tsáhái u #ítétyúne. Átsihdyu tsiiñe cádúúdáhori me péémutsi tsíimu tajcúumú abájcúúmuvu mé úújéteéhi, aamu téhdure ó áámúteé ‘wawawawa’; árónáacái téhdure tsá u #ítétyúne. Átsihdyu, ihdyu, tsiiñe cádúúdáhori me péémutsi nihñéré mé úújéteé tajcúumú ímíámuvu, aamu ó áámúteé ‘tocóróóróó’; áijyu botsíyéí ú #itécunuúhi. Állíkyóhreva múúne u néébe, tsáma oke llééboco”. “Juúju –áñújcuubéváa Llíjchurí –. Tehdújuco, muúbe”.

Aabéváa dííbyé allúvú néríiyéébema tsúúca wáámenéjúcoomútsi. Aamútsiváa, dibyéváa néhdu, úújeté tujkénúemu ijcúumú abájcúúmuvu, aamúváa tóhmiba áámuté ‘wawawawa’; aanéváa Llíjchurí cahcújtsó tsá #itétune. Átsihdyúváa cádúúdáhori wááménemútsí úújeté tsíimu ijcúumú abájcúúmuvu, aamúváa idyé áámutéébé, ‘wawawawa’; tsá téhdure Llíjchurí #itétune. Átsihdyúváa tsúúcaja cádúúdáhori wááménemútsí úújeté nihñéemúvu, aamúváa áámutéébé: ‘tocóróóróó’.

cuando lo entone, “toc, toc, toc”, aun no abrirás los ojos. Inmediatamente alzaremos vuelo en vaivén y llegaremos a mi segundo manguaré, del sonido pausado, el que también tocaré, “toc, toc, toc”; pero, aún no abrirás los ojos. Finalmente, después de un vuelo prolongado en vaivén, llegaremos a mi manguaré predilecto, el que entonaré, “tun, tun, tuunnn”; allí sí podrás abrir los ojos, amigo. Por lo pronto te ruego que obedezcas mis advertencias; pues, tienes fama de ser un necio empedernido”.

“Trato hecho –se alegró Pucunero–. Así lo haré, amigo”.

Accurrucando su enjuto cuerpo sobre la espalda del pájaro carpintero, los insólitos amigos alzaron vuelo con destino a lo porvenir. Y como lo había advertido llegaron a su primer manguaré del sonido áspero, el que el pájaro tocó, “toc, toc, toc”; pero Pucunero, muy obediente, no abrió los ojos. Alzando nuevamente el vuelo en vaivén, llegaron a su segundo manguaré del sonido áspero, el que también tocó, “toc, toc, toc”; y el Pucunero siguió sin abrir los ojos. Finalmente, después de un largo viaje en vaivén, llegaron al lugar de su manguaré favorito, el que entonó, “tun, tun, tuunnn”. Allí Pucunero abrió los ojos e inmediatamente ambos se precipitaron y cayeron a tierra. Con gran éxito cruzaron el piñal. En agradecimiento a la gran ayuda recibida del pájaro carpintero imperial, Pucunero le obsequió el hacha de su finado padre, no sin antes instruirlo: “Amigo mío, con esta hacha extraerás los suris y yuracsuris de los agujes de la gente y te alimentarás con ellos”.

Además del hacha, también le obsequió la corona real de su difunto padre, la misma que se observa atractiva sobre la cabeza del carpintero imperial.

Con esta corona el pájaro reconoce y anuncia si una mujer embarazada dará a luz una niña; así mismo, reconoce y anuncia si la mujer alumbrará un hijo varón, modulando sus cánticos de acuerdo a cada hallazgo.



Átsihyúváa botsíyéi Llíjchurí fítécunúnetu áákityémútsí baavújuco, tsúúca cúdsíibají pajtymútsi.

Ehdúváa tóhmiba Llíjchuríké pírábónéllií ájcuube cááníuvú uwáájívu, áánemáváa úwááboóbe: “tíjíri, peñu, míamúnáá ajpáhyebááné ájpakye, újtsuúmuke u wágójcóné ú dohíjkyááhi”.

Téhduréváa cááníuvú cheerépájtsí píkyoobe dííbyé níiwáutu, aanévá múúne tóhmibá níiwáá allúrí imíwu cháhiíwa. Ááneríjucová múúne dibye ‘cheerere, cheerere’, wáájacúné wálleeké míamúnaa tsíimáváíhajchííjyu; áánetúvá ‘cujtubére, cujtubére’, waajácuube ditye wájpiikye tsíimáváíkyoóca.



• EPISODIO XVIII •

PUCUNERO Y LA MUJER DEL OSO HORMIGUERO

Cierto día, mientras viajaba bajo la infinita selva, Pucunero halló un oso hormiguero que, junto a su esposa, extraía suri de un aguaje. En tanto el vermilingua estaba afanado en la extracción de las grasosas larvas, Pucunero aprovechó en cotejar y enamorar a su ingenua mujer. Entonces, ella le advirtió sobre lo peligroso que era su esposo, diciendo: “¿Tienes el suficiente poder para ir contigo, acaso? Y si acaso no, entonces no iré contigo; porque el oso hormiguero es sumamente poderoso”.

Pero, tomando en poco la sugerencia de la mujer, Pucunero, contestó: “Creo tener suficiente poder como para llevarte, sin problema alguno”.

Concebido el idílico plan, Pucunero tomó a la esposa del oso hormiguero y se marchó con ella lejos de allí. Tras el incidente el inocente oso hormiguero, después de extraer los gusanos, buscó a su esposa, pero no la halló por ningún lado

Y para ocultar el camino que tomaron Pucunero condujo a la mujer por el lecho de los ríos, por la médula de las huacraponas, y por la médula de los árboles; y otra vez por debajo de los ríos, por la médula de las huacraponas, y por la médula de los árboles. Conduciéndola por estos mal pasos Pucunero creyó ocultarla ante una eventual persecución del oso hormiguero. Llegando lo más lejos posible levantaron una casa de doble fondo, usando como soporte la parte más madura de los tallos de la huacrapona, para impedir cualquier incursión de algún enemigo traicionero.

Enterado el Oso hormiguero, mediante sus poderes, de que Pucunero huyó con su mujer, emprendió la persecución. Y para saber el camino que tomaron en la huida armó un cigarro con el tabaco de su sortilegio, cuyo humo le condujo por el lecho de las aguas, camino que siguió, sin vacilar. Cuando volvía a soplar el humo le guiaba por la médula de alguna huacrapona, derrotero que asumía con prontitud. Otra vez soplaba, y esta vez el humo le enseñaba el paso por la médula de los árboles, persecución que quizá duró muchas lunas. Despues de mucho caminar el oso hormiguero un día llegó al lugar en que los amantes se habían establecido. Cuando halló el nido de amor de los embelecos, el rastreador comenzó a dar vueltas sobre la casa, cantando: “¡Comiendo izulillas, comiendo izulillas ha venido el oso hormiguero! ¡Como, como, como si se viniera a tocar trompeta del huambé!”

Al tiempo que el oso hormiguero cantaba, el conjuro de su brujería penetraba hasta los

• EPISODIO XVIII •

LLÍJCHURÍ ÍJJÚ TÁÁBAKE PÁÁRANÚNE

Tsájcoojíváa tsiiñe pevénéré bájú lliiñe péhíjkyáabe úújeté iiju méwama ájpáhyeba dóhíjkyámútsidívu. Aanéváa iiju ájpáhyébá wagójcori íjkyane iúvanúne tsúúca dííbyé táábake Llíjchurí paaránújucóóhií. Áabekéváa neélle: “Ihdu, u fítsútúhajchíí oke tsajtye. Áánetu fítsú u néhajchíí tsá úúma o pééityúne. Muurá apííchoobe iiju”.

Aanéváa ehdu dille nééne icájcújtsótúne díílleke Llíjchurí áñujcúhi: “Mu, ihdu ó fítsútúhajchíí, téénéllií uke ó tsájtyeéhi”.

Ehdúváa Llíjchurí íjjú táábama iihjyúvájcatsíñne tsúúca dííllema úmívájucóó tsíhyullévu. Ááné boonéváa iiju ájpakye idyóóne iñíjkévéane méwake néhcoráhi, árónáacáváa tsáhájuco dille íjkyatúne.

Aanéváa kiátú dityétsí pééne iiju iwáájácútu Llíjchurí dííbyé táábake tsajtyé móóá déjúcotu, áálláhéjpiñétu, úmehé íbbútu; tsiiñe móóá déjúcotu, áálláhéjpiñétu, úmehé íbbútu. Ehdúváa díílleke itsájtyéneri iítsúcunúubé múijyú iiju diityétsikye ájtyúmítyúne. Aamútsiváa tsíhyullévú iwájtsíne ánúmeí míjihócú ihjyá mijcohó íkyohpétsii áálláhewáánetu, múha muhdú iúcáávétuki.

Ááné boonéváa iiju Llíjchurí ítyáábake pááranúne íapííchojtééveri iwáájácúne úraavyéjucóó diityétsikye. Aabéváa íwaajácú bañewá idyóvihiyíkyúne uubókyunújucóó kiávúhjáa dityétsí pééne iwáájáucki, ahdújucováa dibye úubócunúne ójtsó pehíjkyá móóá lliiñétu, ááneríjyucováa dibye móóá pájtyene. Átsihdyúváa tsiiñe dibye úubókyunúné pehíjkyá áálláhé íbbútu, ááneríjyucováa idyé dibye péhíjkyáne. Tsiiñe dibye úubócunúne ójtsó pehíjkyá úmehééne íbuúnetu, ááneríjyucováa téhdure dibye úráavyehíjkyáné diityétsikye. Aabéváa múhajchótá iúráavyehíjkyátsihdu wajtsí dityétsí íkyátsihvu. Aanéváa tsúúca diityétsi jávú iwájtsíne iwáájácúne ílluréjuco dibye májtsiváné, tééjá allúrí patsípátsí péébere: “¡Cohtsíhyówuúmuke, cósitsíhyówuúmuke dóóbere iiju tsajúncúhi! ¡Oráá, oráá, órájú páájí múu Llíjchúcunúvádu!”

Ehdúváa iiju májtsiváné tujkéveri diityétsikye dííbyé miívájú búuuvé apííchowu íbbuwááne. Áánéllíihyéváa iiju taaba Llíjchuríké nééhií: “Muuráhjáa uke ó neerá fítsútuube iiju íjkyane, aanée oke u cáhcújtsótúne u tsíválleke muurá oke lliihyánúiíbye”.

Árónáacáváa ehdu dille nééne ityáhjálléne Llíjchurí áñujcúhi: “Tsáhaá. Tsá muhdú uke dibye méénúityúne.

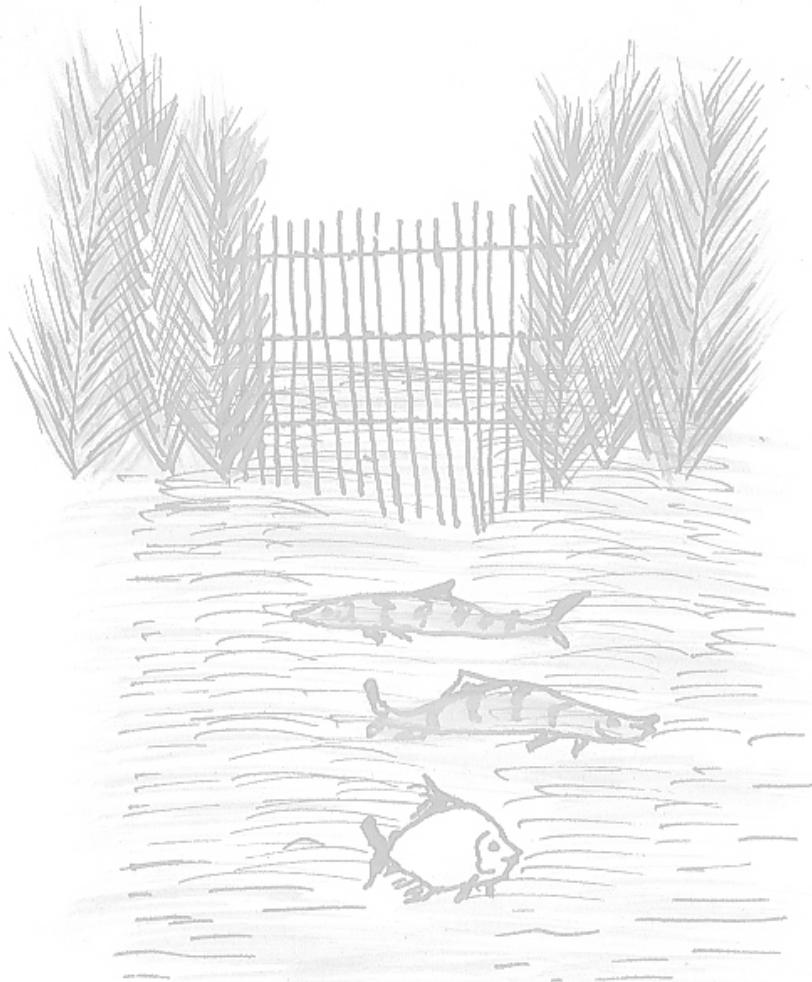
tuétanos de la pareja. Y muy asustada con la inesperada presencia del mortal oso hormiguero, la mujer amonestó a Pucunero, diciendo: “Te dije que el oso hormiguero era muy poderoso, y sin oír mis advertencias me trajiste hasta aquí para que me mate”.

Pero, desobedeciéndola una vez más, Pucunero, contestó: “No digas eso, mujer. Él no te hará ningún daño. Las paredes de nuestra casa son muy seguras, y no creo que pueda traspasarlas”.

A continuación, escucharon que el oso hormiguero rompía las paredes de la casa y penetraba en ella, sin ningún problema. Entonces, Pucunero intentó proteger a la mujer ciñéndola fuertemente sobre su pecho, pero el atacante la escurrió de entre sus brazos y la desolló hasta matarla. Consumada la venganza contra la desleal mujer, el oso hormiguero emprendió la huida con rumbo desconocido.

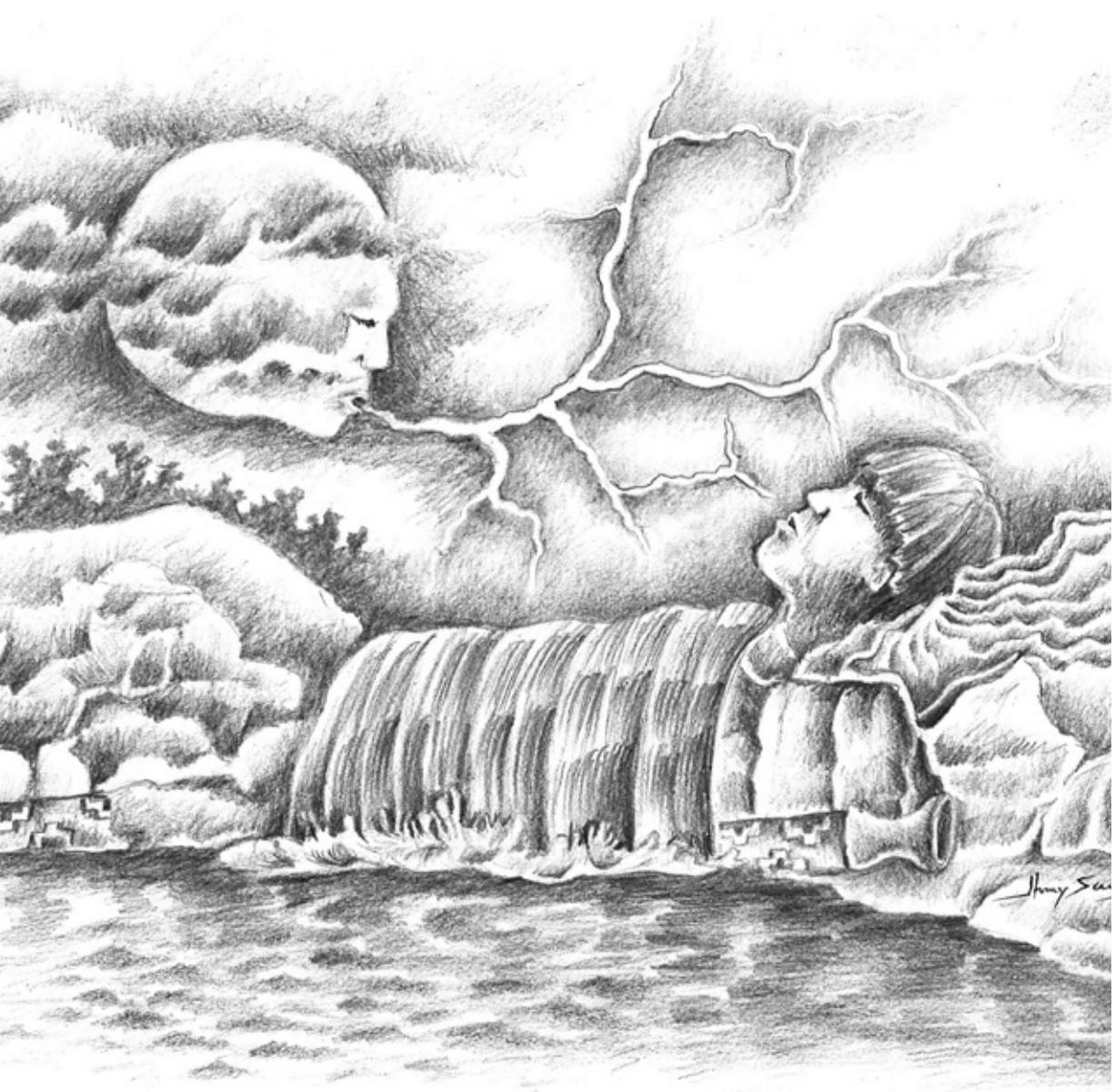
Este conjuro era usado por los antepasados bora para hechizar a aquella mujer que, abandonando a su marido, se marchaba con su nuevo pretendiente, en cuyo poder la mujer no tardaba en morir a consecuencia de algún mal.

Muuurá cóhpé mehjá míjcohó néénetu muhdú pajtyéíbye". Árónáacáváa lleebójúcoomútsí míjcoho varívári iiju dóváájcoobéré tééjá pañévú úcaavéjucóone. Áánélliihyéváa Llíjchuri díílleke ípañévú ámabúcurá dibye iiná imyéénútuki, árónáacáváa dííbyé pañétú iwámítóúcúlleke dóváajcároóbe, áállekéváa illííhyániúñúne tsúúca úmivájúcoóbe. Ááneríváa úmíijjté ihdémúnáaúvú pítyúútsohíjkyá tsáápille walle tsíjipiima wájpiima ítyájike iúújeíñúne úmíválleke. Aalléváa béebe ítyájí ójtsí pañévú ffícúye dsíjívehíjkyáhi.



• EPISODIO XIX •

PUCUNERO TRANSFORMA LA SACHAPAPA



• EPISODIO XIX •

LLÍJCHUR† CÚNIIU TÚTÁVAJTSÓNE



Cuando Pucunero reanudaba su infinito viaje por los agrestes bosques, después de los sucesos con la esposa del oso hormiguero, un día llegó a divisar la humareda de una blandengue fogata, sobre la cual había una sachapapa muy bien asada, mientras alguien pescaba con barbasco un arroyo cercano, chapoteando: 'jum, jum, jum'. Era el humilde unchala quien emitía los sonidos mientras pescaba la quebrada. Y como el hambre linchaba las entrañas de Pucunero, cogió la sachapapa y se la comió todita. En seguida, aligeró sus pasos para no ser sorprendido por el unchala.

Cuando el unchala terminó de pescar no halló su sachapapa donde la dejó, la cual era su esposa. Muy preocupado con su desaparición, husmeó el lugar, llamándola: "Mi Sacha, mi Sachapapa, ¿dónde estás?" Y ella, desde las entrañas de Pucunero, apenas, contestó: "¡Aquí estoy!" Entonces, el unchala comenzó a perseguir, llamándola: "Mi Sacha, mi Sachapapa, ¿dónde estás?"

Como el persecutor se acercaba vertiginosamente, Pucunero intentó eludirlo emprendiendo una veloz huida; pero la unchala era más vertiginosa que él y se acercaba peligrosamente a capturar a Pucunero para recuperar a su esposa, la Sachapapa.

Muy pronto, Pucunero no tuvo otra opción más que regurgitar toda la sachapapa que acababa de comer, vómito que dejó regando por todos lados.

Cuando el unchala llamó a su esposa Sachapapa, ésta le contestó desde la retaguardia. Entonces, dejando la persecución, regresó a donde había escuchado la voz de su esposa y vio esparcido por todos lados el vómito de la sachapapa que Pucunero acababa de regurgitar. Juntando el vómito el unchala formó una nueva sachapapa de consistencia gelatinosa.

Antes de este suceso la sachapapa tenía una consistencia uniforme y arenisca, hasta que el unchala la convirtió en una sachapapa gelatinosa cuando juntó el vómito del pícaro Pucunero.

Exhausto, Pucunero se sentó en un lugar y nuevamente se puso a lamentar su mala suerte: "¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!"

Hiúváa méwake Llíjchuri nániíñulleke dííbyé pañévú llíhyánúné boone idé tsiiñe Llíjchuri bájúháñeri ájyábaúvuma péhíjkyabe tsáijyu iitécunúté cújuwa ámopákyoúcunúne, áawá allúriváa cúniiu imíwu báábau wátyuúcunúhi, áánáacáváa tsaate tétsihjídú teehi íjkyahi wákyuume 'juú, juú, juú', támácohíjkyáhi. Ihdyúváhacáa cóhta teehi wákyuube eedu támácohíjkyáhi. Aanéváa Llíjchuri ájyábaúvuma íjkyabe diityé cunííu iékéévéne majchójucóóhií, áánemáváa ellévújuco dibye pééne, dityéi dííbyeke túvááótúné ajchóta.

Aanéváa cóhta iwákyuhíjkyátsihjídú tsáabe iitévará tsáhájuco ícunííu íjkyájúcootúne. Ihdyúváhacáa teeu cúniiu dííbyé taába. Áállekéváa: "¿Tácu, tacunííu, kiá uú?" –dillójúcoóbe. Áábekéváa: "Áo" –áñújcuu tsíhyullétujuco, Llíjchuri ihbáu pañétu. Ááneréjucováa cóhta újcuíñúné: "¿Tácu, tacunííu, kiá uú?" –dillloobére.

Aabéváa cóhta méwake cúnííuke úraavyéjucóóhií. Aabéváa Llíjchurídívú pííhínéllií éhniíñevúi dsíínerobéíkye, árónáacáváa cóhta lleeváwu néébe áánúréjuco tsúúca dííbyedívú wajtsíjucóóhií.

Aabéváa Llíjchuri íuujéturéjuco ávyeta pávyeenúubé íjkyánéllií illuréjuco cúniiu imájchoróné illímútuhcúné tétsihjívú wáchájaavéhi.

Aabéváa cóhta tsiiñe méwake: "¿Tácu, tacunííu, kiá uú?" –dillónéllií: "Áo" –áñújcuu idyéjutréjuco. Áánélliíhyéváa ióomíñne iitécunúteebe patsíhjivárí Llíjchuri illímutúhcú cúniiu wáchájaavéne. Aanéváa chooco ipíhkyúne tsiiñe páuúvétsoobe mééváúcobáréjuco. Tééné ihdéváa cúniiu dáárfuúvú íkyahíjkyáhi, áánetúváa Llíjchuri imájchóne illímútuhcúné cóhta ipíhkyúne béhnétu páuúvétsoobé mééváúcobáréjuco cúnííu.

Aabéváa Llíjchuríméí pávyeenúubé tsátsihvu iácúúvéne wáyééveebe tsiiñe támeíhjkyáhi: "¡Ooréhdené wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhjkyáhi!"

• EPISODIO XX •

LA INUNDACIÓN DE LA TIERRA

Retomando su frívolo viaje por los bosques, Pucunero una mañana llegó a una maloca que pertenecía a los hijos del Creador de la Tierra. Cuando los caciques lo vieron, le preguntaron: “¿De dónde has venido tú, que tienes fama de ser embustero? Por estos lugares se sabe que te convertiste en el amo de la futilidad como resultado de haberte comido a tu propia madre. Entra y comer algo, tal vez tienes hambre”. Al sentirse bienvenido, entró en la maloca y se puso a comer los potajes que las dueñas de casa le sirvieron.

En aquel mismo instante el curaca de la maloca, junto a sus súbditos, estaba librando una descomunal batalla contra las malévolas orugas del Árbol de la Irascibilidad. Durante esta lid una oruga había herido un de los ojos del Incubador de los Huevos del Colibrí, con quien Pucunero fue a vivir por un tiempo.

Cierto día, Incubador de los Huevos del Colibrí atrapó un ave montete en su trampa de palmas, al que, después de cocinarlo en su caldo de yuca, se lo comió superficialmente, cuyos restos entregó al hijo de la perdición para que se los arrojara muy lejos de casa. Cuando Incubador de los Huevos del Colibrí entregó los restos en sus manos, le exhortó diciendo: “Pucunero, te prohíbo tocar estos huesos; pues la gente habla que tienes fama de necio. Arrójalos muy lejos y regréstate pronto. Obedece mis órdenes, por favor”.

Tomando la olla que contenía las sobras del ave, Pucunero corrió tras el camino de la montaña para arrojarlos lejos de la maloca. Pero más pudo el pecado que el temor a la obediencia que, en plena ida, vio los huesos grasosos y apetitosos: vil tentación irresistible que dilapidó su coraje. Entonces, dijo: “¿Qué le habrá motivado para deshacerse de estos huesos grasosos y carnosos?”

Conjeturándose así, se sentó a comerlos. Y como iba comiendo mordió la epífisis del hueso de la pierna, de cuyo interior emanó abundante agua que Pucunero intentó beber, creyendo acabarlo; pero el agua siguió emanando. Entonces, por segunda vez, intentó beberlo, hasta el hartazgo.

Como el chorro del agua se incrementaba cada vez más lo hincó en la tierra, creyendo detenerlo, pero el agua siguió brotando más, lo cual empezó a inundar el lugar. Y sobre cogido por el insólito caso corrió a casa y dio aviso a Incubador de los Huevos del Colibrí, diciendo: “¡Amigo, aquellas aguas están inundando la tierra!”

• EPISODIO XX •

LLÍJCHUR† CÁÁJÁNEBA DÓHEJÚRÓNE

Áánéhjí boonéváa tsiiñe Llíjchur† bájúháñeri úúpíyívyeebéré péhíjkyaaabe tsájcuuvénetu úújeté tsájaávu; ihdyúváhacáa Pívyéébéktsiiméne ja teéja. Áájamúnaáváa iájtyúmíibeke dillóhi: “¿Aca kiátu eene u tsáá állíkyóhreva múúne u néébe, díítsííjuuvukéváa u dóóne úúpíyí aabájaabe u íjkyáabe? líllevu tsááne majchóva; úubá ájyábaúvuma”. Ahdújucováa tééjavu iúcáávéne diityé taabámú keévane mágchoóbe.

Aaméváhacáa tééja múnaa téijyu íkyuwáábema úmécóheri náhne íjkyámema múnáátsójcatsíhi, áámedítyuváa tsaapi náhnei Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábeke aamú íhyálluu vójojnécu, áábemáváa ihjyávú Llíjchur† óíívyeiñú dííbyé úníri iíjkyaki.

Tsájcoojíváa Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábé áácurúikye idyáhperi iúúvetsóóbeke ityúúne állúháñéré dóóhií, ááné boonéváa tébajcújvu ájcuube aallíkyójtsiiméneke dibye iwáágóotéki. Áábekéváa teene iújpavu iájcúne néébe: “Llíjchu, állíkyóhreva múúne u néébe, tsáma dómájcodí íbajcúj. Ŧicuí wáágóoténe tsaáco. Oke, ihdyu, óvíjyuco lléeboco”.

Ahdújucováa tébajcúj llíyíllori íjkyane Llíjchur† iékééveiñúne dsíñne iwáágóotéki, árónáacáváa juuvájpíñevú iítécunúúbé teene imyéwu ujpa nééneé. Áánemáváa: “¿Aca íveekí áádi oke waagóotsó íbajcúj páheecójíré dúrúhvahívane íjkyane?” –iñééne, iácuúvéne dójúcoóbe.

Aabéváa tébajcúj dóóbere ícuuráyú dípíyuúcúnetu nújpakyo ijchívyéhi, aanéváa adójúcoóbe. Árónáacáváa éhnííñevúré nújpakyo ijchivýénéllií adóroobéi tsiiñe. Aanéváa éhnííñevúré nújpakyo ijchívyénetu ióovénéllií iíñújitu cámótyohjácoobe téjpakyo iíchívyétuki, árónáacáváa éhnííñevúré nújpakyo ijchivýéné tsúúca tétsii caajávetsóhi.

Ááneríváa iíllityéne dsíñnéjúcoobe ááhívu, áánemáváa neetéébé Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábeke: “¡Muúbe, ellétu cáájáneba tsááhií!”

Áánéllíihyéváa Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábé dííbyeke uhbáhi: “¿Acáne íveekí ú dómajcó ukéne ‘tsáma dómájcodíñé’, o nééneé?”

Árónemáváa Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábé, aallíkyójtsiiméné cáájáneba dóhejúróné iwáájácúne, Ŧicuí íacúúvewa cíúmuji íjkyáábé lliiñévú ímájchota iávohjácone iwáábyá iékééveiñúne nériivyéjucóó ihjyá úníutu páátuwáhyé íjkyáheri, áábe déjutúvané aallíkyójtsiiméné ihñéúúhoma nériivyéne. Aabévané dííbyé lliiñétu Ŧnááveté páátuwáhyé níjcaávu.

Como no cabía más regañadas, Incubador de los Huevos del Colibrí solo atinó a decirle: “Amigo, ¿por qué tocaste esos restos que te dije que no lo hicieras?”

Y sin hallar más solución al diluvio provocado por el hijo de la perdición, Incubador de los Huevos del Colibrí tomó algunas semillas de su sementera y las colocó debajo de su asiento, la tortuga charapa. En seguida tomó su hamaca y se subió en un pashaco que se hallaba en los alrededores de su maloca; y tras él subió también el hijo de la perdición, quien fue a amarrar su hamaca en unas ramas debajo de la posición de Incubador de los Huevos del Colibrí, en lo alto del pashaco. Mientras permanecían allí la tierra comenzó a inundarse, al tiempo que el cielo se cubría de tinieblas, lo cual impidió toda visibilidad para ellos.

En cierta ocasión Pucunero despertó y palpó partículas de casabe sobre su pecho. Y probándolos, dijo: “¡Vaya! ¿De dónde habrá conseguido comida éste intrépido, mientras permanezco aquí abajo durmiendo con mucha hambre? Ahora permaneceré despierto para saber cómo la consigue”.

Mientras el hijo de la perdición permanecía en vela oyó el conjuro que hacía Incubador de los Huevos del Colibrí, pidiendo sus alimentos: “Casabe, casabe, haz tu aparición. Casabe, cuya presa sea el antepasado de los yanayutillos”.

“Ah, sí. No hay duda de que sea esa la forma de su abastecimiento, mientras padezco mucha hambre” –murmurando, Pucunero invocó comida, por su lado: “Casabe, casabe, haz tu aparición. Casabe, cuya presa sea el antepasado de las sachavacas”.

En seguida, el almuédano oyó venir como un tornado la gran comida que consistía en un enorme ahumado del antepasado del clan huito, que es la sachavaca, sobre una plancha de casabe, llenándolo de gran pavor. Y mientras se sujetaba a su hamaca oyó pasar la enorme vianda que cayó en las aguas del diluvio.

Cuando el espíritu del diluvio creyó que los había tragado, después de matarlos con hambre en lo alto del árbol, empezó a decrecer y amanecer el día. Entonces Pucunero intentó ubicar a Incubador de los Huevos del Colibrí, pero nunca más lo halló.

Al bajar del árbol, con mucho cuidado, Pucunero vio cubierto de lodo todos los rincones de la maltrecha maloca, para hacer poco por ella. Entonces retomó su caminar sin meta, bajo los crueles bosques, como de costumbre.

Aamútsiváne téhulle íjkyánáa tsúúca ííñují cájávéné tujkéveri téhdure níjkyejí ííjyunúhi, áánerívané tsáhájuco iiná dityétsí pívyetétú iájtyumíine; ávyeta cúuvétsíí pañe íjkyamútsí tsá kiávú pívyetétú ipyééneé.

Aabévá aallíkyójtsiiméné Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábé Iliiñe iwáábyari cúuvétsíí pañe cùwahíjkyánáa tsáijyu ájkyeebe íjpíují allúrí dólloúcunú máhóúuháwuúne. Aanéváa imájchóne néébe: “ííkyaj! ¿Aca kiátú áánu iújcune májchónáa †veekí díibyé Iliiñe ájyábaúvuma tsanééré cuwárá ó ijkyáhi? Íkyooca tsá o cùwáityú, muhdú dibye újcune o wájácuki”.

Ehdúváa iñééne cùwátuubéréjuco aallíkyójtsiiméné íjyáculuhíjkyánáa lleebúcunúúbé Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábé májchota táúmeíñe: “Mááho, mááho dícha; tohnómujé †hdééjpidítyú lléhdótsámeíñé maaho dicha”.

“Juu, ehdúhaaca ityáúmeíñé dibye májchónáa †veekí ájyábari ó †cúbáhrámeíhi” – iñéénemáváa iiyéjuco dibye táúmeíñe: “Mááho, mááho dícha: cáátujé †hdééjpidítyú lléhdótsámeíñé maaho dicha”.

Ahdújucováa mááhó allúrí cáátujé †hdéejpi ócáií ijtóóbé ellétú mítyánécoba ‘joo’ tsááneri iíllityéne iwáábyavu dibye míñöríúvénáa díibyé úníutu pájtyénécoba áákityé ‘tobuj’ nújpákyó pañévu.

Aanéváhacáa cájáneba diityétsí úmehé níjcáuri íjkyamútsí tsúúca ájyábari tóócumútsí áákityéné iwáábyúne áraavéjucóóné téhdure tsítsiivéjucóóhií. Áánélliihyéváa Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábeke néhcóroobe tsáhájuco ájtyúmitúne; íhjyaváa kiávújucó dibye úmiváné díibyéjtane.

Ááné boonéváa chooco iñítyéne †teebe diityé jaúvú tsanééré ííñuba; muhdú idyé méénúiibye teéne. Átsihdyúváa idyé tsiiñe péjúcoobe bájúháñeri.



• EPISODIO XXI •

CREACIÓN DE LAS COLPAS A PARTIR DE LA GIGANTE CAZADORA

Cierto día, Pucunero llegó a una enorme maloca en la que halló dos agraciadas señoritas que tejían unos canastos de tamshi. Cuando las féminas vieron al inesperado visitante, dijeron: “¡Pucunero, qué sorpresa verte llegar! Por acá se sabe que te convertiste en Amo de la Futilidad después de comer a tu propia madre”.

“Así es, amigas –contestó el visitante–. Solo estoy de paso por aquí”.

Mientras el diálogo fluía amenamente, escucharon el sonido de una flauta que provenía de la espesura del bosque, el cual decía: “Maco, tun, tun, tunnn”

Entonces, las señoritas advirtieron al andariego, diciendo: “Es nuestra abuela, la gigante Cazadora; tenga mucho cuidado. Cuando te convide alguna parte de su cacería, tendrás que comerla rápido; si no lo comes inmediatamente, te quitará tu parte y se la comerá. Y cuando te diga: “Pucunero, tengo ganas de soltarme un pedo”, entonces te cubrirás con este nongo de nuestros sacrificios. Tú, que tienes fama de mendaz, obedece nuestras instrucciones, por favor. Si no cumples lo que te indicamos, te matará y te comerá”.

Momentos después, la gigante Cazadora entraba por la puerta de la maloca, resoplando su flauta, cuya figura descomunal impresionó sobremanera a Pucunero. El abundante mitayo, que traía a modo de aretes y collares, consistía en sachavacas, venados, sajinos, venados cenizos, entre otros animales. Y apareando toda esa opulencia bestial en las orejas y el cuello entró por la puerta y la dejó en media sala de la maloca, para luego chamuscarlos en una gran fogata echada con mucha rapidez.

Terminado el socarramiento, la gigante preparaba toda la carne e inmediatamente la cocinaba en el enorme nongo de sus votos. Cuando el singular timbuche estaba listo lo retiraba del fuego y convidaba a cada uno, según sus posibilidades. Completada la distribución alimentaria, la gigante tomaba una sachavaca y la metía en sus fauces, masticándola crujiente. Lo mismo hacía con los sajinos, venados y huanganas. Es decir, la gigante Cazadora comía las capturas en un santiamén y de un solo bocado. Cuando terminaba de devorar su gigantesca ración quitaba la ración de Pucunero y se la engullía raudamente, pues este nuevo comensal era muy lento para devorar su gigantesca presa.

Al siguiente día, la gigante otra vez se marchaba al bosque en busca de caza, resoplando su flauta: “Maco, tun, tun, tunnn...”



• EPISODIO XXI •

TAAVAMÉÉWAKE LLÍJCHURÍ ADÓWAVU PÍIVYETÉTSÓNE

Llíjchuríváa Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábe táávatu cáájáneba dóhejúróné áráávéné boone idyé tsiiñe pevé bájuri pehíjkyá muhdúváhjáa iúúpíyívyeíkyádu. Aabéváa tsájcoojoí cábúúveté bádsíjcájamúpídívú mítyájácoba jaari íjkyámúpídíu. Aamúpiváa dííbyeke iájtyúmíne nééhií: “Llíjchu, muhdívaabéami eene kiátú u tsáá. Díítsííjuúvukéváa u dóóne úúpíyí aabájaabe bájúháñeri úlleebéré u péhíjkyáábe”.

“Eée –áñújcuubéváa diityépíke–. Ihdyu, íchihjírí ó ulléhi”.

Aaméváa ehdu ditye íhjyúvájcatsíñáa lleebójucóómé chiiyóró: ‘Maacó dój, doj, doj, dóóó...’ –bájú pañétú íhjyuváne.

Áánéllíihyéváa úwaabójúcoomúpí dííbyeke: “Múhpí iityáállé Taaváméewá tsájucóohí, Llíjchu; wajácutí dííjyaco. Iámeke itsívámedítyú uke dille ájtsikyúné ūcúi ú doohí; ūcúi u dóótúhajchíí uke idyójtúcúne dóóille díjtyane. Téhdure, ‘Llíjchu ó nééboóhi’, uke dille néécooca íñe mé ūcúvē caráájívu ūcúi ú ávóóveéhi. Állíkyóhreva múúne u néébe, muhpí uke me úwaabóné u méénútúhajchíí uke illíhyánúúbeke dóóille”.

Aanéváa íchiiyóró Llíjchulléré Taaváméewá wájtsílleke ūtécunúúbé éhnétu mítyalle wálléhcoba. Áalle táávaváa ócájimu, níívúwamyu, méenimu, ííbamu, téhdure tsííñé iáme; aaméváa íikyáávédú, íñújuíñédú íjkyáméhjíma llééhówatu úcááveíñulle waaóvá píñnee jávu. Aalléváa ūcúi cójuwácoba imyéénúne tsójucóó páneere ijtyááva, áámekéváa páméhjikéré iúúne tújúcoolle ūcúvē carátsóójácobari.

Aanéváa tútácócoba báábane ipíñáonetu ūáákyúwamúpíke ájtsíkyulle mééníjcubáácvu tsáapillétsake, áánetúváa Llíjchuríké ájtsíkyulle níívúwájcubáu. Ááné boonéváa ócájikye iékéévébeke íhjyú pañévú Taaváméewá ipíkyóóne úmuuvé ‘muurumuru’; téhduréváa méenikye, níívúwake, míneébeke iékéévéne úmúúvehíjkyalle ūcúiye dohíjkyáhi. Aalléváa pámeekéré idyótsihdyu Llíjchuríké iájtsíkyuróné idójtúcúne úmúúvehíjkyá dibyéi chooco dóóne iúvanúnema.

Áállécobáváa idyé tsíjkyoojoí llíiñájaavu pehíjkyá íchiiyóró: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –Llíjchullére. Ehdúváa pajcóiójiváré Taaváméewá llíiñájaavu ipyééne táávane téhdure dohíjkyáme.

Tsájyúváa Taaváméewá: “Llíjchu, majói me cóóvatéki” –dsíítsohíjkyá Llíjchuríké coóvu. Aalléváa kiijyécoba iíllótúné ihde: “Llíjchu, étsihvu dítsííve” –dííbyeke nehíjkyáhi.

Cuando regresaba, con gran cantidad de animales, el imperecedero festín de convidar, quitar, engullir y comer raudamente se repetía incesante.

En ocasiones, la gigante Cazadora invitaba a Pucunero a ir en busca de leña, diciendo: "Pucunero, acompáñame a coger leña". Y antes de cortar un árbol seco, la gigante ordenaba a su compañero, diciendo: "Pucunero, inclínese ahí, por favor". Muy obediente, Pucunero se inclinaba donde era indicado, mientras la corpulenta leñadora derribaba el árbol hacia él, quien viendo que el tronco se le venía encima se tiraba a un lado, cayendo el árbol tras él. Creyendo haberlo liquidado, la cazadora preguntaba: "Pucunero, ¿dónde estás?" Y él respondía de entre la maleza: "Aquí estoy". Entonces, la gigante se ponía a ironizarlo: "Resultó muy cobarde el hijo de mi finado pretendiente".

Cuando cortaba otro árbol ella se inclinaba y el árbol caía sobre su enorme corpulencia para destrozar el tronco y así hacer la leña. En seguida, la gigante se colgaba los enormes trozos de leña, a manera de pendientes y collares, y se los cargaba rumbo a casa.

Unas veces, mientras cogían leña, la gigante acosaba a Pucunero, diciendo: "Pucunero, hagamos el amor". Y él, muy asustado, rehusaba a la invitación, diciendo: "No quiero; no siento ganas de acostarme contigo". Entonces, otra vez la gigante se burlaba del medroso parlanchín. Las verdaderas intenciones que ella tenía no eran mantener relaciones sexuales con él, ni recibir su ayuda alguna, sino de matarlo y comérselo al instante.

En casa, cuando tenía ganas de soltarse un pedo, decía a Pucunero: "¡Ay, Pucunero, me soltaré un pedo!" Entonces, las nietas y Pucunero se cubrían con sus nongos, mientras la nana se soltaba unos estrepitosos pedos secundados por huesos de animales que caían sobre los improvisados escondites.

Aquellos visitantes incautos que ignoraban esta treta eran heridos por los huesos y servía de cena para ella.

Después de permanecer por algún tiempo con las chicas y la gigante Cazadora, Pucunero otra vez se sintió enfermo y anémico. Entonces, dijo: "¿Qué ocurre con mi salud esta vez? ¿Los animales que caza aquella mujer son reales, acaso? Ahora la tendré vigilada para saber cómo los consigue".

Establecido el plan, un día dijo a las mujeres: "Amigas, mañana iré a cazar muy lejos".

Ahdújucováa íítsíívéebé alluvú kijye dille íllone áákityéné íñeeréjuco íjkyánellií cátsíñívyehíjkyabe tékijye iáamútuki. Ááné boonéváa: “¿Llíjchu, kiáami uú?” –díllohíjkyalle, Llíjchuríké illíhyanúné iwáabyúnema. Áállekéváa: ‘ílle oó’, –áñúcuhíjkyabe #wáturéjuco. Áábedíváa: “tjijiji. Duhcújuubé dórííuúvújtsíiméne” –góócohíjkyalle.

Aalléváa tsíkijye iíllóné tenéi túrúúvétúné íhde tékijyé lliiñévú íítsíívélle alluvú áákityéhíjkyáné viiuviu, aanéjucováa dille nújuívhíjkyáné ihjyávú itsájtyeki.

Aanéváa cooríkye dityétsí íjkyánáa: “Llíjchu, májo me tséépo” –nehíjkyalle dííbyeke. Áállekéváa: “Tsáhaá, tsá o ímílletu o tséépone” –áñúcuhíjkyabe. Ááneríváa idyé dííbyedi uuhívatéhíjkyalle. Ihdyúváa imíllérolle ténehjijtééveri dííbyeke illíhyánúne idyóóneé. Aalléváa idyé dííbyema cootu óómihíjkyá: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –chiiyóró Llíjchullére. Aalléváa iñéébone ímíllécooca Llíjchuríké nehíjkyáhi: “Llíjchu, ó nééboóhi”. Áánéllihiyéváa Llíjchuri dííllé iáakyúwamúpíma cárajíínevu ávóóvéné boone néébohíjkyalle diityé alluvú tsanééré iámé bajcúne.

Tsaatéváa wáajácutúmé cárajíínevu wátájcómeítymé alluvú bájcune áákityéné diityéké llíhyánúmeke dohíjkyalle.

Aanéváa ehdu diityémá Llíjchuri tsúúcaja ííkyahíjkyáné níjcaúvú idyé #ítémeí idyúhcúvaténe. Áánéllihiyéváa némeííbye: “¿Muhdúami íñe ó duhcúvate? Muhdújáubá aalle iújcúnetu oke dótsohíjkyáhi. Íkyoocái ó úráávyé o wáajácu muhdú dille táávahíjkyáne”.

Ehdúváa #ítsámeíne neebe diityéke: “Ámuhpí, péjcore tsíhyulle ó Llíjchúteéhi”.

Áánemáváa tsíkyoojí cíúvieuúvújuco iájkyénéhjí Llíjchuri pééne bájú pañévú lliiñájaávu, aabéváa pátanúmeítýé Taaváméewá péhíjkyáhullévu. Aabéváa tétsii íjyácuñuhíjkyánáa tsúúca tsájúcoolle íchiiyóró: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –llíjchullére.

Áállekéváa úraavyéjúcoobe tsíhyulléturé dille dííbyeke ityúvááótuki. Aalléváa íchiiyóró bájú pañé Llíjchulléré péélle tsátsihvu iwájtsíne #háávetéhíjkyáhi, ááne píhjaúváa páné iámé tsáámeke wápújúhcohíjkyalle ícanúbáhóóuri, áámekéváhacáa itsájtyémeke eene dohíjkyáme. Aanéváa iájtyúmíne neebe: “Juu, ehdúhaca imyéénúneri iújcúmeke eene muha mé dohíjkyáhi. Íkyooca úvanúille”. Ehdúváa iñééne llijchúcújúcoobe tsáné oonúhó dííllé iihywájpiinétu, aanéváa avyéwu díílleke úújeténellií: “¡Agáo! ¡Ávyé oke múcúvíyihébá nuuóhi!” –neéelle.

Cuando los primeros rayos del sol asomaban por la playa del firmamento, Pucunero, una vez más, fingió ir de cacería y se escondió entre los matorrales cerca del camino que la gigante Cazadora acostumbraba tomar para ir de cacería. Mientras el pernicioso permanecía en su escondite, escuchó acercarse a la cazadora, como de costumbre, soplando su flauta: "Maco, tun, tun, tunnn..."

Al verla pasar cerca la persiguió con mucho cuidado para no ser sorprendido. Llegando a un determinado lugar, adentro de la montaña, la gigante cazadora dejó a un lado su fuelle y, sentada, abrió las piernas para exponer sus enormes partes íntimas. En seguida, los animales de toda la selva vinieron a disfrutar las secreciones que emanaba su gran vagina, a los que la gigante mujer mataba de un solo porrazo.

Cuando Pucunero vio esta pavorosa escena, dijo: "¡Qué horror ver esta espeluznante escena! Pues, bien, ahora mismo le daré su merecido". A continuación, Pucunero la hirió con un dardo de pucuna en el mismo centro de su enorme vagina, seguidos de otros tantos. Y sintiendo el dolor del pinchazo envenenado, la gigante se quejaba, diciendo: "¡Au! ¡Cómo duele la picadura de la avispa escorpión!"

Al final de una larga agonía, provocada por los letales dardos que Pucunero picó, la gigante Cazadora sucumbió y murió allí mismo, con las partes íntimas expuestas al ambiente, cuyos restos mortales se transformaron en una misteriosa colpa.

Horas más tarde el difunto de la gigante parecía regresar a casa, entonando su zampoña: "Maco, tun, tun, tunnn..."; eco que venía a esfumarse a cierta distancia de la gigantesca maloca. Cuando las nietas percibieron el hecho, aunque ya lo sabían de antemano, no pudieron cobrar venganza contra Pucunero, porque éste ya había huido de su presencia.



Áané boonéváa píváijyúvá dibye llíjchúneri námijtya dííllé pañevú llívááneri tétsihvu iaákityéne dsíjivéjúcoölle, aalléváa tétsihjívú ráárávelle adówavu pívyetéhi. Ehdúváa Taavámééwáke Llíjchurí illíhyánuíñúne úmívájucóó bájúháñeri.

Áané boonéváa díílleúvú naavéneréjuco: "Maacó dój, doj, doj, dóóó..." –chiiyóró llíjchulléré tsahíjkyá ellétu, árónáacáváa dáívyehíjkyáné wahájchotáré ihjyátu. Aanéváa tsúúca ihdyu íiákyúwamúpí waajácúhi, árónáacáváa tsá muhdú dityépí Llíjchuríké méénutú, tsúúca úmíváábeke.



• EPISODIO XXII •

CONVERSIÓN Y FIN DE PUCUNERO

Cuando las nietas de la gigante Cazadora supieron que Pucunero la había convertido en colpa, planearon cobrar venganza por la muerte de su abuela. En ese afán las féminas comenzaron a acechar los posibles caminos que el bribón debería de recorrer. Y hallándolo errabundo por un camino, una de ellas, convertida en un demonio, subió arriba de una huacrapona y cayó hacia él, buscando devorarlo; sin embargo, Pucunero la escurrió usando sus poderes y la hizo su mujer.

Con la nueva esposa Pucunero caminó un largo trecho que los condujo a un río muy caudaloso que imposibilitó su caminata. Entonces, improvisaron una canoa con el capitel del racimo de la huacrapona y cruzaron el río. Llegando a algún lugar de la selva la nueva pareja levantó una casa para vivir en ella. En ese lugar la fémina, convertida en un demonio, con rostro de mujer, buscaba devorar a Pucunero, sin éxito.

En una ocasión Pucunero se soltó un pedo, como producto de la digestión de sus alimentos. Al escuchar el pedo, la anómala preguntó: “Pucunero, ¿qué es ese sonido que acabo de escuchar?”

Enfadado con la ingenua pregunta, Pucunero, contestó: “¡Pues, es un pedo! ¿No sabes qué es el pedo? ¿No tienes ano para que te sueltes un pedo, acaso?”

“¿Cómo pudiera soltarme algún pedo? Pues, no tengo ano, amigo –contestó la demonio.

“¡Qué bien! –Se alegró Pucunero, ideando su final–. Entonces, hagamos tu ano para que te sueltes algunos pedos, también”.

Dicho esto, echó punta a una astilla del tallo de la huacrapona y la clavó desde la cima de la cabeza hasta la hendidura interglútea de la zona anal. Al siguiente día, el demonio sintió que algo se le removía en las entrañas, y muy motivada por el resultado, dio aviso a Pucunero: “¡Pucunero, estoy por soltarme un pedo!”

“¡Excelente, mujer! –replicó Pucunero–. Sigue intentando, que pronto lo harás mejor”.

Pucunero decía así porque sabía que aquel extraño ser estaba pronto a sucumbir a causa de la profunda herida letal. Y para matarla lo más pronto posible, hirvió alquitrán en una olla y vertió el líquido en el orificio que hizo en la cabeza del demonio. Al siguiente día, cuando el demonio murió, Pucunero tomó nuevamente su camino errabundo por el bosque.



• EPISODIO XXII •

LLÍJCHUR† NÉÉWABYÁVÚ PÍÍVYETÉNE

Aanéváa Taavámééwake Llíjchur† adówaanévú píívyetétsóné íiáákyúwamúpí iwáájácúne níwaavé téhdure dííbyeke imúnáájtsóíyonévu. Áánemáváa dííbyeke iñéhcóne tsáapille dibye pééíhullévú iárucóónúne áálláheri nériivyéhi, áánemáváa áákityéllé dííbyé tujkévetu mééímyewáréjuco dííbyeke idyóóroki, árónáacáváa íapííchori ipállójcóne díílleke táábávaabe.

Áállemáváa tsúúca péjúcoomútsí úújeté tsahi tééhivu, aahíváa muhdú ipájtyéityúrónéllií áálláhé mííhotu miíne imyéénúmíri pajtyémútsí teéhi. Aamútsiváa tsátsihvu iúújeténe ánúmeíjyucóó tétsii ijkyaki, árónáacáváa dííbyeke dííbyé taaba mééímeewa imíllehíjkyá idyóóneé, árolléváa tsá píívyetétu muhdú dííbyeke imyéénune.

Tsáijyúváa Llíjchur† imájchoháñé áraavéné neebóhi, aanéváa illéóbóne mééímeewa dííbyeke dillóhi: “Llíjchu, ¿aca iñá eene ihjyúváhi?”

Áánéllihiyéváa neebe úhbaabére: “¡Mu, ó neebóhi! Múhdullérá uu tsá díñáméhéjuma u ijkyátulle tsá idyé u néebóítyuróne”.

Áábekéváa áñújculle: “¿Muhdúami, Llijchu, ó nééboóhi? Tsá o náméhejúúvatúne”.

“Juju –neebéváapeécu–. Ané majo uke me náméhejúúnu téhdure u néeboki”.

Áánemáváa áálláhewa iñáátsóne wábóbóhcoobe díílleke íhñiwáutu íoovíwávújuco vítsojnécu. Áállekéváa tsíjkyoojí íhbáú pañe ováová íhjyúvánéllií neelle Llíjchur†ke: “¡Í, Llíjchu! Muurá tsúúca ó neebóhi”.

Áállekéváa neebe: “Aava. Mityái, muulle, u nééboíñe”.

Ehdúváa Llíjchur† néé díílleke dille dsíjíveíñé pííhínélliíhye. Áállekéváa mááni iwáánetsóné cahpíooibe iiváa iwábóbóhcöhéjuri, aalléváa tsúúca tsíjkyoojí dsíjívéné boone idyé tsiiñe bájúháñeri péhíjkyáabe cábúúveté kílláhólledívu. Aalléváa cánöhjúcunuhíjkyálleke dillójúcoóbe: “Taálle, taálle, taálle”. Árónáacáváa tsá dille dííbyeke áñújcutúne. Ílluréváa técánöhjúcunu ijkyalle tsá dííbye ímíilletú iñítene.

Áánéllihiyéváa tsiiñe díollohíjkyáabe: “Taálle, taálle, taálle”. Aalléváa éhnííñevúré cánöhjúcunúllé áñúcuhíjkyátúnéllií díílleke uhbájúcoóbe: “¡Taálle, taálle, taálle! ¿Néhnihívalle kéémelle u ijkyalle íveekí tsá oke u ímíilletú u áñujcúne?” Áánéllihiyéváa dííbye éllevu irévóóvéne: “Áol!” –áñújculléré íwáávénetu ‘ápyu’, waamyu ijchívyéhi. Aaméváa dííbyeke úraavyéjucóó tébajújíri, dííbyeke ítsáávetúméra

Mientras caminaba por la inhóspita selva halló una anciana ermitaña, que permanecía sentada, cabizbaja e inmóvil, a la que comenzó a llamar: “Abuela, abuela, abuela”.

Como la anciana seguía cabizbaja, sin proferir respuesta alguna, Pucunero siguió llamándola: “Abuela, abuela; contéstame, abuelita”. Y como la anciana seguía inmóvil, sin levantar la mirada hacia su interlocutor, éste se enfadó y comenzó a gritarla: “¿Por qué no me respondes, vieja grosera?” Entonces, la anciana viró la cabeza hacia Pucunero y, elevando los ojos hacia él, contestó: “¡Heme aquí!”

Al momento de abrir la boca para contestar a Pucunero la anciana expidió un aliento que se transformó en zancudos, quienes comenzaron a perseguirle por toda aquella montaña. Y creyendo escapar de ellos corrió raudo lo más lejos posible del lugar, pero al no lograr eludirlos se lanzó en las aguas de un río.

Este singular hecho pareció muy gracioso al sol, quien soltó unas carcajadas desde su infinito trono. Entonces, el confundido fugitivo, extremadamente furioso, tomó su pucuna y sopló unos cuantos dardos contra el sol, buscando herirlo de muerte. Entonces, el astro rey encomendó la represalia al rayo de sus hechizos, quien con una poderosa descarga eléctrica quemó a Pucunero, transformándolo en una imponente e infranqueable catarata.

Desde entonces, los zancudos que fueron esparcidos por Pucunero son aquellos que pican sin compasión a los seres humanos en los agrestes bosques. Por otro lado, la catarata en que se convirtió Pucunero, cuando fue alcanzado por la descarga eléctrica de Rayo del Sol de la Primera Tierra, es aquella que hallamos en el surco del río Igaraparaná, hasta hoy. Aquí me quedé dormido mientras mi abuelita me contaba el cuento de El Pucunero.

Áámekéváa ipállójcóro dsíinéroobéi tsíhyulle, árónáacáváa ditye cáávájúcótúnéllií cátsíñíívyeebe Míinéhí pañévu.

Áábekéváa waamyu ícúbahráné Nuhba iájtyúmíne goocóhi. Aanéváa Nuhba dííbyedi góócone iúvanúne cayobáávatéébe mítyane, áánemáváa ítyollíjyú iékéévéne llíjchújúcoobe núhbake, áánélliíhyéváa Nuhba ípíívyetétsa chíjchidi dííbyeke áamuube píívyeté nééwabyávu.

Aabéváa wáámyuke wáchájanúmé eene bájúháñeri iijyévéwu míamúnáake ádohíjkyáhi, áánetúváa dííbyeke ítyujpákyó iádo cíevámé nújpákyó allúrí áyáméwuújí waámyu. Aanéváa Nuhba Llíjchuríké nééwabyávu píívyetétsowa Míinéhityu nééwabya íkyoocápivu. Étsihvúréhjáa ó cùwaíñú taalléroúvú oke Llíjchurídityú úúbállénááca.

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Página web: www.tareagrafica.com
Teléf. 332-3229 / 424-8104 / 424-3411
Agosto 2021 Lima - Perú

Mediante la publicación bilingüe de estos relatos que conducen al intrépido cazador Pucunero a través de una serie de peripecias pobladas de personajes de la mitología del pueblo bora, el Instituto del Bien Común desea contribuir a la recuperación y difusión de episodios de la historia oral de este pueblo amazónico y a la preservación de su lengua. Las narraciones fueron recogidas y traducidas al español por los investigadores Andrés Napurí y Walter Panduro, quienes contaron con apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

En las dos décadas que lleva trabajando en el noreste de la región Loreto por el establecimiento del Gran Paisaje Putumayo Amazonas, un modelo de ordenamiento territorial y gobernanza de los recursos naturales en Amazonía, el IBC ha desarrollado una sólida relación de colaboración con nueve pueblos indígenas cuyos territorios se encuentran en el interflujo de dos grandes ríos amazónicos, el Putumayo y el Amazonas. En este marco, ha investigado los conocimientos ancestrales y las prácticas tradicionales de manejo de recursos de estos pueblos indígenas y también ha contribuido a recuperar y poner en valor su historia oral y su lengua.

ISBN: 978-612-48648-0-3



9 786124 864803

**METABOLIC
STUDIO**

 **ANNENBERG
FOUNDATION**

Proyecto ganador de Estímulos
Económicos para la Cultura 2020



PERÚ

Ministerio de Cultura